This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

868
D5378pn
1893
v.1

B 855,695

# POESÍAS LÍRICAS

DE LA EXCMA. SEÑORA

## D.ª ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

**SEGUNDA EDICIÓN**

AUMENTADA CON LAS INÉDITAS, Y CON UNA CORONA POÉTICA

DEDICADA DE SU JUICIO CRÍTICO-HISTÓRICO
DE LA AUTORA, POR EL SR.

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

TOMO I

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1893

To 638

THE UNIVERSITY OF MICH
LIBRARIES

Fo. 638

THE UNIVERSITY OF MICH
LIBRARIES

# POESÍAS LÍRICAS

**Esta obra no se vende.**

*Tirada de cuatrocientos ejemplares.*

EJEMPLAR NÚM. 245

Antonia Diaz
de Lamerque

# POESÍAS LÍRICAS

DE LA EXCMA. SEÑORA

## D.ª ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SEÑOR

## D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

---

**SEGUNDA EDICIÓN**

**AUMENTADA CON LAS INÉDITAS, Y CON UNA CORONA POÉTICA**

PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO
DE LA AUTORA, POR EL SEÑOR

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

TOMO I

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1893

1418909·298

# PRÓLOGO

Antonia Di
de Lamer

OGO

# PRÓLOGO (*)

HABIENDO de ocuparme en juzgar las poesías de la señora D.ª Antonia Díaz de Lamarque, permítame el lector dedicar antes algunas páginas en defensa de la Escuela Sevillana, maltratada hoy por la crítica de algunos eruditos con grande y manifiesta injusticia.

Como la dicción y estilo de la Sra. Díaz, prendas brillantes con que avalora sus conceptos, pertenecen á esta Escuela, mal podría yo sostener el indisputable mérito de este volumen, si antes no procuro vindicarla y poner en clara luz sus cualidades y bellezas, mostrando á la vez que el arte y el buen gusto están muy lejos de agonizar en Sevilla.

Los ingenios de ella, publicando á porfía sus inspiraciones, quitan hasta la más ligera sombra de razón á los que esto aseguran. No hace aún cinco años que el insigne poeta cantor de Roger de Flor, hijo de este suelo, dió aquí á luz sus poesías: el Sr. Marqués de Cabriñana que, no mucho después, publicó las suyas en Madrid, hizo aquí sus estudios y debió á este apacible clima el suave aliento que las embellece. La mayor parte de

(*) Aunque este Prólogo figuró en la primera edición, y en él se mencionan poesías que ya no forman parte del presente volumen, me he creído en el deber de reproducirlo como testimonio de aprecio á la memoria del sabio maestro Ilmo. Sr. D. José Fernández Espino, con cuya amistad se honraba la Autora y el que estas líneas escribe. (N. del C.)

esas producciones habíanse insertado en la *Revista Sevillana de Ciencias, Literatura y Artes,* que por mucho tiempo sirvió de poderoso estímulo á los ingenios andaluces. Después dió aquí también á la estampa su precioso libro de poesías el distinguido escritor Sr. de Gabriel; antes había publicado el suyo el popular poeta Sr. Campillo, y se hallan en prensa las del Sr. Lamarque.

En estos días ha aparecido un Devocionario, impreso en esta ciudad, de la inspirada poetisa Sra. Avellaneda. Tan eminente es el mérito de esta obra, que aventaja mucho en la parte poética á cuantas en su género se han escrito hasta hoy entre nosotros: sólo en la prosa puede colocarse á su lado, disputándole la preeminencia, la guía espiritual del P. Luis de la Puente, que en su lenguaje y enseñanza piadosa considérase como una de las más ricas joyas del siglo de oro de nuestra literatura.

Dirán algunos que el genio de la Sra. Avellaneda es tesoro cuya exclusiva propiedad no puede reclamar Sevilla: cierto; mas no debe olvidarse que, habiendo pasado aquí no pocos años de su primera juventud, la serena luz de este cielo y la amenidad de su ardiente clima conservaron y aun robustecieron en su mente el germen de altísima inspiración que había recibido de la Providencia. Sus primeros ensayos, en que por la energía de la frase y el atrevimiento en la idea adivínase á la autora de *Baltasar,* hijos son de Sevilla.

¿Y qué diremos de Fernán Caballero? ¡Cuántos de sus inmortales cuadros que recorren con aplauso universal el mundo tuvieron aquí su origen! Aquí se crió y fortaleció ese espíritu sencillo, pero de profunda observación, y se ideó ese colorido natural y lleno de encantos, y la dulcísima y consoladora enseñanza que en ellos resplandece.

No podían las artes, hijas predilectas de esta ciudad y compañeras inseparables de las Musas y las letras, dejar de seguir el propio camino: los nombres de los artistas, ya ilustres, que aquí florecen; sus obras, aplaudidas por una crítica docta é imparcial; su generoso anhelo por conservar el fuego sagrado del arte, á despecho de la envidia y de la escasa recompensa que hoy se otorga al artista, son prueba irrecusable de esta verdad.

Los que recorrimos los salones de la exposición de pinturas colocada en nuestro Museo tuvimos ocasión de conocer esto,

espaciando el ánimo á la vista de muchos lienzos de subido mérito (1): en otros veíase el anuncio de una inspiración naciente y de una gloria en lo futuro para España. ¿Querrán decirnos los detractores de la Escuela Sevillana y de Sevilla en el sentido literario, en qué ciudad española se manifiesta hoy mayor movimiento poético y artístico? Nó, no puede con razón decirse que agoniza el arte en un pueblo donde recibe constante culto, y donde el amor á él constituye las más brillantes páginas de su historia.

Mas no queda en esto la injusticia de la crítica á que aludimos; llega la falta de razón en unos hasta á afirmar que la poesía en Sevilla no ha formado escuela; en otros que la Escuela Sevillana es dada á desleir los conceptos, empleando mayor número de palabras que el necesario para la expresión.

Como la primera doctrina carece totalmente de fundamento, sería tiempo perdido el que empleásemos en demostrar tan manifiesta falsedad: sólo puede tomarse en cuenta la última aserción; no porque la consideremos legítima, sino porque en materia de estilo divídense con frecuencia las opiniones, y la crítica no siempre se ha fijado en la misma base para asentar en ella la verdadera cualidad de la poesía de dicción. Algunas observaciones, aunque breves, porque no consiente otra cosa el carácter de este escrito, servirán para fijar nuestra doctrina en esta importantísima cuestión.

Si la poesía es la expresión animada de aquello que sentimos más vivamente en el ánimo y de lo que, por su hermosura y grandeza en el mundo físico, más le recrea y exalta, claro es que la expresión es lo que principalmente constituye la vida de la poesía. En efecto, obsérvese que la sola inspiración no es la que contribuye, sino en parte, á su aliento y deleite: de otro modo todos ó casi todos los hombres serían poetas. ¿Quién no se siente conmovido en presencia de un suceso fausto ó lasti-

(1) Allí volvimos á contemplar el magnífico lienzo del Sr. Cano, que representa á Isabel la *Católica* dando libertad á los cautivos en Málaga, tan maltratado por la crítica. Los hermanos de este lienzo, magníficos también, pero no mejores en mi sentir, han sido ensalzados por la misma crítica, estando pintados con el mismo colorido y la misma manera en el dibujo y en el carácter: esta es la imparcialidad humana.

moso, ó ya por la sublimidad de una acción, ó ante el magnífico espectáculo de la naturaleza?

Fijémonos en la escena de una familia que despide al hijo que por largos años ha de separarse de ella para buscar fortuna del lado allá de los mares en lejanas tierras: la continua inquietud de las olas y la inmensidad del horizonte que se presenta á la vista de todos, infúndenles el temor de los peligros á que va á entregarse el viajero. El abrazo de despedida, las lágrimas de los padres y amigos al darle el último adios, el tiro de leva, señal de la partida, y el movimiento del buque que le va separando de la orilla hasta alejarle, deja á los circunstantes con el corazón hinchado por la pena, rompiendo al fin en lágrimas, y con la vista fija en aquel mar sin término que puede sepultarle en sus abismos. Todos en aquellos instantes se hallan conmovidos por el mismo sentimiento; en todos predomina el mismo deseo: «que Dios le dé buen viaje», parece que se escucha en todas las lenguas; y no hay una sola persona que no se retire conmovida por aquella triste escena.

Si de esto vamos al espectáculo de la naturaleza, á la aparición de la aurora por ejemplo, tras la oscuridad y el horror de la noche, en que el sol comienza á dorar la cima de los montes, y las aves cantan, y los árboles y las flores muestran su color, sus matices, su pompa; y el universo engalanado con los tesoros de su maravillosa hermosura parece que envía un himno de gratitud y alegría á su sabio Hacedor, no habrá nadie que en presencia de tan súbita transformación no sienta ese placer purísimo que siempre infunde en el alma el conocimiento de lo bello.

Pero veamos al que en un incendio se arroja por entre las llamas, cuando los circunstantes, helado el corazón de espanto, mas sin valor para socorrer á los infelices que dentro del edificio incendiado van á ser presa de la voracidad del fuego; veamos, repito, al que los libra de la muerte con gran riesgo de su vida, y notaréis en todos los semblantes una expresión de júbilo, de admiración y reconocimiento. Sí, no hay hombre que no sea en esos instantes poeta de inspiración. ¡Triste de aquel que no sienta la poesía en tal concepto! Ese será un desdichado egoista, sin corazón é incapaz del bien.

Sin embargo, ¿llámanse esos poetas? En tal sentido todos,

fuera de los egoistas, lo serían. Nó; poeta no es sólo el que siente la sublimidad ó la belleza, sino el que además de sentirlas sabe expresarlas. Ahora bien; puesto que la poesía no está completa sin la expresión, y puesto que así como la palabra es signo y cuerpo de la idea, la expresión es lo que da vida y fuerza al sentimiento poético, sin la expresión no puede existir la poesía en el sentido rigoroso de esta palabra.

Sentada esta indestructible premisa, ¿cómo debe ser la expresión para que embellezca la idea poética? ¿Cómo ha de conseguir ese colorido propio de la poesía, esa gala, esa pompa que producen en el espíritu el interés y el entusiasmo? Con una dicción pobre, ó incorrecta y desaliñada, imposible: expresados así la idea ó el sentimiento poético, equivaldría á engastar un finísimo diamante en vil y tosco metal. La duda puede existir en si es más conveniente una expresión sencilla ó una expresión rica y variada: entiendo que esto puede ser cuestión de gusto. Nuestro Quintana prefiere la poesía de estilo de Horacio á la del Maestro León su imitador: la primera es armónica, pintoresca y galana; la segunda sencilla.

¿Por qué esa preferencia? ¿Es sólo instintiva y no fundada? Prescindiendo de que la poesía, á la manera de una joven hermosa que mientras más lujoso y esmerado es su atavío más bella parece, la sencillez del estilo suele tener un grave inconveniente que apuntaremos. No siempre domina la inspiración con el mismo fuego y la misma viveza de fantasía en una composición poética, mucho más si fuere algo extensa; ni todos los momentos son igualmente felices, ni todas las materias son á propósito: es imposible que la fuerza creadora, que viene á ser, aunque no tan fugaz, como la brillante luz de un relámpago, se sostenga á la misma altura en todo el curso de una obra poética: siendo esto evidente, cuando decae la inspiración preciso es que sostengan casi todo el interés la expresión y el talento; y esto no puede conseguirse sin la gallardía, la riqueza y la gracia de la dicción; en una palabra, sin que la poesía de estilo venga á darle vida. No existiendo esta cualidad, descúbrese en tales instantes la pobreza del poeta y se desvanece el encanto.

En mi sentir, el Maestro León es de más alto estro poético que Horacio su modelo: no me atreveré á señalar como causa

de esa superioridad mayor sensibilidad y mayor grandeza de numen; pero sí la fe y la espiritualidad de que el latino carecía y en el español eran vivísimas. Horacio siempre, áun en esos instantes en que la inspiración es leve ó no acude á los deseos del poeta, cautiva por la elegancia y riqueza de estilo y por la armonía de las cláusulas (1); mientras que el vate castellano, como dice juiciosamente Quintana, «cuando el calor le abandona, nadie tiene menos poesía: lánguido entonces y prosáico, ni toca, ni mueve ni enajena».

Vemos en esta doctrina demostrada la necesidad de la poesía de estilo: es decir, esa discreta gala que tanto contribuye al placer que debe producir toda buena poesía. Esto sentado, pasemos ahora á examinar, aunque someramente por la razón antes dicha, si la Escuela Sevillana presenta en su Parnaso la cualidad ya indicada, y si esa cualidad ha brotado natural y espontáneamente en su suelo, como en sus amenos campos las flores, ó si la casualidad y no la naturaleza le ha comunicado esa armonía y riqueza, admiración hasta ahora de la crítica inteligente.

De advertir es que el primer esfuerzo para reformar y enriquecer el dialecto poético débese al poeta cordobés Juan de Mena: el segundo ensayo, en que llegó á su mayor gallardía y grandilocuencia, tuvo por autor á Fernando de Herrera: en manos de Rioja alcanzó la dicción poética toda su gracia y perfección.

Que el dialecto referido es planta indígena, revélalo el ver que sólo en Andalucía se hicieron repetidos ensayos para la reforma de la parte pintoresca de nuestra poesía, y no en otro punto del territorio español, según recuerdo, donde se ha tributado culto á las Musas: en ninguna otra región de la Península se ha visto un dialecto poético con caracteres especiales y completamente delineados que lo distinga de otros, como ha sucedido desde Córdoba á Sevilla, zona de más templado clima y más rica, brillante y variada que las demás de Andalucía.

En efecto, aquí vierte el sol en inmensos raudales su vivífica lumbre, y el azul del cielo es tan despejado y limpio, y tan clara

(1) No hay que olvidar que el poeta no puede halagar el espíritu sin haber cautivado antes el oído.

la transparencia de la atmósfera, que en esas deliciosas noches de estío no hay una sola estrella, por pequeña que sea, que no brille como encendido diamante en la bóveda celeste. Aun en los días de invierno la luz del sol es tan viva (1), el ambiente tan diáfano, y tan apacible la atmósfera, como en otras provincias de España en primavera. Las orillas del Guadalquivir cubiertas de bosques de naranjos y limoneros, la variedad casi infinita de las flores; el céfiro llevando en su vuelo su delicioso aroma, el murmullo del río, el canto de las aves, la extensión sin límites del horizonte, el sol iluminando este armonioso y magnífico panorama, todo, todo contribuye á que el corazón se ensanche, y el pensamiento y la fantasía se dilaten al contemplar tanta maravilla.

Después de esta descripción, pálida aún comparada con la realidad, pregunto yo: ¿expresa el poeta lo que ve y lo que siente? Forzoso es entonces que sus ideas y sentimientos se hallen conformes con el móvil que se los inspira; que el estilo, el lenguaje, la forma entera convenga con ellos, y que, como el colorido en la pintura, contribuya á la verdad de la expresión, que de otro modo quedaría incompleta. ¿Puede expresarse lo mismo un poeta del Norte? Allí la bruma le roba la luz del día; ya ve un árbol desgajado por el peso de la nieve, ya una espantosa catarata, ya un descarnado peñón que pretende tocar con su punta al cielo; más allá le abisma un torrente impetuoso, en otra parte un lago cuyas orillas no puede abarcar con la mirada. El poeta sevillano respira en una naturaleza que se ríe, donde la amenidad, la armonía y la abundancia reinan en todas partes: el del Norte en una atmósfera donde parece que el clima, el desorden y la furia de los elementos la presentan despojada de su encanto y en toda su severa y puede decirse pavorosa grandeza. En el uno, cuanto le rodea deleita su corazón y derrama su fantasía fuera de sí: en el otro, todo le concentra y le encierra dentro de su sér. ¿Puede la elocución del último ostentar la galanura del primero cuando todo lo que á su alrededor mira es contrario á ella?

(1) Por eso no ha habido pintores que muestren la luz con la claridad suave que los de la Escuela Sevillana, sobre todo Murillo y Roelas.

Véase por qué el dialecto poético de la Escuela Sevillana es lo que debe ser; si no presentara el carácter con que se le conoce, desde que la poesía salió de mantillas y comenzó á verse adornada con algún atavío, se hallaría en contradicción con las ideas y sentimientos expresados por el poeta (1).

Así nuestro Fernando de Herrera, en quien la profundidad del entendimiento compite con la fogosidad y alteza del numen, ya por sus estudios lingüísticos y bíblicos, ya por su carácter genial, ya en fin por el clima en que nació, necesitaba expresarse con más desembarazo y libertad de lo que entonces permitía la elocución; y eso que había experimentado la lengua sucesivamente alguna alteración en punto al aumento de palabras y de locuciones. Mas no era bastante para la expresión de Herrera tal como se la dictaban su genio, su ardiente fantasía y las circunstancias de que ya he hablado.

Oigamos á Quintana cuando se ocupa de las reformas introducidas por Herrera en el dialecto poético: «Valióse mucho, dice, de las palabras compuestas que ya había; introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura por la espontaneidad con que los aplicó, y usó en fin de más frases y modos de decir separados de la lengua usual y común que ningún otro poeta. Á este esmero añadió otro no menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oído, por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imagen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente, ó los precipita de golpe; ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran en el oído con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de Herrera en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que descompuestos y rotos, perdida su medida y cadencia, son los que más conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

»Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepujó á Herrera en fuerza y osadía

(1) Nótese que desde tiempos remotos los poetas cordobeses muestran mayor exuberancia en la dicción que los sevillanos: acaso débase esto á que aquella naturaleza es aun más fecunda y rica que la nuestra.

de inspiración; muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro.»

Nada hay que añadir á este juicioso análisis de Quintana. Entre las dotes expresadas existen muchas que han podido imitarse por sus apasionados, consiguiendo semejarse á él en la animación de los conceptos y en la riqueza y pompa del estilo, cualidades que han ido generalizándose en todos sus imitadores hasta formar lo que conocemos con el nombre de Escuela Sevillana. Pero hay en él otras cualidades que proceden de sus estudios especiales, de su manera propia de sentir y de la extraordinaria grandeza y fogosidad de su imaginación, y en ellas nadie ha podido imitarle, ni Rioja mismo, que no le es inferior en talento y le supera en esmero y gusto. Muchos de los pasajes que presenta Herrera en su canción á la batalla de Lepanto y en la de la pérdida del rey D. Sebastián y aun en otras composiciones, hállanse enunciados con tal grandilocuencia y, pudiera decirse, con tal solemnidad, lo mismo en la idea que en la forma, que al leerlos, parécenos escuchar la inspirada é imponente voz de algún profeta.

Jamás la poesía lírica, ni antes ni después de Herrera, ha resonado con esa osadía y majestuosa entonación: nunca se ha visto en ella, si exceptuamos los libros santos, esa fuerza de expresión para pintar el poder omnipotente del Altísimo y los efectos de su ira; nunca esas locuciones valientes y al par felices, ni esa movilidad para el contraste de los afectos, ni esa felicidad para describir gráficamente y de un solo rasgo un carácter ó una idea completa, y para dar interés y movimiento dramático á las situaciones. Se ama, se aborrece, se teme ó se confía según él lo quiere; y no hay sentimientos de los que excita que no se imprima con tal viveza en el ánimo, como si allí hubiera nacido espontáneamente.

Herrera obtuvo de sus contemporáneos el sobrenombre de Divino; esto revela el entusiasmo y admiración que inspiraba y hasta qué punto llegaron á considerarle: y no sólo sus contemporáneos; Lope de Vega se extasía con su dicción hasta el punto de preferirla á los primores de la lengua griega y romana: la posteridad unánime le ha mirado con el mismo respeto; y su es-

tilo, sobre todo el de su imitador Rioja, ha sido siempre juzgado como tipo de perfección. Si hubiera de citar pasajes de Herrera en comprobación de mi doctrina, sería necesario copiar enteras algunas de sus composiciones (1). Por otra parte, ni puedo ni debo hacer su análisis, porque me distraería demasiado de mi principal objeto; basta lo mucho que de él se ha escrito y bástanme estas solas indicaciones para mostrar la injusticia ó el extravío de los que procuran empequeñecerle, rebuscando en sus poesías alguna asonancia, algún verso prosáico, lánguido ó duro, y suponiéndolo redundante, palabrero, oscuro y escaso de vigor en algunas locuciones.

Larga sería la tarea si hubiese de entrar en esta cuestión, separando aquellas composiciones que son expresión genuina de la sensibilidad y el genio del poeta, de aquellas en que como imitador más parece ocupado en la manera de vestir la idea, con su pintoresca elocución, que dominado por el afecto que pretende expresar. Ya que no me sea posible detenerme en este punto, diré, siquiera de paso y sumariamente, mi opinión en la materia.

De la vida de Herrera sábese hasta ahora lo poco que ha dicho su biógrafo y amigo Francisco Pacheco. Sus relaciones con la Condesa de Gelves, si á ella van encaminados los epítetos de *luz, sol, estrella, Eliodora,* ocurridas en su juventud, pudieron fundarse, no en mutuo afecto, no en favor alguno que recibiese el vate de la Condesa, correspondencia que es la que da interés y vida al amor, sino en esa adoración ideal que, en espíritus entusiastas y fantasías tan ardientes como la de Herrera, suele despertar la hermosura, sobre todo cuando se la ve cercada del fausto que sostenía la Condesa.

Que estas relaciones tuviesen lugar en la juventud de Herrera, muéstralo el saberse que en su edad madura no quería ya dar cultivo á las Musas, sino dedicarse á trabajos serios en prosa que por desgracia se han perdido; mucho menos había de dedicarse á escribir poesías amatorias: que su amor no fuese correspondi-

(1) Los señores Conti y Lista han desentrañado todas las locuciones verdaderamente bíblicas que hay en sus dos canciones á la batalla de Lepanto y á la pérdida del rey D. Sebastián.

do, hácelo probable la diferencia de cuna y posición (á no ser que alguna circunstancia que se desconoce los acercase entre sí); y porque no recordamos un solo pasaje en sus canciones y elegías amatorias en que se considere correspondido.

Pero dejemos la creencia tal como la hallamos, suponiendo que Herrera, ya eclesiástico, amaba á la Condesa y le enviaba la delicada é ideal expresión de su amor en sus canciones. Como ya hemos dicho, ningún dato revela que fuese correspondido; y en este supuesto hallóse con la Condesa de Gelves en la misma situación que Petrarca respecto á Laura: es decir, no con un amor apasionado que brotase del corazón, sino con un amor fantaseado por su alma, en que sin hablar de esperanzas ni deseos, complácese en penas que su mente forja, y en perfecciones y sueños de felicidad incomprensibles á veces por la idea en sí misma, ó por el alambicamiento y oscuridad de la expresión. Esta clase de amor que, en mi sentir, critica graciosa y discretamente Cervantes en el que profesa D. Quijote á Dulcinea, será muy puro y casto y respetuoso, pero no tomando en él parte alguna el corazón, ni conmueve ni interesa (1).

El amor expresado por Petrarca adolece del mismo defecto: sostiénese la expresión y aun seduce ésta por la versificación musical y la dulcísima melodía que resulta del suave sonido de las palabras y de su feliz colocación y combinación (2): pero en el instante en que vertidos muchos de sus sonetos amatorios á otra lengua es ya diverso el tono y se deshace el artificio, desvanécese el encanto y sólo queda un pensamiento algunas veces sutil ó vago, y otras oscuro por la metafísica con que reviste la locución (3).

No existe un solo poeta que haya imitado á Petrarca en la expresión del amor, que no suela ser en esos instantes metafísico, oscuro, descolorido ó hinchado. Nunca las imitaciones, cuando siguen servilmente al modelo, pueden ostentar el arranque, la naturalidad y soltura que aquellas poesías en que el sentimiento

(1) Quintana dice que Herrera sin duda amaba á la Condesa con vehemencia y ternura. No sé de donde sacaría los datos para su aserción.

(2) Esto muestra la necesidad del esmero y armonía en la frase.

(3) Dicho se está que no pienso del mismo modo respecto á las demás poesías de Petrarca, ni aun de todas las amatorias.

es original é ingenuo. Con todo, aunque en este punto hubiéranse guardado por Herrera cuantas precauciones pueden soñarse, como el modelo, en cuanto al fondo, no era bueno, no podía esperarse mayor felicidad en la imitación. La pintura del amor puramente ideal llegó á hacerse entonces una moda, y la poesía, flor delicada que sólo vive en terreno fértil y sano, con el riego de puras aguas y con el aliento de los céfiros, no puede ser trasplantada por el capricho de la moda á tierra estéril y atmósfera malsana, sin que se la destroce inhumanamente. Sin embargo, aun entre los defectos que suelen deslucir las composiciones amatorias de Fernando de Herrera, hay á veces tal gala y riqueza de dicción, y tales primores de estilo, que bajo este aspecto son dignas de especial estudio. Compárense con las de Gutierre de Cetina y demás petrarquistas, y se notará que Herrera se eleva tanto sobre ellos como el álamo gentil sobre el arbusto.

Júzguesele, nó en aquello en que pagó lastimoso tributo á la moda poética, sino en lo que espontáneamente le dictó su musa soberana, y la crítica imparcial y docta no podrá dejar de colocarle en lugar preeminente, entre los primeros líricos del mundo.

Dije que la Escuela Sevillana ha sido además motejada de redundante, puesto que se la supone empleando mayor número de palabras de las que la necesidad exige para la expresión. Conócense ya las dotes de su jefe, conocido es también su imitador Rioja: menos injusta con él la crítica moderna, le juzga perfecto, no sólo en la elocución sino en la majestad, lozanía y delicadeza del pensamiento: precisamente por eso se ha estudiado más generalmente y con más amor que á Herrera, cuya sublimidad y desusado fuego y cuyas atrevidas locuciones sepáranse con frecuencia del común modo de pensar y de decir.

Partiendo de esta base, la Escuela Sevillana no ha podido tener para su estudio más acabado modelo; sus alumnos é imitadores han mostrado el mismo carácter y cualidades de sus maestros; y Arguijo, Escobar, Alcázar, Cetina y Jáuregui, mientras no salió de Sevilla, son clara muestra de que no presento como verdades errores de mi fantasía. Ahí están en tiempos más cercanos á nosotros, Núñez, Arjona, Roldán, Castro, Reinoso y Lista, y ahí finalmente entre los contemporáneos, Campillo, de Gabriel, Lamarque, Justiniano y otros varios que no cito por

temor de hacerme molesto con tan largo catálogo (1). Ninguno emplea en sus cláusulas mayor número de palabras que el necesario: léaseles detenidamente sin desfavorable prevención; analíceseles, aunque sea severamente, con tal que la imparcialidad, el conocimiento de la lengua castellana y el buen gusto sean la antorcha de la crítica, y no se hallará en ninguno, por punto general, palabra inútil ó cláusula que huelgue.

Ni podía ser cualidad de tan acreditada Escuela la redundancia; sólo esa tacha bastaría para deslustrar y empequeñecer su crédito, dado que alguna vez le hubiese adquirido. No negaré que entre los ingenios que desde su origen han contribuído á su celebridad y lustre, pueda encontrarse alguno que, falto alguna vez de vigor y de originalidad poética, pretenda en esos instantes suplir la pobreza del numen con la hinchazón de la frase y el vano ruido de las palabras. Pero la excepción revela claramente la injusticia del fallo: y no será confiar mucho si creo que, transcurrido algún tiempo y cuando la imparcialidad y el gusto antiguo poético vuelvan á renacer, la Escuela Sevillana hallará en la crítica la benevolencia de otros mejores tiempos.

El libro que me propongo analizar y cuyo examen he detenido por ahora por fijar antes la índole de la Escuela Sevillana, pertenece, como ya he indicado, á la Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque: precede á las poesías una sentida dedicatoria en prosa á su difunta madre, en que presenta, con la elocuencia del corazón, rasgos que retratan al vivo la ternura y nobleza de su alma. De aquí ya puede deducirse que no se hallarán en esas poesías vanos juegos de ingenio, ni esas composiciones en que el poeta por vanidad ó por moda se empeña muchas veces en mostrar lo que no es y en expresar lo que no siente. Poetisa de sentimiento, su corazón es su inspiración; su fantasía y delicado gusto el numen que la ilumina; y cuanto maravilla en el cielo, cuanto en la tierra es sublime ó generoso, encuentra en su pecho acogida.

La primera ofrenda de su libro es á nuestra santa Religión: abrazada á la Cruz entra en el palenque poético, y en verdad que

(1) Sólo cito por no alargar esta enumeración á los que han coleccionado y publicado sus poesías.

se presenta con admirable gallardía. La religión es á sus ojos el origen de todas las virtudes, la base de todas las felicidades, el símbolo de todo lo grande y sublime. No es extraño, después de esto, oirla exclamar:

«Sublime Religión ¿cómo en la tierra
No eres con entusiasmo venerada?»

Á esta pregunta que revela su asombro, no desencanto, ni postración de ánimo, ha de venir naturalmente la respuesta de la que guiada por la fe tiene en Dios su corazón y su entendimiento:

. . . . «¡Cuándo, cuándo el suspirado día
Ha de lucir en que ensalzada seas
Por cuanto el astro de los astros dora!
¡Ah! llegará ese tiempo venturoso;
Triunfante de la duda y los errores,
La Cruz divina se alzará en el mundo:
Tú la reina serás que el hombre acate.
Sí; que en sus altas leyes se atesoran
Inocencia, virtud, saber, justicia;
Y es la eterna razón la que su gloria
Al anhelante corazón revela.
Sí, reinarás; que el pensamiento humano
Á la suprema perfección se encumbra,
Y la suprema perfección tú eres.»

No es ésta la única poesía dedicada á la religión en este volumen: la fe ardiente que domina las potencias de la autora no podía contentarse con sola esta muestra de amor divino; son muchas las que consagra á este género; y no hay idea, ni sentimiento de los que más vivamente grabados aparecen en nuestro pecho, que no cante dignamente y á que no rinda culto.

*La plegaria del niño en el primer día del año* cautiva por la ternura y discreción de los sentimientos y por la sencillez y pureza de las cláusulas. Yo la hubiera puesto el mismo título sin nombrar el niño: las ideas dominantes en esta composición revelan la lucidez del entendimiento, en la edad viril, y no pocas veces experiencia. Presumir tales circunstancias en un niño, cuya inteligencia, por más vivacidad é ingenio que anuncie, nunca en edad tan tierna puede llegar á la solidez de la viril, y menos to-

davía á ninguna de esas consideraciones que son patrimonio de la observación, paréceme un poco aventurado. Mas esto, en todo caso, sólo será cuestión de epígrafe; de ninguna manera puede oscurecer ni áun remotamente el mérito de la composición.

¿Cuál es el pensamiento de la Sra. Díaz en ella? Indicado está en el título. Obsérvese que al sonar la campana en la torre que anuncia el término del último día del año, colocado el hombre pensador en ese instante supremo entre el año que termina y el que empieza, ¡qué tropel tan numeroso de ideas y afectos puede acalorar su mente y agitar su corazón! La memoria de lo pasado, imagen triste de lo que se ama y se ha perdido, le martirizará tal vez con el recuerdo de sus faltas, ó con el de antiguos placeres, ó con el de haber vivido ese tiempo en la inercia y el abandono. Alegrías que huyeron, experiencia que se adquiere, dolor que infunde en el pecho la conciencia de esas faltas, propósito de la enmienda y la esperanza que renace con ese propósito; hé aquí las ideas y sentimientos que en tal instante pueden asaltar su espíritu. Como en la composición de que me ocupo la plegaria sale de los labios de un niño, no podía caber en él ese retroceso de la mente á la vida pasada para meditar sobre ella: toda su existencia está en lo presente y en lo porvenir, de que tampoco se ocupa mucho, porque ni sus aspiraciones ni su reflexión se lo consienten; pero en la virilidad sí. Dícese que la juventud es la edad de los sueños y de las ilusiones, y es verdad: nunca es tan poderosa la aspiración ingénita del hombre á realizar esas ideales venturas que en su anhelo de felicidad le finge la imaginación. No contenido entonces por la fría mano del desengaño, cree en aquello que sueña: sólo alguna ligera nube, que pueda traer á su corazón el recelo de la muerte, ó de otra desventura, turba, pero momentáneamente, su alegría. Colocado en esta situación el niño de que habla la Sra. Díaz, sale de sus labios un dulcísimo raudal de esperanzas y de consuelo. Oigámosle:

«¡Un año más!... Un año desparece
En el abismo de la edad pasada;
Y un año más también en el sendero
De mi vida apacible se levanta.

»¡Oh! ¿qué me aguarda en él? ¿dichas? ¿pesares?

¿Mentidas ilusiones? ¿esperanzas?
¡Quién sabe!... Acaso el postrimero sea
De mi existencia silenciosa y grata.»

Nada más legítimo que esta duda y recelo al pensar en su felicidad. Natural es que aquel que se entrega á la inmensidad del Oceano para buscar fortuna, se azore ante la furia de las olas, y se dirija al Cielo para que le ampare.

«Eterno Sér, que dones infinitos
Sobre la tierra con amor derramas,
Y, padre tierno, bondadoso acoges
De tus humildes hijos las plegarias;

»Deja que á tí mi espíritu anhelante
Fervoroso tender pueda sus alas,
Y que en el año que comienza impetre
El soberano auxilio de tu gracia.»

Toda la composición, después, es una tierna plegaria al Altísimo en favor de los autores de sus días y en favor suyo, para que no le abandone y para que, infundiendo en su espíritu virtudes cristianas y sociales, é iluminándole con la antorcha de la sabiduría, viva con la paz en el corazón, y siga su santa ley.

«En el estudio mi ventura encuentre,
Sus triunfos ambicione, y, entusiasta,
Útil anhele ser en lo futuro
Á mis queridos padres y á mi patria.

»Mas á la vez el mísero amor propio,
La presunción, la vanidad insana,
Que á los mortales ciegan y extravían,
De mi inocente corazón aparta.

»La modestia, Señor, mis pasos guíe:
Ella es la antorcha misteriosa y clara
Con que el ajeno mérito admiramos,
Contemplando á la vez nuestra ignorancia.

»Jamás la envidia ponzoñosa y fiera,
Del odio injusto y la calumnia hermana,
Que perfidias inspira al que la acoge,
En mi pecho encontrar pueda morada.

. . . . . .

»Y al terminar el año que hoy comienza,
Tranquilo á tí levante la mirada,

Sin que la negra sombra de la culpa
La estrella eclipse de mi dulce calma.

. . . . . .

»¡Soberano Hacedor! ¡Padre clemente!
Tierno acoge y propicio mi plegaria:
No te pido otro bien... Si fiel te sigo,
¿Qué más ventura que la paz del alma?»

La Sra. Díaz, que tan fervorosa se muestra en todas sus composiciones sagradas, no podía olvidar á la Reina de los Ángeles. En efecto, no una, sino varias, le dedica, y constantemente se oye en sus cantos religiosos su sacrosanto nombre y se advierte la devoción con que la adora.

La oda de que voy á hablar está dedicada *Á la Virgen María en la solemne declaración dogmática de su inmaculada Concepción*. La autora, arrebatada de entusiasmo, clama con tan fausto motivo que cese la inquietud que llenaba de amargura á la descendencia de Adán, y que el pueblo cristiano se alegre y ensalce á Dios, porque la Fe triunfante anuncia al mundo que

«Concebida sin mancha fué María.»

Exclamación natural y altamente poética, arrancada por el júbilo que inunda su corazón y no le permite entrar en materia antes de desahogar de este modo el ardiente fervor que le agita. Después, más libre el ánimo, y dando tregua al primer afecto, presenta su proposición y explica el destino de la Virgen en la redención del hombre decretada por la sabiduría infinita del Eterno: en seguida traza en breves rasgos el triste estado del mundo antes de su nacimiento, y presenta éste en los siguientes versos:

«¡Oh cándida azucena, Virgen pura!
Tú de los santos la anunciada fuiste,
Y gloriosa en el mundo apareciste
Para calmar en él la desventura.

»Naciste: por decreto del Eterno
Con nueva vida el hombre se levanta;

. . . . . .

»Á tu vista los orbes se coronan
De más brillante luz; en tu alabanza

La virtud, la inocencia y la esperanza
Férvidos cantos de placer entonan.
»Las estrellas se agrupan en tu frente,
La blanca luna ante tus pies se inclina,
Y el astro que los astros ilumina
Te circunda de luz resplandeciente.»

. . . . . .

Sigue después mostrando las perfecciones de la Virgen y los beneficios que el mundo le debe, en cláusulas llenas de unción y fuego; pinta arrebatada al Arcángel, que la saluda:

«¡Oh paloma sin mancha, hermosa y pura!»

y á los hombres, que exclaman:

«Eres pura y sin mancha, prorumpieron
En su ardiente fervor los corazones,
Y amantes y entusiastas las naciones
Eres pura y sin mancha repitieron.»

Después, vuelta la vista á las edades pasadas, evoca de sus tumbas á los claros varones que confesaron y defendieron la inmaculada Concepción de la Virgen María; anúnciales que su verdad ha triunfado; que en la Ciudad Eterna, sostenida por la fe y el amor, se ha presentado convertida ya en dogma; y que el mundo y el universo, á despecho de la impiedad, la proclaman sin mancilla y la bendicen. Fijo en seguida su pensamiento en España, á la cual apellida católica por excelencia, dícele:

. . . . . .

«Haz, elevando tu mirada al Cielo,
Pública ostentación de tu creencia.

»Humíllate cual reina fervorosa,
Engalanada al pie de los altares,
Repitiendo á María en tus cantares:
«Sin mancha fué tu concepción gloriosa.»

»Sí, que la excelsa fe siempre te escuda,
Y en ella, España, tu consuelo admiras,
Que sus altas verdades nunca miras
Bajo la triste sombra de la duda.

»Ciega incredulidad, torpes errores
Asiento en vano en tu recinto buscan;

Noble nación, tus ojos no se ofuscan
Ante sus engañosos esplendores.

. . . . . .

»Un tiempo fué ¡oh España! en que tus leyes
En mil pueblos ilustres se acataron,
Y dos mundos sus frentes inclinaron
Ante el augusto solio de tus reyes.

»De hechos gloriosos con razón blasonas;
Mas de Fe inalterable el fuego santo
Es la flor más hermosa de tu manto,
La corona mayor de tus coronas.»

Después de este brillante apóstrofe á España, termina con la siguiente amorosa y tierna peroración á María:

«¡Oh Madre de mi Dios, dulce consuelo
Del que en el mundo acongojado llora,
De súplicas benigna intercesora,
Vaso espiritual, reina del Cielo!

»Torna los ojos hacia el pueblo hispano,
Líbralo de funestas impiedades,
Y vierta su tesoro de bondades
Propicia en él tu poderosa mano.»

El lector conoce ya el artificio, la forma y el fondo de esta composición: en ella todo es original, y brota, como fuente de puras aguas, del ingenio y del corazón de la Sra. Díaz. Plan regular y sencillo, desenvuelto con claridad y animado de exclamaciones y de giros que le dan interés y grandeza, y estilo correcto y puro, son las dotes que más resaltan.

Como tantas composiciones notables existen del mismo género en este volumen, dudo en la elección: mas no quiero pasar en silencio la que dedica *Á la Primavera*, por las razones que apuntaré después. En ella no describe la amenidad y galanura del campo, ni la gracia y animación de las aves en esa florida estación sólo como fenómeno físico que recrea su fantasía, según acontece en todas ó casi todas las composiciones de esta clase, sino como fenómeno que contribuye á realzar la grandeza y el poder de Dios.

Hay entre las composiciones á que antes me he referido, una

á la cual da la autora el título de *Plegaria,* sobre la que, por las dotes especiales que en ella resplandecen, llamo toda la atención del lector. En esta poesía creo encontrar más claramente que en ninguna otra el reflejo de su alma; el retrato vivo de los rasgos de espiritualidad y modestia que se advierten, con sólo mirarla, en su apacible fisonomía. En ella están, en caracteres sencillos, pero dulcemente expresivos, su candor, su fe, sus aspiraciones á la perfección social en el sentido cristiano, su amor sin límites al Todopoderoso.

Esta es la poesía del corazón: de cualquiera manera que estos afectos se expresen, siempre serán bellos.

Hay un pensamiento en las poesías de la Sra. Díaz de Lamarque más constante y fijo que ningún otro: se le ve en varias de sus composiciones; y si bien con nuevo encanto y diverso giro, siempre con el mismo apacible y profundo sentimiento y con la misma intención. Refiérome al que desenvuelve en su *Adiós á la Primavera,* en *La vuelta del Verano,* y en *El Otoño:* puede encerrarse en estas palabras: «todo cuanto nace envejece y muere; pero si le adorna la virtud, ésta le conserva la hermosura y le da eterna vida.» En su *Adiós á la Primavera* está presentada la idea, en mi juicio, con más riqueza de poesía, con más naturalidad y colorido más grato que en las otras. Supone el fin de la primavera, y cuando los rayos ardientes del estío comienzan á agostar el follaje y frescura del campo; pregunta entonces á las auras que vagan alegres entre las flores, si cuando éstas hayan desaparecido tendrán después un recuerdo para ellas: triste pregunta, que repetida por la poetisa cada vez que ensalza la amena pompa del bosque, esparce en la composición una melancolía suave, que penetra dulcemente en el alma, hasta que da la respuesta que más grata podía serle, con la cual se disipa la inquietud que antes la agitaba.

. . . . . .

«El prado y el bosque umbrío
En breve sus ricas galas,
Al rayo del sol ardiente,
En polvo verán trocadas.

»Moradoras de las selvas,
Leves apacibles auras,

¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

»Gallarda, purpúrea rosa,
Puras violetas y acacias,
Albos, frescos azahares,
Azucena dulce y casta,

»¿Y para siempre perdida
Quedará vuestra fragancia?
¿Pasaréis sin dejar huellas
Por las selvas que os aclaman?

»Auras que vagáis festivas
Por las verdes enramadas,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

. . . . . .

»Mas ¡ah! vuestra pura esencia,
Del rápido viento en alas,
Hijas de Abril, hasta el solio
Del Eterno se levanta.

»No sintáis que secas mueran
Vuestras hojas esmaltadas:
Dad al espacio el tesoro
De vuestra inmortal fragancia.

»Elévese al alto Cielo,
Y grata y festiva el aura
Para las flores de hoy
Tendrá un recuerdo mañana.

»Así también cual la vuestra
Nuestra frágil vida pasa,
Y sin dejar huellas mueren
La pompa y grandeza humanas.

»Mas el alma que el perfume
De excelsas virtudes guarda,
Imperecedera vive
Y al Sumo Hacedor se alza.

»Y á la vez que digno premio
Allí venturosa alcanza,
Un recuerdo grato y puro
Siempre el mundo le consagra.»

En su composición titulada *El Otoño* sintetiza en las dos octavas siguientes el mismo pensamiento:

. . . . . .

«¡Ay! al ver esa pompa ya marchita,
Do el tiempo muestra su segur insana,
Entristecido el corazón palpita
La imagen viendo de la vida humana:
Como flores de Abril que el aura agita
Luce feliz la juventud lozana,
Y cual ellas en breve desfallece,
Y en polvo convertida desparece.

»Mas ¡ah! que del mortal no es el destino
Humilde sucumbir como la hoja
Que despiadado, en raudo torbellino,
El aquilón en el espacio arroja:
Nó; que cercada de esplendor divino
La esperanza amenguando su congoja,
De su existencia entre el amargo duelo
Bella se alza y le señala el Cielo.»

. . . . . .

En *La vuelta del Verano* expresa el pensamiento de esta manera:

. . . . . .

«Acabó tu poder ¡oh primavera!
Mas ¿qué mucho si así también acaba
La risueña estación de luz y encantos
Que Dios ofrece á la existencia humana?

. . . . . .

»¡Oh, si tornase, cual el campo, un día
Dichoso á recobrar sus muertas galas!
Mas ¿quién detiene la vejez que adusta
Á herirle llega con segura planta?

»Disípanse los sueños de la vida:
Mas ¡ah! que el Hacedor no desampara
Al mísero mortal, y hasta la tumba
El hálito le da de la esperanza.

»Ella con blando y apacible arrullo
Aun á la triste ancianidad halaga,
Y grata y sempiterna primavera
En la etérea mansión bríndale al alma.»

Todavía hay otras composiciones de la Sra. Díaz en que se

toca el mismo pensamiento: paréceme innecesario, y por tanto ocioso, citarlas todas, y más cuando de alguna de ellas he de ocuparme, no ya por esta cualidad, cuanto por otras perfecciones. Nótase, estudiando éstas y otras muchas poesías de la autora, su propensión á dar tinte moral á ideas que en otros poetas aparecen como mera descripción de la hermosura del mundo físico y de la variación regular y constante que ésta sufre en las estaciones del año, ó en las alteraciones extraordinarias. Una flor, un árbol, la selva con su follaje, la bóveda celeste, una tempestad, inspiran torrentes de poesía con sólo expresar animada y pintorescamente la belleza de que el Supremo Hacedor los ha dotado: en la pluma de la Sra. Díaz son todo eso; y además, dándoles animación, vida y sentimiento, preséntalos como trasunto de nuestro sér y destino, y por ello con mayor simpatía. Aun en la expresión de los sentimientos en general, inclínase á prestarles ese colorido que me atreveré á calificar de amable filosofía, con el cual, sin destruir ni aminorar la claridad de la idea, resulta más atractiva é interesante.

Ahí están *El último momento de la vida, El dos de Noviembre, La Noche Buena* y la deliciosa poesía titulada *En la solemne profesión de Sor. M. D. Ch. en el Convento de Santa Inés de esta Ciudad:* algunas otras pudieran también citarse. Hasta en *La Meditación,* última de las poesías religiosas, que por su brevedad y por la ternura de los afectos puede considerarse como una exclamación, como un fervoroso suspiro dirigido al Eterno, se encuentran estas dos estrofas:

«Que el que formó con poderoso acento
Los orbes de la nada,
No vano pudo hacer el sentimiento
Del alma desterrada.

»Y este anhelar que nuestra mente agita
En perenal desvelo,
Es de la eternidad la voz que grita:
«Tu morada es el Cielo.»

Entre nuestros antiguos poetas hay alguno, como el Bachiller Francisco de la Torre, que ya por su sensibilidad profunda y delicada, ya por estar lleno su corazón de los mismos sentimientos que canta, en una tórtola viuda, en una cierva herida,

ens entre
mpo, sin
seres de
nosotros
ncia ó
os recrea-
nosa im-
despierta
la gala
mente que

ncia la in-
á la sen-
aginación
pero esto
an, y sólo

ura mues-
que canta
me á un
reve y muy

ido.
orecía

spojado
do» (1).

ción de la dicción y estilo

en un árbol despojado de su pompa, ó en una yedra caída, no sólo ve compañeros de sus penas, sino el símbolo de sus propios males. En la soledad del campo, de suyo inspiradora de tierna y suave melancolía, ¿qué otros objetos pudieran tomar parte en sus penas más que los de la naturaleza? Todos aquellos, pues, en que advierte algún daño, los asimila á sí propio y les atribuye en una rica dicción, no siempre correcta por desgracia, las mismas ideas y pesares que rebosan en su corazón.

Rioja no es enteramente lo mismo: se ha apellidado elegía á su preciosa silva *Á la rosa* por el sentimiento melancólico que despierta. Mas obsérvese que la destrucción de todo lo bello, aunque lo sea sólo físicamente, produce mayor ó menor disgusto, según la hermosura ó importancia del objeto. La razón es óbvia: si la belleza, aun la puramente física, tiene la cualidad de producir siempre en nuestra alma placer, la destrucción de ella ha de producir un sentimiento contrario, el disgusto, la pena. Agréguese á esto que nosotros impremeditadamente, y tal vez sin darnos razón del fenómeno, asociamos á nuestro destino la suerte de los objetos bellos materiales, por ese reflejo moral que en todos se encuentra, como creados por el mismo sabio Artífice que creó al hombre. Vemos una rosa que apenas acaba de abrir su fresco y oloroso seno á las caricias del aura, y ya la amamos y sentimos lo efímero de su existencia: pero más vivo es ese sentimiento si por un retorno á la naturaleza humana hallamos en ella el símbolo de la belleza femenil, como ella pura, fresca y lozana, y como ella desapareciendo casi tan rápida y fugazmente.

Un Califa cordobés, engreído con su hermosura física, quiso que la elogiase su favorita: ésta le dijo:

«Eres bello, ¿quién lo niega?
No fuera presunción vana,
Á no tener la hermosura
De ser instable la falta:
»Esta sola tacha tienes,
El ser tu belleza humana,
Que pasa cual sombra leve,
Como flor del campo acaba» (1).

(1) *Historia de la dominación de los Árabes en España*, por D. José Antonio Conde.

Véase por esta muestra, cómo la asociación de ideas entre los objetos físicos y morales se ha verificado en todo tiempo, sin duda por ese reflejo involuntario que nos producen los seres de la naturaleza á causa del vínculo misterioso que con nosotros les une. Mas sin esa asociación, la brevedad de la existencia ó la destrucción de un objeto físico, en cuya hermosura nos recreamos siempre, como ya lo hemos visto, nos produce penosa impresión. Esa también es la causa de la melancolía que despierta la silva *Á la rosa*. Por lo mismo que tan encantadora es la gala con que el poeta la ha embellecido, siéntese más vivamente que su fin se halle tan cercano á su nacimiento.

En las otras silvas de Rioja resplandece con frecuencia la intención moral, y suele emplear delicados rasgos en que á la sensación que le causan los objetos descritos por su imaginación une los sentimientos de su amor, ó una dulce filosofía: pero esto sin formar la base de la obra, sin corresponder al plan, y sólo como ligeros y graciosos esmaltes.

Hay entre sus poesías una en que el fondo y estructura muestran el propósito que tuvo de dar á los dos objetos que canta la animación y el sentimiento del sér humano. Refiérome á un soneto dedicado *Á la vid*, que, por ser composición breve y muy bella, insertaré:

«Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De ese infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituído.

»Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro hielo tu excelente
Cima, ni Febo, cuando más ardiente
Muestra á su gloria el rayo embravecido.

»Que pues cuando en tu lustre florecía
Te dió el áspero tronco y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía,

»Es razón, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozanía,
Ornes agora en su funesto estado» (1).

(1) En este soneto se advierte más la imitación de la dicción y estilo herrerianos que en ninguna otra de Rioja.

Mas no todas las inteligencias, ni todas las imaginaciones, ni todos los caracteres son á propósito para dar á la poesía esa tinta moral; en unos porque la filosofía embaraza á la imaginación, y al ser filósofos dejan de ser poetas; en otros porque no se aviene el vuelo y viveza de su ingenio con la profundidad de la observación filosófica; por eso es escaso el número de poetas de este género.

La Sra. Díaz ha sabido hermanar ambas cosas: la moral no perjudica á su entusiasmo, ni á su arranque poético; al contrario, muchas veces su inclinación reflexiva llévale á dar á sus sentimientos mayor interés y más calor y fuerza.

Terminadas las composiciones religiosas, entra la autora en lo que llama segunda parte y titula *Poesías varias*. Da en éstas el primer lugar á la que consagra á nuestro Padre Santo Pío IX. No se limita en ella á pintar sus virtudes, la serenidad y sublime entereza de su carácter en medio del desenfrenado huracán que combate su trono: ese huracán es para la autora la perturbada Italia y la impiedad, y las bastardas y desapoderadas ambiciones que allí se han desplegado contra el poder temporal del augusto Pontífice. Después de pintar el cuadro de ese país con enérgico pincel, y los peligros del sucesor de S. Pedro, viene á parar en la promesa de Dios á su Iglesia: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam;* y esas palabras animan su espíritu y le inspiran fe y confianza en el triunfo del Vaticano. La forma corresponde á la majestad del asunto: la idea, desenvuelta felizmente, y hermanando la veneración con el entusiasmo, muestra el respeto y amor de la poetisa por la santidad del hombre y por la grandeza del Padre del catolicismo.

En libro como el que estoy juzgando, de tan considerable número de composiciones, y generalmente de subidos quilates, si hubiera de hablar de cuantas lo merecen, llegaría este Prólogo casi á la suma de páginas que el libro. Una de las que no deben pasarse en olvido es la que dirige *Á S. M. la Reina Doña Isabel II por su llegada á Sevilla*. Mucho vale el pensamiento, pero no vale menos la poesía de estilo y la gala descriptiva. El anhelo de Sevilla por contemplar dentro de sus muros á la regia soberana, la animación y regocijo de sus moradores al verla, la razón de su júbilo y los discretos elogios que de la Reina y de

ella hace, todo respira gusto y poesía y es digno de elogio. En la introducción no aparece el fingido entusiasmo, ni la balumba de expresiones para demostrar un fuego que no se tiene, como acontecía antes por desgracia con frecuencia, y tal vez suele verse todavía en algunos poetas, que, llevados de la imitación más que de su propio aliento, se empeñan en dar principio á sus composiciones á la manera que lo hizo algún gran poeta, sin observar que lo que en aquél era verdadero arrebato, en ellos es fría hinchazón é impertinente rapsodia.

¡Con qué lozana expresión elogia la Sra. Díaz el clima, el suelo y la gloriosa historia de Sevilla!

No menos vale cuanto dice en elogio de la Reina.

S. M., que recorrió en Sevilla cuanto de notable encierra, ¿cómo siendo dechado de caridad olvidaría el sitio donde se la rinde culto? Visitó, pues, el hospital que lleva ese nombre, y se hizo además hermana de la corporación que lo dirige: la visita y la ceremonia fueron conmovedoras. ¿No habían de hallar eco en el tierno corazón de la Sra. Díaz? En efecto, la mayor grandeza del suelo igualada y aun sirviendo con humildad á la mayor miseria y desdicha, es la realización más perfecta de la doctrina evangélica y la más edificante enseñanza de caridad y amor que puede presentar un monarca á su pueblo. Así la autora emplea tan delicadas tintas para la expresión de tan hermoso cuadro. ¡Qué feliz el recuerdo del consuelo que tantas veces ha llevado D.ª Isabel II con la palabra *perdón* á millares de infelices! ¡Qué tierna la escena en que pinta el llanto de gratitud derramado por los míseros allí acogidos, y qué poético el evocar la sombra del ilustre fundador, que la ofrece una flor de las que plantó allí su mano, en muestra de reconocimiento! (1) Naturalidad, sencillez, purísimo sentimiento, esto es lo que realza, expresado con admirable corrección, esta tierna poesía.

Pero aquella en que campean más en relieve el gusto y discreción de la autora, es en la dedicada *Á las poetisas españolas*, que dirige á una amiga. El motivo de esta composición está expresado con claridad suma en los dos tercetos siguientes:

---

(2) La Reina evitó en 1855 que se vendiesen los bienes del Hospital: á ella se debe su conservación.

«Tú me aconsejas que el latín aprenda
Porque así seguiré de la poesía
Con más acierto la difícil senda:

»Me aconsejas también que noche y día
Estudie al grande, al inmortal Homero,
Astro brillante que al Parnaso guía.»

La autora muestra respeto y temor al juicio de los que piensan de opuesto modo, y plantea en seguida la cuestión de si la mujer debe ó no ser instruída.

Extiéndese luego en mostrar las excelencias de la razón, y los beneficios que trae á la humanidad cuando ésta la respeta y sigue. En seguida oye la voz misma de la razón, que le dice:

«Oye, dijo; no busques presurosa
La fuente del saber; tan sólo el hombre
Libará con afán su linfa hermosa.

»Nunca tu sexo de tu voz se asombre;
Jamás á tus labores seas extraña
Por alcanzar con los estudios nombre.»

Estos tercetos revelan ya claramente la opinión de la señora Díaz en tan delicado punto. Para ella el estudio en la mujer y el cultivo de la poesía no deben pasar de un honesto y dulce recreo en esos instantes de ocio que le quedan, después de cumplir sus obligaciones en la labor y cuidado de la casa.

Esta materia, más frecuentemente tratada en la sociedad que en los libros, á no ser en la literatura dramática, ha dado mucho que hablar y no poco que escribir. Jamás la he visto tratada, fuera del teatro, que siempre suele mirarla por el lado ridículo, ni con más concisión ni profundidad, ni expuesta al propio tiempo tan sencilla y claramente. ¡Qué sobriedad de palabras, qué lógica tan recta y amable, qué discreción tan urbana y de buen tono! En ella cada parte está en lugar conveniente y sirviendo para el fin ideado: todo esto en una composición escrita en tan difícil rima como el terceto, donde, á excepción de Herrera, Rioja, los Argensolas (no tan felices como éste) y algún otro, raro es el poeta que en este género ha podido vencer airosamente los graves escollos que trae consigo la complicada combinación de los consonantes. Aquí los versos corren con naturalidad, sin en-

cumbrarse demasiado, ni descender á lo trivial; las palabras obedecen al deseo de la poetisa, que va y vuelve adoptando cuantos giros convienen á su intento, sin desencajar la frase, sin que se note en ella apuro ó impropiedad por la tiranía de las desinencias, y dando á cada terceto y á cada verso la estructura, la armonía y el natural desembarazo. No diré que sea ésta la mejor de sus composiciones; pero en mi opinión es la más regular y bien trazada de todas.

La Sra. Díaz, aunque dándole diversa forma y ya bajo el aspecto de los tristes resultados que traería en la práctica una opinión contraria á la suya, repite, en parte, el mismo pensamiento en una composición que dirige *Á una poetisa*. Entre otras cosas manifiéstale:

«Diz que en otras naciones la que ufana
Del saber á la cumbre se encamina,
Entre aplausos sin fin logra á su frente
El sagrado laurel ceñir altiva.

»¿Y esa corona que soberbia alcanza
Podrá tal vez compensación ser digna
De la ventura que el hogar ofrece,
Para ella acaso por su mal perdida?

»No lo será jamás. Pasar inquieta
En estudio afanoso noche y día,
Emular al que triunfa, ser esclava
Del vulgo que la aplaude ó la denigra;

»Ser, si claro su genio la enaltece,
Eterno blanco de bastarda envidia,
Que ciega asestará para humillarla
El dardo vil de la calumnia impía...

»¡Oh! vale más yacer en el olvido
Que alcanzar ese bien que el mundo admira;
¡Felices las poetisas españolas
Que de ese afán frenético se libran!»

He manifestado la tendencia reflexiva de la Sra. Díaz en todas las composiciones que son susceptibles de colorido filosófico. Su soneto *Á la vida* probaría mi aserción, si lo ya dicho no bastase. Otro poeta de distinto carácter acaso no hubiese podido desenvolver la idea en catorce versos, por la necesidad de dar entrada á la parte descriptiva: la Sra. Díaz tiene bastante con las

breves dimensiones de un soneto para expresar admirablemente cuanto puede decirse del destino del hombre desde su nacimiento hasta su ocaso.

«Huye el tiempo veloz: la yerta mano
De la severa edad en nuestra frente
Graba profundas huellas inclemente,
Y el oscuro cabello vuelve cano.

»¡Desdichada existencia! Triste y vano
Afán de ser feliz el alma siente,
Y ¡ay! la felicidad es solamente,
Bello ideal del pensamiento humano.

»De una en otra esperanza ansioso vuela
El mísero mortal desde la cuna;
En la vejez aguarda todavía:

»Y en pos del más allá que inquieto anhela,
Sin encontrar jamás tregua ninguna,
Le sorprende feroz la muerte impía.»

Así como ésta y casi todas las composiciones de la autora son expresión genuina de sus sentimientos, en la que cantó *La destrucción de Numancia* parece que sale un tanto de su carácter. Y á la verdad, desaparecer en parte esas cualidades, como si dijéramos su inclinación, su vida, su manera de ser; dar á la expresión una energía severa y desatar la fantasía con la fogosidad y atrevimiento de los príncipes de la poesía lírica, no se comprendería claramente si no se conociesen su oda á Marchena, su canto épico á las *Navas* y algunas otras composiciones del mismo género. Figúraseme además que la causa de esta oda está explicada en una composición de la Sra. Díaz *Á un amigo que le pide versos á la memoria de Numancia:* en ella hay un cuarteto que dice:

«Desde los días de mi tierna infancia,
Trémula siempre al escuchar la historia
De los heróicos hijos de Numancia,
*Alto entusiasmo me inspiró su gloria.*»

En estos versos, y sobre todo en el último, está sin duda el móvil de esta oda. El heroismo de Numancia, casi fuera de lo humano, la admiración que en todas partes infundía, el terror

que produjo en el belicoso pueblo romano, hasta el punto de ser apellidada *terror imperii;* todo esto llegó á conmover vivamente á la autora, según confiesa, á hacerle escuchar siempre llena de emoción tan terrible historia, y á inspirarle *alto entusiasmo* su glorioso y lamentable término. Véase por qué ese entusiasmo, que agitó hasta lo más íntimo las fibras de su corazón y acaloró su fantasía, pudo dictarle la composición á Numancia.

En efecto, cuando una idea por su altísimo mérito hiere profundamente nuestro ánimo, mientras más la consideramos y estudiamos, con mayor fascinación la vemos, y le tributamos culto y le rendimos una especie de adoración. Entonces para juzgarla no empleamos el criterio tranquilo y desapasionado que nos acompaña en las demás cosas; la pasión y el fuego son los principales resortes que nos mueven, y de aquí la exaltación de la mente fuera de las condiciones ordinarias. Esta circunstancia y la razón que manifiesta la misma Sra. Díaz han debido inspirarle, en mi sentir, su oda *Á la destrucción de Numancia.* Pero sea ó no así, nada perderá el mérito de ella por ser errada mi conjetura.

Por lo mismo que existen las circunstancias referidas, no se extrañará que yo me detenga en su análisis para darla á conocer completamente. Desde el principio preséntase el asunto con imponente grandeza; antes de entrar en la proposición, y como exordio, precédela una magnífica comparación. ¿Qué otra cosa puede asimilarse mejor al heroismo con que sucumbió Numancia que la resistencia que la fuerte encina presta á la furia de la tempestad? Veamos:

«Cuando sus negras alas
Tiende la tempestad sobre la tierra,
Amenazando arrebatar sus galas;
Cuando retumba en la elevada sierra
Del Aquilón el áspero silbido
Y el fúlgido relámpago aparece,
Y escúchase del trueno el estampido,
Y á torrentes la lluvia se desploma;
La hermosura del campo desparece,
Pierden las flores su encantado aroma,
Dan al viento sus hojas esmaltadas,
Su débil tallo lánguido se inclina
Y en el lodo confúndense humilladas.

»Erguida en tanto la robusta encina
Ante el poder que horrible se desata,
Alza su frente noble y altanera;
Temblar el monte puede, mas sereno
Su tronco no vacila; no arrebata
El vendaval su agreste cabellera,
No la estremece el retumbar del trueno;
Parece que los ecos mugidores
Son para ella celestial arrullo:
Parece que á los vivos resplandores
Del pálido relámpago, su orgullo
Acrece y su belleza;
Le da encantos la lluvia, y el bramido
Del huracán aumenta su braveza.

»Es grande, es poderosa, y, si rendida
Habrá de sucumbir, no cual las flores
Débil y muda perderá la vida;
La tempestad sus golpes destructores
Para rendirla fragorosa aumenta;
Sobre su altiva frente
Escúchase el rugir de la tormenta,
Hiéndela al fin el rayo, y el torrente
Que entre sus raudas ondas precipita
Sus destrozados restos á los mares,
Exhala, al par que rápido se agita,
De muerte y destrucción rudos cantares.

»Cual este grande y fuerte
Árbol, Iberia contempló algún día...» etc.

Ya se habrá podido conocer el mérito de los trozos citados. La majestad de la entonación, la energía y variedad de los pormenores, y la sonoridad y robustez de los versos contribuyen poderosamente á dar vigoroso colorido á este magnífico cuadro.

Recuerdo varias comparaciones en el género lírico, entre ellas la de Meléndez Valdés, la de Jáuregui y la de Herrera: la de Meléndez en su primera oda á las *Artes* presenta al águila cuando inexperta todavía sale del nido, y ensayando su vuelo en los aires, entre atrevida y medrosa, remóntase cada vez más hasta que siente tronar á sus pies la tormenta, sin espantarle el rayo, y llega á fijar su mirada derechamente en el claro sol sin que su luz la ofusque. Termina de esta noble manera:

«Á contemplar se pára
La baja tierra; y con acentos graves,
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves.»

La de Jáuregui en la muerte de la reina D.ª Margarita tiene por objeto comparar con los beneficios que esta augusta señora hacía á España los del árbol frondoso que bajo su ramaje da fresca sombra á ovejas y pastores en el estío, hasta que cortado por avara mano desparece. Á la de Fernando de Herrera es algo parecida la de Jáuregui; y no es extraño que éste le imitase, puesto que fué posterior. Sin embargo, en la de Herrera, verdaderamente bíblica, no es un árbol cualquiera como en la de Jáuregui: es un alto y hermoso cedro del Líbano, que acogía bajo su frondosa copa á hombres y animales.

«Pero elevóse con su verde cima
Y sublimó la presunción su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza sólo estima;
Por eso Dios lo derribó deshecho,
Á los ímpios y ajenos entregado.»

No cabe mayor semejanza entre lo que dicen estos versos, respecto al árbol, y la ambición y belicosa vanidad que condujeron al rey D. Sebastián á tan lastimoso término. En la señora Díaz y en Jáuregui la causa de la caída del árbol es su desdicha; en Herrera su presunción y desvanecimiento. En las cuatro comparaciones hay perfecta semejanza entre el objeto comparado y el que sirve de tipo á la comparación. Meléndez, sin duda por haberse valido de un objeto animado, logró dar mayor interés descriptivo á su comparación. Para mí sólo tiene el defecto de la vanidad: el autor, comparándose en esa oda al águila, y en la manera que la pinta, no peca en verdad de modesto.

La comparación de la Sra. Díaz reune al mérito de que ya hemos hablado la oportunidad de preparar de un modo grave y solemne el ánimo. Así, á la grande idea que va á cantar asocia otra grande idea que le sirve de realce.

Terminada la comparación, pinta el espíritu conquistador de Roma y el miedo que producía su incontrastable poder en las naciones vencidas.

«Y los pueblos que tristes inclinaban
Ante el poder del vencedor el cuello,
En las rendidas frentes ostentaban
De humillación y esclavitud el sello.»

La descripción de Numancia y la heróica resolución de vengarla están presentadas con admirable vigor.

«Mas Numancia se alzó; firme, guerrera,
Muéstrase á los soberbios invasores...
¿Quién su frente altanera
Supremo rendirá? Tristes clamores
Escucha en derredor; humildes mira
Cien y cien pueblos que arrogantes fueron,
Y ante la injusta ira
Del coloso triunfante sucumbieron...
Ella no siente su valor extinto
De las romanas huestes al amago;
Y á los suspiros tristes de Corinto,
Y á los roncos gemidos de Cartago,
Y de Iberia á los ayes, y del mundo
Al unido clamor, la ardiente llama
De su indomable furia se acrecienta,
Y, poderosa y libre,
Grita cediendo al fuego que la inflama:
«Yo vengaré, naciones, vuestra afrenta.»

. . . . . .

»Mas ¡ay! que denodado el Africano
Con su ejemplo y su voz de nuevo enciende
El indomable espíritu romano:
¡Ay! que su inmenso ejército se extiende,
Con sus alas cubriendo tus llanuras;
Y del sol á los vívidos reflejos,
Cual ancho mar, contémplanse á lo lejos
Sus tersas y brillantes armaduras.

. . . . . .

»¿Qué es, Numancia, de tí? Cual las arenas
Innumerables son los escuadrones
Que con orgullo fiero
En derredor de tí vense agrupados,
Cual refulgente ceñidor de acero:
Ansiosos de rendirte se enajenan
Esos valientes que á tu lado claman;
Y cuando sus briosos campeones

Con voz de guerra los espacios llenan,
Más su soberbia inflaman,
Y ciegos á lidiar se precipitan
Con ímpetu más firme y arrogante,
Como al poder del Aquilón se agitan
Las altas olas del soberbio Atlante.»

El cuadro es completo: Numancia no se desalienta ni por el pasmoso número de los sitiadores, ni por la arrogancia y el ímpetu con que la asaltan: á su furia contesta con mayor furia y con más indomable brío: la lucha, aunque desigual, es terrible; la ciudad sitiada, cobrando mayor aliento de la desesperación, llega á hacer flaquear al enemigo: pero Numancia ha de sucumbir: ¿qué hacer para no rebajar su grandeza y áun presentarla más alta? La intervención de la diosa de la guerra en el combate en favor de los sitiadores, esta brillante personificación, reminiscencia feliz de la oda antigua, sirve á la autora de medio para el desenlace y para mostrar hasta dónde llega su arrebato lírico.

«De improviso en el ancho campamento
Pálida, la rojiza cabellera
Crespa flotando á la merced del viento,
Menos veloz que su fatal carrera,
Cubierta apenas con terrible manto,
Ostentando en su sien férrea corona,
Escoltada del duelo, del espanto
Y de la muerte apareció Belona.
Llega, y al grito que sus labios lanzan,
Sus briosos caballos jadeantes
Con más furor y rapidez avanzan:
Al eco de las ruedas rechinantes
De su funesto carro retemblaron,
Numancia, tus cimientos, y en la sierra
Dolientes resonaron
Cien alaridos lúgubres de guerra.

. . . . . .

»Ruge y agita su gigante lanza:
Á sus acentos rudos
El hambre, el luto y la orfandad se alzaron,
Y sobre tí, funestos y sañudos,
Sus alas tenebrosas desplegaron.»

Vemos que á Belona acompañan todos los males, inclusa la

muerte, prestos á caer sobre Numancia; ellos, pues, nó el enemigo, y el incendio y el propio hierro, dejáronla reducida á un cadáver.

En tanto adelántase Scipión, que ya seguro puede hollar sus calles: síguenle sus guerreros, que,

«Ciegos buscan esclavos, buscan oro;
Ni oro ni esclavos miran;
Numancia está desierta,
Y horror su calma y su silencio inspiran.»

Detiénense absortos ante tan espantoso estrago, y sólo Scipión ni duda ni se aterra; mas al fin túrbase y se ofusca.

«De improviso á su ardiente pensamiento
Negras sombras asaltan:
No sabe dónde está; la luz, la vida
Un momento le faltan;
. . . . . .
Allí, con ricas galas adornadas,
Dos matronas admira,
Que se contemplan con igual encono.»

Estas dos matronas son la personificación de Roma y de Numancia. Después de describir la primera, dice de la segunda:

«La otra doliente, pálida, sus ojos
Ora dirige con afán al suelo,
Ora los vuelve destellando enojos
Á su eterna enemiga; el desconsuelo,
El ínclito valor y la firmeza
En su semblante brillan
Á través de sus sombras de tristeza.
De sus brillantes galas se despoja,
Un gemido exhalando de amargura,
Y al par que al suelo arroja
Su rico manto, con desdén murmura:
«Roma crüel, venciste. Tus legiones
Ya al viento dan el grito de victoria:
Terror de las naciones,
Esta página más graba en tu historia.
Y ya que tú con férvida arrogancia
Humillar á tus pies sabes el mundo,

Á sucumbir aprende de Numancia.

»Largas horas vendrán, de espanto llenas,
En que cual lloro desolada llores;
Mas no sabrás morir, y las cadenas
Lánguida besarás con que tu frente
Opriman los horribles vencedores.
El Norte arrojará su osada gente
Á conquistar tu altivo Capitolio,
Y tú, débil, humilde, envilecida,
Á la barbarie ofrecerás un solio.
Tú por el hado fiero
Cual yo serás rendida,
Y esclava vivirás; yo libre muero.»

»Dijo, y una sonrisa de despecho
En sus labios asoma,
Penetrante puñal clava en su pecho,
Y exánime á los pies cayó de Roma.»

Con sólo los versos citados habrá podido conocer el lector que no sin algún criterio he considerado esta oda como una escepción entre todas las poesías de la autora. Esclarecido de antemano este punto, en cuanto me ha sido posible, sería ya importuno insistiendo en él. Conócese además la comparación del principio, é igualmente el plan, la manera de desenvolverlo y la bondad de la ejecución. La descripción de Belona y la prosopopeya de Roma y de Numancia, además de la originalidad, contribuyen á la variedad, al brillo y al interés de la composición.

Enmedio del arrebato lírico que en toda ella domina, de los contrastes y de los varios y contrapuestos giros á que lanza á la poetisa el levantado y ardoroso ímpetu de su fantasía; en una palabra, enmedio de ese bello desorden de que nos habla Horacio, ni falta el método, ni se oscurece la claridad. Su frase de fuego, ora impetuosa, ora melancólica, obedece al numen que la agita, y no hay período ni cláusula en que se note apuro ó la más leve debilidad en la expresión: al contrario, muéstrase en la dicción poética tal espontaneidad, corren y se encadenan los pensamientos tan natural y holgadamente, que todo parece que ha nacido de su alma en pocos instantes de felicísima inspiración. Por eso alguna vez, muy rara, no se encuentra el estudiado esmero en la dicción que en muchas de sus composiciones.

¿Y qué diré de los versos? La robustez, la armonía y majestad con que suenan, recuerdan á cada paso la estructura, el corte y la cadencia de la lira de Quintana: todos en sus sonidos se adaptan admirablemente al sentimiento, á la pasión, ó á la idea que expresan: en algunos hasta el uso de las palabras esdrújulas viene á darles mayor sonoridad y energía. Si el entusiasmo no decae en toda la obra, la entonación es siempre elevada y llena, y corresponde maravillosamente al efecto.

Yo hubiera puesto fin á la oda en el acto en que Numancia cae exánime, herida por su propio puñal ante los pies de Roma. Aquí, según yo comprendo, quedan terminados el pensamiento y el interés: lo demás es sólo un epílogo: muy bello es este medio á veces en discursos en que la razón, buscando la enseñanza ó la más segura convicción, se engolfa, terminada ya la materia, en algunas breves é importantes reflexiones; mas en poesía no debe faltarse jamás á la unidad de interés, regla dictada por la naturaleza misma, y aquí se falta á ella buscando un interés nuevo, aunque procurando ligarlo con la idea principal; y eso que los versos del último pasaje no desmerecen de los anteriores en la espontaneidad, número y buena construcción; pero carecen del calor y vida que anima á aquéllos.

Como acabamos de ver, la musa de la Sra. Díaz puede remontarse hasta llegar á la más alta y ardiente inspiración lírica; pero su genial inclinación llévala á los asuntos morales, pocas veces para censurar la maldad ó el vicio, casi siempre para pintar la virtud con galas y matices seductores. Alguna vez, sin embargo, cuando ve la maldad en la tierra, en una composición con el mismo título la anatematiza y opone á ella el seguro triunfo del bien y de la virtud. ¿Encuéntrase á alguna de esas infelices y repugnantes criaturas que empujadas por el ponzoñoso aguijón de la envidia sólo gozan en la calumnia ó en el daño ajeno? Un soneto que titula *El Maldiciente* le servirá para execrarlas: su noble corazón no podía dejar de indignarse contra esos odiados seres que rebajan ó injurian todo lo grande y generoso, ya porque les falta aliento para imitarlo, ya para enaltecer de ese modo su pequeñez y miseria.

Lista había anatematizado también la envidia: después el Sr. Justiniano consagró en sus poesías no pocos versos al mismo

asunto con ese desembarazo y osadía de estilo propios de su ingenio y varonil carácter. Mucho se ha escrito sobre esta materia; pero el retrato que hace la Sra. Díaz del maldiciente es un cuadro perfecto.

«De noble y santa admiración ajeno,
Entre encono y rencor pasas la vida,
Que la envidia satánica se anida
En tu malvado corazón de cieno.

»Contra el mérito ruges, y sin freno
Dejas correr tu furia desmedida,
Y en tu lengua crüel vierte escondida
La vil calumnia su letal veneno.

»Mas el mundo comprende tu demencia,
Y la sana razón, de ella testigo,
Con mudo horror proscribe tu inclemencia.

»En la tierra no encuentras un amigo,
Acúsate la voz de la conciencia,
Y tu propia maldad es tu castigo.»

Si aquí execra al envidioso, en *El triunfo perpetuo de la virtud* complácese en mostrar los beneficios que siempre recibe el verdadero mérito, de la opinión por el elogio público, de Dios mismo por la tranquilidad que envía á la conciencia del bueno. Y si alguna vez la infame envidia, ó la desgracia, pueden turbar la serenidad apacible del alma justa, anímale la poetisa á que alce su frente no manchada, en la seguridad de que su desventura ha de ser nube pasajera; que la verdad y la virtud, como hijas del Cielo, triunfan siempre, y aun en la tierra encuentran la felicidad.

Siguiendo la Sra. Díaz por ese bello camino, halla en *La Soledad* (1) motivo para enaltecer los mismos sentimientos virtuosos. ¡Qué melancolía tan dulce respira, qué amor al retiro, qué horror á toda vanidad y pompa mundanas! Nunca he leído una descripción tan bella de la soledad y sus efectos. Nada tiene de común esta poesía con la del Mtro. León á *La vida del cam-*

(1) Zimmerman escribió un libro con el título de la *Soledad:* no hay semejanza entre las dos obras: la una es breve inspiración del momento, y la otra un tratado precioso de filosofía sobre ese sentimiento y sus efectos. Está vertido al castellano por el Sr. de Gabriel.

*po;* y á pesar de eso, después de leídas ambas, se siente la misma apacibilidad, el mismo amor á la virtud y al retiro, si bien no la melancolía que imprimen en el corazón los versos de la señora Díaz en esta composición. ¡Con qué suave tinta describe la dulce tristeza que suele respirarse en la soledad!

«Y tú, melancolía,
Tú que eres del retiro
La dulce inseparable compañera,
Aun más que la alegría
Que á otros gozando miro,
Es tu faz á mi vista placentera.
No es tu mano la fiera
Mano de la amargura y los enojos;
Y si acaso á la sombra de tu velo
Lágrimas derramar pueden los ojos,
Lágrimas son de celestial consuelo.»

Y no se complace sólo en hacer resonar en su lira esos cantos dulcísimos y, por decirlo así, solitarios del más puro sentimiento, sino que su corazón se exalta en júbilo cuando el genio recibe el debido galardón: y al ser coronado Quintana, y al erigirse una estatua á Murillo en Sevilla, su numen celebra estos faustos sucesos con fervoroso entusiasmo.

Tiempo es ya de poner fin á este Prólogo, mucho más largo de lo que acaso conviene en estas materias y de lo que yo había pensado. Sólo me permitiré citar los versos con que termina la composición que dedica á sus hermanos con el título de *Recuerdo en los últimos días de Primavera:* es la última de todas, y viene á cerrar el libro con llave de oro.

«Á orillas de la tumba lo pasado
Disípase cual sombra fugitiva;
Mas el alma cristiana allí la puerta
De la vida eternal gozosa mira:

»¿No veis cuál raudas nuestras horas huyen?
¡Esperad y creed! Es infinita
La clemencia de Dios. ¡Feliz mil veces
Quien fiel lo aclama y en su amor confía!»

Después de leidos estos versos ¿no cree el lector conmigo

que el pensamiento de virtud, de muerte, de fe y de esperanza que encierran, repetido con tan variada forma en todas las composiciones de la Sra. Díaz, puede considerarse como la síntesis de sus sentimientos? El hombre envejece y muere; pero la virtud y la fe le resucitan con nueva juventud y para una vida celestial y eterna: y tan viva es esta idea en su mente, que la refleja á cada paso, aun en las flores, las plantas, las aves y las estaciones. De esta creencia brotan casi todos los demás virtuosos y dulces afectos que resplandecen en sus poesías.

Obsérvese que el poeta épico y el dramático reciben la inspiración de la naturaleza que les rodea, de las ideas, de los sentimientos y pasiones que dominan en la sociedad en que viven; y muchas veces de los que despierta en su alma la historia de otros pueblos en edades pasadas. En sus versos no expresan puntualmente lo que creen y sienten, sino los afectos y creencias de los que entre ellos viven, ó lo que creyeron hombres de otros tiempos, bien que en esas poesías se vislumbra y aun queda grabado el sello de su personalidad.

No acontece así en los demás géneros poéticos. En éstos el poeta, si no es copista ó imitador frío de otros, canta lo que le dictan su fe, sus opiniones y lo que con mayor viveza siente en su corazón. Puede llegar caso, y no sería ya nuevo, en que un poeta lírico por su educación, sus estudios, su carácter y hasta por su método de vida, estuviese en contradicción con las creencias y sentimientos de la época, y que esa contradicción viniera á reflejarse en sus versos. Otras veces, sin tales circunstancias, la exaltación fogosa de su fantasía puede inspirarle pasiones ó deseos diferentes de los del pueblo en que vive. En ambos casos, no haciéndose el poeta eco de lo que cada uno cree y áun sueña en sus ilusiones, tampoco puede encontrar eco ni simpatías en sus lectores.

Lo que nos cautiva y arrebata es encontrar en la poesía la expresión animada y pintoresca de ideas que ya conocemos, ó de emociones que nos halagan, y más aún de las que habían venido á fijarse como en tropel en nuestra mente y en nuestro corazón, y que sólo las veíamos y sentíamos instintiva y confusamente, y no comprendiéndolas por la reflexión. Cuando el poeta logra adivinar en el hombre esas ideas y sentimientos, presen-

tándoselos claros y embellecidos; cuando le despierta ó aviva otros nobles y magnánimos, ó cuando le desvía con el irresistible poder de su censura de algún bajo instinto ó de alguna vil pasión, entonces puede aplicársele con justicia el *Deus est in nobis* de que nos habla Ovidio.

Hoy, que entre nosotros se discuten desde los principios en que estriba el orden social y público, hasta los augustos dogmas de nuestra fe; en que se pretende destruir creencias seculares, reemplazándolas con ingeniosas pero insensatas utopias, es más fácil que el poeta se extravíe, que cuando en todos los individuos de una nación hay unidad de ideas y de sentimientos. En la anarquía idealista de hoy, cada uno concibe la poesía según sus opiniones: de ellas nacen su odio ó afecto, sus deseos ó inclinaciones; y es por consiguiente más difícil que el poeta pueda producir entusiasmo en todos los espíritus: unos ensalzarán su libro, otros le arrojarán de sí como nocivo; y ya se sabe que lo que se aborrece ni se admira ni interesa.

Pero hay sentimientos que no son de esta ó de la otra edad, que nacieron con el hombre, que vivirán lo que viva el mundo, y que los vemos expresados lo mismo en Homero que en Virgilio, en Tasso como en Cervantes: esos sentimientos encontrarán siempre respeto y simpatía en todos los corazones, aun en los del malvado y el impío. El escritor que los expresa felizmente, siempre recibe en premio el amor de la humanidad.

¿Qué importa que los menos amantes de Fernán Caballero digan que sus inclinaciones políticas pertenecen á un régimen ya pasado? Ignoro cuáles sean, porque no las ha manifestado nunca; pero todos convienen en su divino pincel para la nobleza de los sentimientos, para la resignación en el infortunio y para la fe y esperanza en la recompensa. Su corazón es todo ternura y amor: si entra el vicio ó el delito en la pintura de sus cuadros, es para dar tono más vigoroso á las figuras, y para que la virtud y todos los afectos generosos resplandezcan con más puro brillo. Véase por qué en todas partes resuena el aplauso de sus novelas.

Lo mismo acontece á la Sra. Díaz: imitadora esmerada en la frase de la Escuela Sevillana, no ha seguido en el fondo á poeta alguno. Completamente original, sus poesías son su propio sér

y la dulce expresión de sus generosas aspiraciones. En las poesías religiosas está su ardiente fe, su devoción y amor á la Virgen, su afán por el triunfo y esplendor de la Iglesia Católica: en las profanas encuéntranse expresados esos sentimientos de rectitud, de templanza y abnegación, que llevan la paz al alma y el bien á la sociedad, y que transfiguran al hombre purificándole y ennobleciéndole. Pocas veces se ha visto la virtud pintada con más bello colorido, ni más alentada en la lucha contra el mal en la senda de abrojos por que camina: siempre halla en la Sra. Díaz consuelo para su desgracia en el triunfo ó en la recompensa.

Aun más severa que algunos grandes poetas, jamás se permite desahogo que disminuya la alteza de su numen: regístrense sus poesías, y no se hallará una siquiera donde su propósito sea sólo lucir la agudeza del ingenio: siempre busca el ejemplo ó la enseñanza, y nunca rebaja su musa á asuntos vulgares, ni á la trivialidad ni á la ironía. Modelo de urbanidad y decoro, su pluma no vuela más que por las regiones serenas en que el alma se acerca á su Hacedor, tipo y fin de toda hermosura. Por eso en toda edad los poetas como la Sra. Díaz han merecido elogios de la crítica imparcial y llegado á hacerse populares.

Á estas estimables prendas, que tal realce dan á sus poesías, reúnese el mérito de las formas con que las reviste. Pureza y corrección de estilo, galanura, elegancia y riqueza de dicción, propiedad en las palabras, armonía, rotundidad y número en los versos, que corren á manera de raudal, ya apacible, ya impetuoso, son las dotes principales que se advierten en la expresión de sus conceptos. En esto, así como en el giro de las cláusulas y los períodos, nótase claramente el esmerado estudio que ha hecho de la Escuela Sevillana y aun de otros grandes poetas.

Habrá algún crítico demasiado exigente ó severo que halle asonancias, ó flojedad en algunos versos; redundancia en ciertas frases ó palabras, y el giro no más claro y elegante en algunos pensamientos: pero estas ligeras faltas, que sólo podrán hallarse en muy escaso número, y sólo rebuscándolas con prolijo afán, son lunares de que no está exento el mismo Rioja, y que en nada perjudican al mérito de este libro. ¿Qué importaría todo ello entre tanto primor, tanta lozanía y hermosura?

Concluyo con un recuerdo de Quintana: dice este gran crítico, que entre los autores que leemos elige uno amigos como entre los hombres que trata; y que él no lo sería de los Argensolas porque, á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie. Quintana tenía razón al parecer. Siguiendo yo esta doctrina en sentido contrario, diré que la Sra. Díaz de Lamarque, no sólo se hará admirar, sino amar, de cuantos la lean, por su ternura é ingenuidad y por las demás raras prendas morales de su alma, que tan magníficamente ha dejado estampadas en sus versos.

JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO.

# PRIMERA PARTE

## POESÍAS

### PUBLICADAS EN LA PRIMERA EDICIÓN

# Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

## EN SU LLEGADA Á SEVILLA

UANDO cien y cien pueblos alcanzaron
La dicha de admirarte,
Y entusiastas y fieles te aclamaron;
Cuando palmas y flores
Llegaban con amor á tributarte;
Al rumor de sus plácidos loores,
¡Oh Reina augusta! levantó su frente
La Sultana gentil del Mediodía:
«¿Y no será, magnánima Señora,
Dijo cediendo á su anhelar ardiente,
Y no será que el venturoso día
Luzca para mis hijos en que admiren
Las gracias de tu faz encantadora,
Y en que á tu lado con amor suspiren?
¿Y no será, por dicha, que los cielos
Propicios les concedan
Ofrecerte también flores y palmas,
Y que sus nobles almas
Su acendrada lealtad mostrarte puedan?»

Dijo, y en breve la esperanza pura
Bríndale el bien que férvida desea:
El tiempo en raudo vuelo
El anhelado término apresura...
Ya en la torre gigante
El hispano pendón al aire ondea,
El címbalo sonante
Alegres ecos al espacio lanza,
Y el pueblo fiel, que con afán suspira,
En grata realidad trocados mira
Sus ensueños de dulce bienandanza.

¡Salve, regia beldad! Llega en buen hora
Al encantado edén de Andalucía:
No importa que la grata primavera
Hora no extienda su florido manto;
Del Bétis en la mágica ribera
Perenne luce su divino encanto;
Que burlando de Cáncer los rigores,
Aquí siempre risueñas y suaves
Crecen de Abril las esmaltadas flores,
Y alegres trinan las canoras aves.

¡Oh! vén á la ciudad que afortunada
Á su belleza aduna
Preclaros timbres de la edad pasada:
Esta es la ilustre cuna
De cien y cien perínclitos varones
Que de su patria el nombre enaltecieron
Y aun admiran absortas las naciones.
Aquí perpetuo brillo
Las artes y las letras recibieron,
Y aun como soles de la hispana esfera
Elévanse Velázquez y Murillo,
Y el gran Rioja, y el divino Herrera.

¡Oh! llega; que entusiastas corazones
De júbilo palpitan.
Entre el ronco tronar de los cañones
Y los ecos de plácida armonía
Que los espacios llenan,
¿No escuchas los acentos de alegría
Que en Híspalis doquier gratos resuenan?

Acógelos, Señora;
Vuelve en torno risueña tu semblante,
Que gracias mil y hechizos atesora;
Y esos que venturosos te rodean
Y fieles te saludan,
De hoy más tus hijos sean:
Que ellos ¡oh Reina hermosa!
Cuando tu nombre aclaman,
Tierna madre amorosa
Aun más que Reina con afán te llaman.

¿Y cómo no, si la nación Ibera
Su pasada grandeza y poderío
Por tí de nuevo á recobrar alcanza?
¿Quién, digna nieta de Isabel primera,
Quién, sino tú, contra el muslín impío
Alentó generosa la esperanza
De cien y cien intrépidos guerreros,
Que tu nombre invocaron
Y al golpe de sus ínclitos aceros
Bajo sus pies el África humillaron?

¿Quién á las artes da, quién á las ciencias
Su más claro esplendor? Tú protectora
Eres de todo noble pensamiento:
Diriges la mirada y, bienhechora,
Vida prestas y aliento

Á cuanto grande y digno te rodea;
Que fecunda tu mano,
Cual la mano de un dios sostiene y crea.

Así á la sombra de tu solio augusto
Levántase glorioso el pueblo hispano;
Así á tu acento poderoso y justo
La ilustración benéfica prospera:
Ya el agudo silbido
Resuena, por el eco repetido,
De la estruendosa máquina ligera
Que audaz el viento hiende,
Y entre pueblos sin fin, en su carrera,
Lazos de unión y de amistad extiende.

Ya en breve el mar alígeras cruzando
Fuertes naves irán de polo á polo,
Altivas anunciando
Que la egregia matrona
Que el cetro empuña de preclaros reyes,
De su pueblo, dictando sabias leyes,
Los esfuerzos magnánima corona.

Mas no sólo la antorcha rutilante
Que á la moderna edad guía y alumbra
Mira en tu diestra el pueblo que anhelante
Por tí á la excelsa perfección se encumbra:
¡Ah! nó; que la Suprema Omnipotencia
En tu benigno corazón hermana
La ilustración, la clara inteligencia,
Con la fe pura y la piedad cristiana:
Y dan unidas á tu noble frente,
Acreciendo las glorias españolas,
El genio su corona refulgente,
La santa caridad sus aureolas.

Por eso esta ciudad, que fiel venera
En su elevado templo
Los restos del Monarca fuerte y santo
Que fué del Musulmán horror y espanto,
Y aun es del orbe admiración y ejemplo;
Sevilla, que te ama,
Católica y leal por excelencia,
Ensalza enajenada tu clemencia
Y el fuego religioso que te inflama.
Inquieta, palpitante,
La multitud te sigue presurosa;
Y al contemplar tu celestial semblante,
Y ese niño gentil, que almo consuelo
Es de su padre y de su madre hermosa,
Y del pueblo español dulce esperanza,
Dichosa eleva con profundo anhelo,
Lágrimas derramando de ternura,
Himnos de amor y gratitud al Cielo.
¡Oh Reina! que en tu alma
La plácida memoria se eternice
Del puro sentimiento
Con que el pueblo hispalense te bendice:
Sí; débate Sevilla un pensamiento
De paz y de dulzura
Cuando tornes de nuevo al Manzanares...
Feliz en tanto ella,
Entre sus timbres de perpetua gloria,
De tan gratos momentos de ventura
El recuerdo inmortal graba en su historia.

EN LA CELEBRIDAD

## DE LA RESTAURACIÓN DE LA RÁBIDA

De las floridas costas de Occidente
Una sombra divina se levanta:
Ornada eleva de esplendor su frente,
Cruza de Atlante las soberbias olas,
É invisible deslízase su planta
En las risueñas playas españolas.
  Es el genio inmortal, grande, profundo,
Que designó la omnipotente mano
Para surcar el férvido Océano
Y el gran secreto adivinar del mundo.
El que venció con ínclita osadía
De mares ignorados la arrogancia,
Y las columnas derribó que un día
Alzaron la altivez y la ignorancia.
  ¡Colón!... Es él, que misterioso llega
Al almo santuario que acogida
Otro tiempo le dió; donde congrega
Alta y fecunda ilustración ahora
Á esclarecidos príncipes, que salvan

De la huella del tiempo destructora
Recuerdos inmortales,
Que acrecientan los timbres nacionales.
¡Colón!... Es él... Su sombra misteriosa
Invisible en el templo se desliza
En el plácido instante
Que augusta ceremonia religiosa
De nuevo diviniza
El monumento de la hispana gloria;
Donde mira el supremo navegante
La página más grata de su historia.
«Salve, murmura con pausado acento,
Salve por siempre, sacrosanto asilo,
Donde pude tranquilo
De nuevo levantar mi pensamiento:
Tú el puerto fuiste en la borrasca fiera
De mi suerte crüel. ¡Ay! yo ofrecía
Las fértiles comarcas que á mi mente
Mostraba el Hacedor, y me atraía
El sarcasmo del mundo; yo indigente
Corrí de trono en trono,
Engaños mil sufriendo é impiedades
Del hombre, fiero para mí en su encono
Más que del mar las roncas tempestades.
¡Ay! que al hablar del mundo floreciente
Que Dios mostraba al pensamiento mío,
*Locuras son de tu cabeza ardiente,*
*Delirios,* murmuraban,
Sin escucharme en su desdén impío.
»Mis primaveras rápidas volaban,
Y, sin ser de ninguno comprendido,
Persiguióme tenaz con su desprecio
El arrogante necio
Y con su burla el pueblo descreído.
»Mísero, aquí llegué sin esperanza,

Y de estos muros al modesto abrigo
Mi alma de nuevo á recobrarla alcanza.
Aquí mi labio trémulo, de amigo
Pronuncia el nombre caro; mis acentos
Oyen por vez primera,
Y por primera vez mis pensamientos
Puedo extender en dilatada esfera.
»¡Ventura celestial! ¡Oh! no el sarcasmo
Del ridículo audaz aquí aminora
Con su helada sonrisa mofadora
El fuego celestial de mi entusiasmo:
Nó; me escuchaban con afán profundo,
Mi anhelo comprendían,
Y admirados, cual yo también veían
Alzarse en lontananza un nuevo mundo.
No son vanas quimeras, no ilusiones
Las palabras aquí del extranjero;
De alta esperanza en las etéreas alas
Vuelan con él á vírgenes regiones,
Con él admiran las vistosas galas
De las distantes zonas,
Y miran alcanzar al pueblo hispano
En conquistas sin fin áureas coronas.
»Instantes de consuelo,
Digna compensación de mi amargura,
En tí tal vez me presentaba el Cielo.
Pero ¿qué nueva luz radiante y pura
Desde este asilo contemplé? Mis ojos
Vuelvo al excelso trono de Castilla:
¡Oh primera Isabel! grande ante ellos
De tu genio inmortal la antorcha brilla;
Á sus claros destellos
El olvido mitiga los enojos
Que sufría mi espíritu anhelante;
Ánsia á tus pies volar el alma mía,

Sin temer el desprecio cortesano,
Pues tu grandeza inmensa comprendía,
Y todo lo esperaba de tu mano.
»¡Oh reina celestial! ¡Oh mujer fuerte!
Desde el momento que escuché tu nombre,
Dios piedad tuvo de mi triste suerte:
Tú fuiste mi esperanza, mi consuelo,
Y el astro fuiste de esplendor divino
Que compasivo presentaba el Cielo
Para alumbrar mi lóbrego camino.
Sí, que de tu constancia la aureola,
Santa guerrera, contempló mi alma,
Y ella, dije, es la sola,
De cuantos dictan en la tierra leyes,
Que de esta empresa llevará la palma
Para perpetua mengua de otros reyes.
»Huyeron mis pesares;
¡Oh! plugo al fin al Cielo que corriese
Inspirado por tí los anchos mares;
Que el velo descorriese
Que ocultaba del mundo el gran misterio,
Y otro reino á tus plantas ofreciera,
Porque jamás de tu glorioso imperio
La viva luz del sol despareciera.
»Y tú, mansión querida,
Adonde pronuncié por vez primera
De la augusta Isabel el caro nombre;
Modesto albergue donde hallé acogida
Y grato alivio á mi letal tristura;
¡Que con respeto te conserve el hombre!
Vive por siempre, y en la edad futura,
Cual es ahora, tu recinto sea
Grandioso monumento
Donde mi historia el universo vea.
Sí: que en tí se atesora

De Colón el recuerdo más querido;
Premio alcance la mano bienhechora
Que del poder te libra del olvido.
»Gloria á vosotros, Príncipes augustos,
Que en este humilde templo
Hoy eleváis fervientes oraciones,
Y brindando un asilo á la indigencia,
Al par que de clemencia,
Dais tan sublime ejemplo
De excelsa ilustración á las naciones:
Los pueblos entusiastas
Os tributan ardientes ovaciones;
Y premio dando á vuestro noble anhelo,
Bendice vuestra plácida existencia
La Católica Reina desde el Cielo.»

Enmudeció la sombra misteriosa,
Y en raudo vuelo presurosa sube
Á la mansión etérea del querube.

# Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SU VISITA AL HOSPITAL DE LA SANTA CARIDAD

QUÉ buscas, noble Señora,
En esta humilde morada,
Si la ancianidad doliente
Aquí tan sólo se halla?
¿Cien monumentos insignes
Sevilla acaso no guarda,
Adonde admires las huellas
De sus grandezas pasadas?
¿No hay placeres, no hay festines
En la perla de Vandalia,
Hoy que en honor de su Reina
Aparece engalanada?
Los hay, sí: mas un instante
De ellos alejas tu planta,
Y al desdichado que gime
Tiendes la dulce mirada.
Que es la clemencia tu guía,
Y en su misteriosa llama
Con puro y constante anhelo

Tu noble pecho se abrasa.
  Llega, Reina de Castilla,
Llega á esta humilde morada,
Que la mansión de los pobres
Es de los Cielos escala.
  En la Caridad se mira
Toda perfección cifrada:
El que acorre al desvalido
Las leyes de Dios acata:
  Y la Omnipotente diestra
Digno premio le depara,
Premio que el mortal benigno
Aun desde la tierra alcanza.
  Tú lo sabes, ¡oh Isabela!
¿Qué son las glorias mundanas,
Si á la celestial ventura
Un momento las comparas
  Que siente tu amante pecho
Si, por la piedad guiada,
Altas mercedes otorgas,
Bienes sin cuento derramas?
  ¡Oh! cuando al triste consuelas,
Cuando al oprimido amparas
Y de la orfandad doliente
Secas las acerbas lágrimas;
  Cuando tus labios pronuncian
La ansiada, dulce palabra
De *perdón,* que raudo el viento
Lleva al proscrito en sus alas;
  El puro, santo alborozo
De los que fieles te aclaman
¿Nó inunda, excelsa matrona,
De inmenso placer tu alma?
  La inunda, sí, que en la dicha
Gozas del pueblo entusiasta

Que entre férvidos loores
Tu insigne piedad ensalza.
  Y á su anhelo respondiendo,
Doquier, placentera y grata,
Con amorosa sonrisa
Su ardiente cariño pagas.
  Llega, pues, Princesa augusta,
Á esta dichosa morada,
Monumento levantado
Por la Caridad cristiana.
  Cien ancianos desvalidos
Con viva ansiedad te aguardan,
Y su dulce bienhechora,
Su tierna madre, te llaman.
  ¿Y cómo no, si deudores
Á tu bondad soberana
Son del sosegado albergue
Que en sus desventuras hallan?
  Así al escuchar tu nombre,
Símbolo de dichas tantas,
De gratitud, de amor puro,
Llanto apacible derraman.
  Y así también, Reina hermosa,
La sombra del gran Mañara,
De las que plantó su mano
Una flor pone á tus plantas.
  «Nieta augusta de cien reyes,
Con voz misteriosa exclama,
Vén al venerable asilo
Do todo mi bien cifraba:
  »Tú lo salvaste algún día
De formidables borrascas,
Y hoy con nuevo, claro brillo
Á tu poder se levanta.
  »¡Oh! que en pago el Sér Supremo

Derrame con mano franca
Sobre tu excelsa familia
El tesoro de sus gracias.
»Y ese niño, objeto caro
De risueñas esperanzas,
Piadoso tu ejemplo siga,
En gloria y bien de mi patria.
»Astro de paz y ventura,
Dulce consuelo de España,
Bendita, bendita sea
La caridad que te inflama.»
Dice ¡oh Reina! y como el eco
De sus postreras palabras,
Gratos acentos repiten
Por las vecinas estancias:
«Astro de paz y ventura,
Dulce consuelo de España,
Bendita, bendita sea
La caridad que te inflama.»

# LAS POETISAS ESPAÑOLAS

## EPÍSTOLA Á UNA AMIGA

Tú me aconsejas que el latín aprenda,
Y que así seguiré de la poesía
Con más acierto la difícil senda:

Me aconsejas que estudie noche y día,
Que estudie al grande, al inmortal Homero,
Astro brillante que al Parnaso guía.

Perezosa me llamas; y así quiero
Hacerte comprender tengo razones,
Si ves que á tu dictamen no me adhiero.

Diversas y encontradas opiniones
Cuanto existe en el mundo al hombre ofrece,
Causando agitadísimas cuestiones:

Lo que justo á los unos les parece,
Otros que opinan de distinto modo
Juzgan que eterna execración merece.

¡Mísera humanidad! ¡Oh! todo, todo
Prosélitos encuentra ó detractores,
Que ensalzan, ó que arrastran por el lodo:

Y entre contrarios van y defensores
Marchando los sucesos de la vida,
Colmados de dicterios y loores.

¿Debe ó no la mujer ser instruída?
¿Debe ó no la mujer en la ignorancia
Vivir eternamente adormecida?

Cuestión es para mí de alta importancia,
Y que en secreto ocupa el alma mía
Desde las dulces horas de la infancia.

Yo adoré desde niña la poesía,
Y ella puras y nobles ambiciones
Á mi anhelante espíritu ofrecía:

Mas en breve sus dulces ilusiones
Rápidas de mi vista se ahuyentaron
Ante el hielo de ajenas convicciones.

Contemplé que si algunos ensalzaron
Á la que el don de la poesía obtiene,
Otros llenos de hiel la despreciaron:

Y como el caminante que detiene
Su brioso corcel, y mira atento
La áspera senda que á su vista tiene,

Así detuve yo mi pensamiento,
Y la senda observé que pretendía
Seguir con denodado atrevimiento.

Bella fué la ilusión que me adormía;
Pero ante todas cosas fué mi anhelo
Que sólo la razón fuese mi guía.

Mas tú preguntas: «¿Bajo el denso velo
De encontradas ideas, por ventura,
Quién la razón distinguirá en el suelo?»

¡Oh! distínguese, sí. Radiante, pura,
En el mundo separa y esclarece
La sagrada verdad de la impostura.

No ante la edad ó el sexo desparece;
Que al que en la humana sociedad se agita,
Desde la tierna infancia se aparece.

Ella es la voz que en la conciencia grita;
Ella la oculta mano que sostiene
Al que ciego hacia el mal se precipita.

¡Oh! mísero el que nunca se detiene
Ante esa valla misteriosa y santa,
Donde al hombre su Autor firme contiene!

¡La razón! Ella grande se levanta
En los sucesos todos de la vida,
Y nunca, aunque severa, nos espanta.

Feliz la humanidad si conducida
Quisiera ser por ella, y ni un momento
Abandonase tan suprema egida.

Mas ¿adónde me lleva el pensamiento?
¿Cómo con nuevo y desusado tono
Hoy disertar de la razón intento?

La región metafísica abandono;
Que entendida ser quiero, amiga mía,
Y sutiles ideas no ambiciono.

Digo que es la razón seguro guía
Que debe conducir á los mortales,
Y mal hace quien de ella se desvía.

Lucir deben sus rayos celestiales
Lo mismo en las magnánimas acciones
Que en aquellas humildes y triviales.

Por eso entre mis dulces ilusiones
Sonó su voz suprema y poderosa,
Y ví desparecer mis ambiciones.

«Oye, dijo, no busques presurosa
La fuente del saber; tan sólo el hombre
Libará con afán su linfa hermosa.

»Nunca tu sexo de tu voz se asombre;
Jamás á tus labores seas extraña
Por alcanzar con los estudios nombre.

»Mucho el que juzga, á la verdad, se engaña
Que deben en el campo de la ciencia
Glorias buscar las jóvenes de España.

»Nunca en pos de elevada inteligencia,
De inmensa, de inmortal sabiduría,
Sacrificar anhelen su existencia.

»Y de la dulce y bella poesía,
Encanto celestial, que tu alma adora,
No por eso mi acento te desvía.

»En aras de pasión tan seductora
De tus ocios ofrece el sacrificio,
Y grata ilustración busca en buen hora:

»Mas del estudio el plácido ejercicio
Sólo el encanto de tus ocios sea;
Nunca tu ocupación, nunca *tu oficio*.

»No te afanes jamás por que te crea
El vulgo más experta que otra alguna:
Poco en tus labios la instrucción se vea.

»No por hablar te muestres importuna:
La que la ciencia de callar ignora
No tiene, á la verdad, ciencia ninguna:

»Y no el silencio á la mujer desdora;
Que más vale pasar por muda ó necia,
Que por fatua, preciada de doctora.

»Aquel que al parecer oye y aprecia
Á la que docta y elocuente brilla,
Luego quizás se burla y la desprecia.

»Sea tu conversación siempre sencilla,
Sin las hinchadas frases con que suele
Su ignorancia encubrir la sabidilla.»

Tal dice la Razón. ¿Quieres que aun vuele
De la instrucción por la escarpada senda,
Y en pos de alto renombre me desvele?

¿Quieres que el griego y el latín aprenda,
Y que *in folios* rebusque noche y día,
Y el hebreo y el árabe comprenda?

Si tal puedes querer ¡oh amiga mía!
Muéstrame que hay razón para que sea;
Y en tanto, dejarás que en la poesía
Sólo el encanto de mis ocios vea.

# LA VUELTA DEL BUEN TIEMPO

LUCE ya el sol: feliz Andalucía,
Ya extender puedes tu florido manto;
Y tú, reina gentil del Mediodía,
Sevilla, edén de celestial encanto,
Olvida tu crüel melancolía,
Cálmese tu inquietud, cese tu espanto,
Que apartó el Aquilón su faz sañuda,
Y ya la Primavera te saluda.

Ya de tí huyó la hueste destructora
De pardas nubes, y tu claro cielo
Tiende á los pies de la brillante aurora
De rosa y nácar transparente velo.
Ya ante esa luz que los espacios dora
No hay sombras que la oculten á tu suelo,
Y en tus noches purísimas y bellas
Fúlgidas resplandecen las estrellas.

Ya tu risueño y apacible río
Torna á seguir su curso sosegado,
Sin que al poder del huracán impío
Rugiendo corra al mar precipitado.
Tú temblaste á su horrible poderío;
Temblaste al contemplar cuán irritado,
Rápido dilatando sus riberas,
Inundó tus bellísimas praderas.

¡Claro Guadalquivir! ¡Cuál tus bramidos
Tronaban en las noches silenciosas,
Al compás de los ásperos silbidos
Del rudo vendaval! Con las copiosas
Lluvias, raudos torrentes desprendidos
Llegaron de los montes, y ruidosas
Tus ondas mil, que entonces se desatan,
Flores, plantas, jardines arrebatan.

Mas tu furia cesó. La erguida frente,
Híspalis, alza de placer ceñida,
Que una atmósfera pura, transparente,
Con dulce paz de nuevo te convida.
Ya el astro de los astros refulgente,
Manantïal de luz, fuente de vida,
Bajo el celeste dilatado manto
Da á tus verjeles su perdido encanto.

Ya luce la violeta pudorosa;
Ya inquieta vaga en la feraz pradera
Bella, tornasolada mariposa;
Ya el avecilla plácida y ligera
Del África llegó, como graciosa
Precursora de grata primavera...
Aves, flores, ¡que nunca vuestras galas
Roben del huracán las negras alas!

Diz que otra vez desenfrenado el viento
Conducirá los pardos escuadrones
De nubes destructoras; que violento
El eco de los rudos Aquilones
Tornaráse á escuchar; y que su asiento
Guadalquivir dejando, en roncos sones
Cubrirá con sus ondas la llanura,
Muerte sembrando, y luto y amargura.

Auras suaves, luz esplendorosa
Del astro puro que preside al día,
¡Ay! pedid á la diestra poderosa
Que vuestro rumbo en los espacios guía,
Que no otra vez la tempestad furiosa
Os robe de la bella Andalucía;
Que no de nuevo el rayo amenazando,
Encendido descienda retumbando.

Lámpara hermosa, luminar del cielo,
No más densos vapores te oscurezcan;
No más, no más entre tristeza y duelo
Cansadas nuestras almas desfallezcan.
Tus rayos, pura fuente de consuelo,
En la estación de Flora resplandezcan;
Que vida el campo á su fulgor alcanza,
Y amorosa renace la esperanza.

# EN EL ÁLBUM
# DE LA CASA DE HERNÁN CORTÉS

RESTAURADA Á EXPENSAS DE SS. AA. RR.

LOS SERMOS. SRES. INFANTES, DUQUES DE MONTPENSIER

QUÉ supremo poder, Híspalis bella,
Despierta tus recuerdos adormidos,
Y antiguos monumentos se levantan,
El polvo sacudiendo de los siglos?
Coronado de rosas y azahares
Alza su frente tu soberbio río,
Y exclama, deteniendo de sus ondas
Por un momento el curso fugitivo:
«Bendiga el Cielo la ilustrada mano
Que, el velo descorriendo del olvido,
Presenta al mundo, venturosa España,
Gratas memorias de tus grandes hijos.
»En vano el tiempo en su veloz carrera
Oscurecer anhelará ya impío
Las huellas de tus héroes inmortales,
De tus altos recuerdos los vestigios.
»Fecunda ilustración vela por ellos,

Y, de su antorcha al esplendor divino,
Ante la multitud entusiasmada
Hora aparecen con doblado brillo.
»Sombra de Hernán Cortés, llega un momento
Á la orilla del Betis cristalino:
Vén, y contempla la morada humilde
Donde exhalaste el postrimer suspiro.
»Ya no ignorada yacerá entre escombros,
Ó será en nuestra edad mudo testigo
Del injusto desdén con que la patria
Premió los hechos de tu ardiente brío.
»Nó: ya aparece cual padrón de gloria,
Do el claro nombre del guerrero invicto
Que acrecentó los timbres españoles
Entre ígneas palmas lucirá esculpido.
»Solitaria mansión, ¡oh, cuántas veces
Evocará en tu plácido recinto
El viajero los fastos de la historia
Del gran conquistador y su heroísmo!
»Ora recordarán el firme arrojo
Con que, sus naves destruyendo altivo,
Burló las esperanzas que pudieran
Cobardes oponerse á sus designios:
»Ya le verán en Méjico triunfante,
Un tirano á sus pies viendo rendido,
Y el dilatado imperio de Occidente
Acatando sus órdenes sumiso;
»Ó en los postreros años de su vida
En tí, modesto albergue, do tranquilo,
De firme abnegación ejemplo dando,
Supo olvidar el mundanal bullicio.
»¡Cuántos recuerdos de Cortés despierta
Su ignorado, pacífico retiro!
Gracias, genios del bien; gracias mil veces,
Príncipes ilustrados y benignos.

»¡Oh! tan grandes memorias, sacudiendo
El ominoso polvo del olvido,
Por vosotros, ceñidas hoy de flores,
Han de pasar á los futuros siglos.»
El Betis se inclinó: su anciana frente
Saludaron los céfiros festivos,
Y las brillantes ondas lo reciben,
Rápidas prosiguiendo su camino.

## EN EL ÁLBUM
DE LA
## SRA. D.ª ANTONIA SEGOVIA DE LA HERRÁN

FRESCA y galana flor es la belleza,
Y cercada de encantos aparece:
Es el talento luz que resplandece,
Luz que es del mundo la mayor riqueza.

Es la virtud la celestial nobleza
Que más á los mortales enaltece,
Y ante su claro brillo se oscurece
El esplendor de mundanal grandeza.

La juventud aplaude á la hermosura,
Rinde el mundo alabanzas al talento,
Y la razón á la virtud adora.

Eres bella: si ofrece tu alma pura
Siempre al saber y á la virtud asiento,
Bella serás de bellas triunfadora.

# LA VIDA

UYE el tiempo veloz: la yerta mano
De la severa edad en nuestra frente
Graba profundas huellas inclemente,
Y el oscuro cabello vuelve cano.

¡Desdichada existencia! Triste y vano
Afán de ser feliz el alma siente,
Y ¡ay! la felicidad es solamente
Bello ideal del pensamiento humano.

De una en otra esperanza ansioso vuela
El mísero mortal desde la cuna:
En la vejez aguarda todavía;

Y en pos del *más allá* que inquieto anhela,
Sin encontrar jamás tregua ninguna,
Le sorprende feroz la muerte impía.

Y ¡cuán dichosa el alma,
Rompiendo las cadenas
Que al mundo la aprisionan,
Al Hacedor se eleva,
Y al admirar sus obras
Le adora en todas ellas!
¡Venturosos momentos
De inspiración suprema!
¡Oh, libre el alma mía,
Hermosa Primavera,
Del entusiasmo en alas
Siempre admirarte pueda!

Á UN AMIGO QUE ME PIDE ESCRIBA VERSOS

# Á LA MEMORIA DE NUMANCIA

AL estruendo marcial triste se aterra
Mi corazón, y lánguido suspira:
¿Y me pedís que en cánticos de guerra
Vibren las cuerdas de mi humilde lira?

¿Me pedís que enaltezca la constancia
Del pueblo insigne que en el suelo ibero
Fué de Roma terror, y su arrogancia
Admiración del universo entero?

¿Queréis que á vuestros ojos lo presente
En el día fatal en que le plugo
Á la muerte rendir su altiva frente
Antes que el cuello al extranjero yugo?

¿Queréis mirar sus últimos instantes,
Escuchar sus gemidos lastimeros,
Y ver cuál entre llamas devorantes
Acabaron sus ínclitos guerreros?

# TRIUNFO PERPETUO DE LA VIRTUD

## EPÍSTOLA Á UNA AMIGA

LORAS? ¿Acusaciones infinitas
Con elocuente voz y triste acento
Lanzas al mundo sin piedad, juzgando
Que la razón y la verdad te guían?
¡Qué! ¿la calumnia, por ventura, puede
Implacable manchar la frente pura
De la cándida virgen que á los Cielos
Alza su corazón, digna morada
De la inocencia y del pudor divino?
¿Herir podrá su dardo ponzoñoso
Á la noble matrona que su dicha
Cifra sólo en cumplir la misión alta
De esposa y madre que le otorga el Cielo?
¿Alcanzará al varón firme y prudente
Que á la iracunda adversidad resiste,
Y de la augusta probidad en aras
Sus ambiciones todas sacrifica?
Y entretanto que víctimas humildes
Doblen la frente y en silencio sufran,

¿Triunfantes la alzarán los que la senda
De torpes vicios y maldades siguen,
Los que el deber olvidan y las leyes
Ultrajan del honor? ¿La hipocresía
Con su máscara vil cubrirlos puede,
Y hacer que iguales á la faz del mundo
El hombre honrado y el inicuo sean?
¿Y lo juzgas así? ¿Puede tu alma
Tal idea abrigar? ¿Qué recompensa,
Qué estímulo encontraran las virtudes?
¿Qué freno el vicio y la maldad? ¡Oh! raudo
Mi espíritu se eleva á lo futuro,
Y de la eternidad las anchas puertas
Mas allá del sepulcro abiertas mira.
Allí, guiado por la Fe, contempla
Que eterna dicha ó perenal castigo
Á los mortales el Inmenso guarda.
¿Mas sólo tras la valla misteriosa
De la muerte será? Nó, nó: la vista
Dirige al mundo: la justicia eterna
Destella por doquier. Nunca dichoso
Al malvado verás... ¿Dudarlo puedes?
Observa atenta, y lo sabrás al punto.
Sí: mira aquel que codicioso y vano
Logró encumbrarse por indignos medios;
Ricos tesoros hacinó en sus arcas,
Títulos altos agregó á su nombre...
No logra, empero, deslumbrar al mundo,
Que la verdad conoce ó adivina;
Y aunque lisonjas le prodigue en torno,
Al par se mofa, sin piedad le hiere,
Y de eterno baldón su nombre ciñe.
Él lo comprende y en silencio sufre,
Ó, pródigo tal vez, oro vertiendo,
Ánsia borrar las manchas que á su honra

Imprimieron las pérfidas acciones.
¡Perdido afán! La sombra formidable
De su ignominia á su pesar se alza,
Y objeto vil de lástima y desprecio
Lo hace ante aquellos que su fausto anhelan.

Mas replicas que acaso igual peligro
Encuentra el hombre probo, acariciado
Por la próspera suerte: que la envidia,
Enemiga perpetua del dichoso,
Puede iracunda mancillar su fama.
¡Qué error! En triunfo la calumnia nunca
Debe quedar: el pueblo que la acoge,
El pueblo mismo la rechaza en breve.
Aquel otro contempla que á la sombra
De la prosperidad dichas consigue:
Reunió también tesoros infinitos;
Mas la firme constancia en el trabajo,
La severa honradez, la inteligencia
Forman el pedestal de su fortuna:
Y ¿quién osado atentará á su nombre?
El mundo por doquiera le recibe
Alfombrando de flores su camino,
La juventud le mira con respeto,
La ancianidad descúbrese la frente
Al contemplarlo, y sin cesar le rinde,
No esos aplausos vanos y mentidos
Que el hombre indigno enriquecido logra,
Sino el elogio síncero que ofrece
La justa admiración de nobles almas.
Y ¡oh! si benigno le otorgara el Cielo
Que á la intachable rectitud uniera
Sensible corazón; si franco, dulce,
Expresivo le hallaran sus iguales,
Y tierno y generoso el indigente;

No ya sólo homenaje de alabanzas,
Amor, respeto, ofrendas de ternura
Con profundo entusiasmo le rindieran.
Vuelve la vista al prócer encumbrado:
Si su puesto brillante feliz debe
Á la honradez y al mérito; si nunca
Al auxilio acudió de intrigas viles,
Y, ajeno de bastardas ambiciones,
Fiel á sus juramentos, busca sólo
La paz y la ventura de su patria;
Le admirarán sus mismos enemigos,
Y las fracciones y contrarios bandos,
Que por desgracia á la nación dividen,
Rencores olvidando, aplauso justo
Rendirán al patricio, que su nombre
Inmaculado legará á la historia.
Oculto, simulado menosprecio,
Desconfianza inspirará entretanto,
Aun entre sus adeptos, el que indigno
Hipócrita y sin fe tan sólo anhela...

Empero abandonemos las regiones
Que ajenas deben ser para nosotras;
En más humilde círculo fijemos
La mirada, que claros testimonios
Por doquier aparecen, publicando
De la virtud el triunfo y la grandeza.
Mira la ociosa y torpe cortesana
Que, sedienta de lujo, ciega inmola
El honor en sus aras: cuantos dones
Llegan del frío Támesis y el Sena
Por la voluble moda conducidos,
Adquiere con afán. Costosos trajes,
Flores, cintas, y perlas y rubíes
Se apresura á lucir. Quizás arrastra

Espléndida carroza, imaginando
Con las más nobles damas confundirse.
Mas su osado ademán, sus galas mismas,
Que á desprecios y sátiras provocan,
Heraldos son que su deshonra anuncian.
El vulgo malicioso la distingue,
Y risas mofadoras y sarcasmos
Es el digno homenaje que la ofrece.
Á su lado entretanto casta joven
Cruza: su humilde traje, su tristeza,
Harto revelan que con ella esquiva
Muéstrase la fortuna; mas su frente
De modestia y pudor ornada luce:
Supo esquivar nefandas seducciones,
Y atmósfera suave de pureza
En torno la circunda. ¡Lauro, lauro
Eterno á su virtud! ¡Ah! sí, lo alcanza:
De todos con amor vese acogida,
Los pechos generosos la bendicen,
Los mismos libertinos la respetan...
¿Qué más triunfo? Si nunca la halagase
Grata la suerte; su conciencia pura,
El aprecio del mundo, ¿no bastaran
Á coronar su ancianidad de flores?

Empero con ardor á exclamar tornas:
«¿Y la envidia crüel? ¿Qué importa acaso,
Delirante prosigues, ¡ah! qué importa
Ambicionar un nombre sin mancilla,
Y en la senda del bien seguir constante,
Si ciega enemistad y odios injustos
Negras calumnias sin cesar asestan?»
Dices, y el llanto en tu pupila asoma...
¿Sufres? ¿Herida estás? ¡Ah! para oprobio
De la moderna sociedad, doquiera

Mesalinas sin número palpitan,
Que, indignas de encumbrarse hasta la altura
De aquellas que en el bien nunca desmayan,
Despreciadas juzgándose, las odian.
Ellas son las que osadas y sangrientas
Lanzan el dardo vil de la calumnia,
Y desveladas el momento espían
De herir á la inocencia y humillarla.
Así contra la joven casta y buena
Halla aliento la pérfida malicia,
Pábulo encuentra la sospecha injusta,
Y ese rumor odioso se levanta,
Vago, indeciso, que de lengua en lengua
Crece y gigantes proporciones toma.

Mas no te arredres, nó. Cual los castillos
De pintado papel que en nuestra infancia
Levantamos, y firmes aparecen,
Bastando leve soplo á destruirlos,
Rápido así por tierra se derrumba
El edificio vil de la deshonra
Que falsedades por cimiento tiene.
No lo dudes, efímero es el triunfo
De la mentira: como el sol, que ahuyenta
Los espesos vapores que le ocultan
Y con fúlgidos rayos aparece,
Tal la verdad se muestra, disipando
Las nubes del engaño y los errores.
Mas ¡ah! si por desgracia, como acaso
Acontece, en tu daño se combinan
Fatales apariencias injuriosas;
Si temes que en tu fama impresa quede
La sombra de la duda... Pon la mano
Sobre tu corazón... ¿Late tranquilo?
¿No te acusa la voz de la conciencia?

Alza la frente, pues: en ella luzca
La calma, patrimonio de almas nobles.
Halle fin tu inquietud. Aun cuando tarde,
En triunfo siempre la verdad descuella;
Y, nuncio de perpetua bienandanza,
Quien sigue en la virtud con firme huella,
Paz y ventura desde el mundo alcanza.

Á MI QUERIDA AMIGA LA DISTINGUIDA LITERATA

## MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

CON MOTIVO

DE ESTAR ESCRIBIENDO PARA EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

UNA OBRA TITULADA **EL CETRO DE FLORES**

HOY que brillantes páginas de oro
Anhelante preparas ¡oh María!
Para el vástago tierno que algún día
Será sostén del español decoro;

Elévese tu acento, y que, sonoro,
Horror inspire á la maldad impía,
Y enaltezca con plácida armonía
De la virtud el celestial tesoro.

Sí; reina entre las musas españolas,
Y destellen, cual astros rutilantes,
Los bellos cuadros que tu mente créa.

Ciñan tu sien fulgentes aureolas,
Y la fecunda pluma de Cervantes
*Cetro de flores* en tu mano sea.

# Á EMILIA

HAY cien jóvenes bellas, que la llama
Sienten en sus amantes corazones
De estro inmortal, y en nobles ambiciones
Ánsian llegar al templo de la Fama:

Mas si el mundo á sus pies falaz derrama
Con blando halago sus fugaces dones,
Seducidas por vanas ilusiones,
La antorcha extinguen que su mente inflama.

Tú, Emilia, de esas eres; y obtuvieras
De los genios las palmas peregrinas,
Si al numen que te inspira obedecieras.

¿Por qué á triunfos efímeros te inclinas,
Y desdeñas la ruta en que pudieras
Émula ser de Safos y Corinas?

## Á MI QUERIDA AMIGA TERESA TASSARA
### EN SUS BODAS

Ya próspera lució sobre tu frente
La corona nupcial, mi dulce amiga;
Del Hacedor la mano omnipotente
Tu venturosa unión grata bendiga.

¡Oh! bendígala, sí: que sea eterno
El amor noble y puro que atesora
Ese esposo feliz, á quien tu tierno
Y entusiasmado corazón adora.

¡Bendígala el Señor! Que resplandezca
La dicha para tí: que la esperanza
Siempre á tus ojos apacible ofrezca
Un porvenir de eterna bienandanza.

Tú eres la flor más pura y más galana
Que admira el Betis en su hermosa orilla,
Y el lucero más fúlgido que ufana
Muestra en su cielo la oriental Sevilla.

¡Oh! no hay ninguna que feliz ostente
Labios más puros que tus labios rojos,
Frente más tersa que tu tersa frente,
Ojos más bellos que tus bellos ojos.

No hay cual la tuya celestial mirada,
Ni quien graciosa como tú sonría;
Tú eres bella entre bellas admirada;
Tú eres ángel de amor, Teresa mía.

Mas ¡ah! que no es tan sólo la belleza,
Frágil encanto que extinguirse puede,
El alto don que en su eternal grandeza
La mano del Inmenso te concede.

No es tan sólo ese don; que su clemencia,
Porque en todo llevar puedas la palma,
Dió á tu sensible pecho la inocencia,
Y de virtudes coronó tu alma.

¡Oh! siempre el mundo, por tu bien, te vea
Cercada del encanto peregrino
De la santa virtud; la virtud sea
El sol que resplandezca en tu camino.

Serálo, y ante el pueblo que te admira
De esposas brillarás claro modelo,
Y ese que tierno por tu amor suspira
Verá la tierra convertida en cielo.

¡Oh! que la paz te arrulle lisonjera;
Que la horrible y funesta desventura
No pueda nunca despiadada y fiera
Grabar sus huellas en tu frente pura.

Jamás tus labios con pesar suspiren,
Huyan de tí la angustia y los dolores,
Y la futura edad tus ojos miren
Siempre ceñida de aromosas flores.

# LA DESTRUCCIÓN DE NUMANCIA

Á MI DIGNO Y RESPETABLE AMIGO EL INSIGNE POETA
SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ZAPATA

CUANDO sus negras alas
Tiende la tempestad sobre la tierra,
Amenazando arrebatar sus galas;
Cuando retumba en la elevada sierra
Del Aquilón el áspero silbido,
Y el fúlgido relámpago aparece,
Y escúchase del trueno el estampido,
Y á torrentes la lluvia se desploma;
La hermosura del campo desparece,
Pierden las flores su encantado aroma,
Dan al viento sus hojas esmaltadas,
Su débil tallo lánguido se inclina,
Y en el lodo confúndense humilladas.

Erguida en tanto la robusta encina,
Ante el poder que horrible se desata
Alza su frente noble y altanera:
Temblar el monte puede, mas, sereno,

Su tronco no vacila; no arrebata
El vendaval su agreste cabellera;
No la estremece el retumbar del trueno:
Parece que sus ecos mugidores
Son para ella celestial arrullo;
Parece que á los vivos resplandores
Del pálido relámpago su orgullo
Acrece y su belleza,
Le da encantos la lluvia, y el bramido
Del huracán aumenta su braveza.

Es grande, poderosa, y, si rendida
Habrá de sucumbir, no cual las flores
Débil y muda perderá la vida.
La tempestad sus golpes destructores
Para rendirla fragorosa aumenta;
Sobre su altiva frente
Escúchase el rugir de la tormenta;
Hiéndela al fin el rayo, y el torrente,
Que entre sus raudas ondas precipita
Sus destrozados restos á los mares,
Exhala, al par que rápido se agita,
De muerte y destrucción rudos cantares.

Cual este grande y fuerte
Árbol, Iberia contempló algun día
Un pueblo que las iras de la muerte
Firme arrostró. Triunfante aparecía
La señora del mundo; sus legiones,
Enarbolado el pabellón de guerra,
Extendían los férreos eslabones
De la cadena que oprimió á la tierra;
Y los pueblos, que tristes inclinaban
Ante el poder del vencedor el cuello,
En las rendidas frentes ostentaban

De humillación y esclavitud el sello.

Mas Numancia se alzó; firme, guerrera,
Muéstrase á los soberbios invasores...
¿Quién su frente altanera
Supremo rendirá? Tristes clamores
Escucha en derredor; humildes mira
Cien y cien pueblos que arrogantes fueron
Y ante la injusta ira
Del coloso triunfante sucumbieron...
Ella no siente su valor extinto
De las romanas huestes al amago;
Y á los suspiros tristes de Corinto,
Y á los roncos gemidos de Cartago,
Y de Iberia á los ayes, y del mundo
Al unido clamor, la ardiente llama
De su indomable furia se acrecienta,
Y, poderosa y libre,
Grita, cediendo al fuego que la inflama:
«Yo vengaré, naciones, vuestra afrenta».

Tú grande entonces la miraste, ¡oh Tibre!
¡Cuántas veces tus ínclitos guerreros
En abatirla su ambición cifraron,
Y cuántas por sus hijos altaneros
Vencidos á tu orilla se tornaron!
¡Oh, cuántas veces con rencor profundo,
Á tu pesar, sus glorias admiraste,
Y cuántas iracundo
El terror de tus armas la llamaste!

En tanto, firme la severa mano
Del destino inflexible, señalaba
Nuevas conquistas al poder romano:
Tú, Numancia infeliz, no fuiste esclava;

Mas tu nombre del libro de la vida
Borrado se miró; que altiva, fuerte,
Antes quisiste, que vivir rendida,
Libre dormir en brazos de la muerte.
Página grande de la hispana historia,
Eterno monumento,
Inmarcesible palma de victoria,
Es el recuerdo del postrero día
Que para tí lució. ¿Quién tu ardimiento,
Quién tu heroísmo sin igual sabría
Dignamente cantar, ¡oh tú! que ofreces
Entusiasmo á los nobles corazones,
Y en los fastos del mundo resplandeces
Para ejemplo inmortal de las naciones?

Verte imagino en las terribles horas
En que osadas legiones aguerridas,
Á tu lado, de muerte dan el grito:
Circúndante las huestes destructoras,
Mas tú no te intimidas:
No al contemplar su número infinito
Indecisa un momento retrocedes,
Ni ante el gran nombre de Scipión te espantas,
Ni ante los rayos de su gloria cedes...
Soberbia y poderosa te levantas;
La firmeza, el valor, se alzan contigo;
Síguete la suprema independencia,
Y, trémulo un momento, el enemigo
Á su pesar se inclina á tu presencia.

Mas ¡ay! que denodado el Africano
Con su ejemplo y su voz de nuevo enciende
El indomable espíritu romano.
¡Ay, que su inmenso ejército se extiende,
Con sus alas cubriendo tus llanuras,

Y, del sol á los vívidos reflejos,
Cual ancho mar contémplanse á lo lejos
Sus tersas y brillantes armaduras!

¿Qué es, Numancia, de tí? ¿Tu ardiente brío
De qué sirve, si Roma por vencerte
Desplegó su grandioso poderío?
¿Qué importa tu valor, si de tu suerte
Árbitra quiere ser, y, en la esperanza
De humillarte crüel entre cadenas,
Á tí sus rayos invencibles lanza?

¿Qué es, Numancia de tí?... Cual las arenas
Innumerables son los escuadrones
Que con orgullo fiero
En derredor de tí vense agrupados,
Cual refulgente ceñidor de acero:
Ansiosos de rendirte se enajenan
Esos valientes que á tu lado claman;
Y cuando sus briosos campeones
Con voz de guerra los espacios llenan,
Más su soberbia inflaman,
Y ciegos á lidiar se precipitan
Con ímpetu más firme y arrogante,
Como al poder del Aquilón se agitan
Las altas olas del soberbio Atlante.

Tal vez un punto tu firmeza vieran
De la impaciencia en las inquietas alas
Los guerreros de Roma, y suspiraron:
En tu frente mirar tal vez creyeran
La égida firme de la ardiente Palas,
Y mudos en su arrojo desmayaron:
Quizás por un momento acallarían
Su férvida arrogancia;

Que inquietos, contemplando tu constancia,
En su afán, invencible te creían.

De improviso en el ancho campamento,
Pálida, la rojiza cabellera
Crespa flotando á la merced del viento,
Menos veloz que su fatal carrera,
Cubierta apenas con horrible manto,
Ostentando en su sien férrea corona,
Escoltada del duelo, del espanto
Y de la muerte, apareció Belona.
Llega, y, al grito que sus labios lanzan,
Sus briosos caballos jadeantes
Con más furor y rapidez avanzan:
Al eco de las ruedas rechinantes
De su funesto carro retemblaron,
Numancia, tus cimientos, y en la sierra
Dolientes resonaron
Cien alaridos lúgubres de guerra.

Tiende la diosa sobre tí sus ojos,
Y, al contemplar tu indómita pujanza,
Alza su frente destellando enojos,
Ruge, y agita su gigante lanza:
Á sus acentos rudos
El hambre, el luto y la orfandad se alzaron,
Y sobre tí, funestos y sañudos,
Sus alas tenebrosas desplegaron.

¡Ay Numancia infeliz, que ya se escuchan
Los lúgubres quejidos
Que exhalan, expirantes, tus guerreros!
¡Ay! ciegos ya sin esperanza luchan;
Que los que nunca el hambre vió rendidos,
El peso humilla de los hados fieros.

Ya en sorda confusión, sin orden gira
La desalada multitud, y gime
Con delirante afán: aquí suspira
Y entre sus brazos trémulos oprime
Al hijo de su amor madre doliente:
Allí se arrastra lánguido el anciano:
La tímida doncella, el inocente
Y tierno infante, con temor insano,
Mudos y errantes vagan;
Y es todo llanto, confusión, clamores...
Diosa funesta de la guerra impía,
Si es tu gloria esparcir negros horrores,
Inmensa fué tu gloria en ese día.

¿Y adónde, cual espectros palpitantes,
Tus hijos se encaminan?
Con extraña esperanza se iluminan
Sus lívidos semblantes,
Funesto brillo sus miradas lanzan,
Muda su voz expira,
Y en confuso tropel ciegos avanzan
Sin saber dónde van... Cual por encanto,
En un círculo inmenso, de repente,
Mírase alzada gigantesca pira;
Y, con ímpetu ciego,
Allí la multitud llega impaciente,
Que allí tan sólo su esperanza mira.
¡Ay! pronto brilla devorante fuego;
Alza feroz la muerte su guadaña...
Un grito entonces espantoso suena,
Ronco grito que España
Escucha con pavura,
Que de espanto y terror al orbe llena,
Y que en la edad futura
Horror ha de infundir... Orgullecidos

Los hijos de Mavorte lo escucharon,
Y sus ecos perdidos
Hasta en la altiva Roma retumbaron.

Entre tanto ¿qué espera
El soberbio Scipión? El fuerte muro
Que tan alto respeto le impusiera,
Los pechos sólo de tus hijos fueron;
Ya tus calles hollar puede seguro;
¡Ay, que tus hijos ya desparecieron!

Huéllalas, sí: cual rápido torrente
Por diques poderosos detenido,
Que, al verse libre de ellos, de repente
Furioso se dilata,
Y en su rauda carrera
Las flores de los valles arrebata;
Así, con saña fiera,
El formidable ejército romano
Sin diques á inundarte se encamina,
Y en tí, triunfante, su ominosa mano
Siembra la destrucción y la rüina.
Ciegos buscan esclavos, buscan oro;
Ni oro ni esclavos miran:
Numancia está desierta,
Y horror su calma y su silencio inspiran.

¿Cómo su planta incierta
Detienen los sangrientos invasores?
¿Acaso temen proseguir en vano?
En tan funesta guerra
¿No se levantan ellos vencedores?

Tan sólo el corazón del Africano
Ni duda ni se aterra;

Mas con afán palpita,
Y, presa de fatal presentimiento,
Por un instante á su pesar se agita.

De improviso á su ardiente pensamiento
Negras sombras asaltan:
No sabe dónde está; la luz, la vida
Un momento le faltan;
Y arrebatado en éxtasis profundo,
Recorren sus miradas
Anchas regiones de encantado mundo.
Allí, con ricas galas adornadas,
Dos matronas admira,
Que se contemplan con igual encono:
Hermosa la una es; mas su belleza
Terror al par que admiración inspira:
En su frente destella la fiereza,
Por donde quiera su mirada espanta,
Y al par un sello de eternal grandeza
Grabado deja su funesta planta.

La otra doliente, pálida, sus ojos
Ora dirige con afán al suelo,
Ora los vuelve destellando enojos
Á su eterna enemiga: el desconsuelo,
El ínclito valor y la firmeza
En su semblante brillan
Á través de sus sombras de tristeza.
De sus brillantes galas se despoja,
Un gemido exhalando de amargura,
Y, al par que al suelo arroja
Su rico manto, con desdén murmura:
«Roma crüel, venciste. Tus legiones
Ya al viento dan el grito de victoria:
Terror de las naciones,

Esta página más graba en tu historia:
Y ya que tú con férvida arrogancia
Humillar á tus pies sabes el mundo,
Á sucumbir aprende de Numancia.
Largas horas vendrán, de espanto llenas,
En que cual lloro desolada llores;
Mas no sabrás morir, y las cadenas
Lánguida besarás con que tu frente
Opriman los horribles vencedores.
El Norte arrojará su osada gente
Á conquistar tu altivo Capitolio,
Y tú, débil, humilde, envilecida,
Á la barbarie ofrecerás un solio.
Tú por el hado fiero
Cual yo serás rendida,
Y esclava vivirás; yo libre muero.»

Dijo: y una sonrisa de despecho
En sus labios asoma,
Penetrante puñal clava en su pecho,
Y exánime á los pies cayó de Roma.

Cayó Numancia: la brillante cuna
Del más alto valor que vió la tierra,
En tumba de cien héroes sin fortuna
Miróse convertida; mas su nombre
No morirá jamás, que en él se encierra
Cuanto más grande el pensamiento inflama,
Y para siempre, de esplendor ceñido,
En el glorioso templo de la Fama
Entre ígneas palmas brillará esculpido.

No morirá jamás: el pueblo hispano
En sus fastos, altivo, lo presenta;
Y si la injusta mano

[illegible]

[illegible]

# EN UN ÁLBUM

DÍCENME, flor del Teide, que eres bella,
Que manan dulce miel tus labios rojos,
Y que la luz del sol viva destella
En las miradas de tus negros ojos.

Diz que á más de tu plácida hermosura
De inocencia y candor eres modelo,
Y fuente inagotable de ternura
Dió á tu sensible corazón el Cielo.

¡Oh! que la soberana Omnipotencia
Te colme, cual mereces, de favores,
Y entre venturas corra tu existencia,
Cual aroyuelo límpido entre flores.

Vive dichosa: que propicio el mundo
Brinde á tus pies sus florecientes galas,
Sin que el mal sobre tí pueda iracundo
Tender la sombra de sus negras alas.

Y al par, cándida flor, que tu belleza
Entusiasmado el corazón admire,
Grato, místico aroma de pureza
Á tu lado, cual hora, se respire.

Si á tí los ecos de mi triste lira
Llevan las auras en su raudo vuelo,
«Sé venturosa, escucharás, ¡oh Elvira!
Y de excelsa virtud claro modelo.»

Á LA MEMORIA DE MI QUERIDA AMIGA

## LA SRA. D.ª ROMANA MERÁS DE CARBONERO

CUAL astro misterioso de consuelo
En el valle de lágrimas luciste,
Y en flores sus abrojos convertiste;
Que el santo amor del bien era tu anhelo.

La sagrada misión que te dió el Cielo
Benéfica, magnánima cumpliste,
Y ejemplo claro de matronas fuiste,
Y esposa y madre de virtud modelo.

Si como premio digno á tu clemencia,
Á ese cristiano amor, que era tu faro,
Te miras del Altísimo en presencia;

Para tus hijos y tu esposo caro,
Que inconsolables gimen en tu ausencia,
Pídele alivio y celestial amparo.

Á MI MUY QUERIDO AMIGO

EL EMINENTE NOVELISTA

## FERNÁN CABALLERO

La fe, caro Fernán, y la clemencia
En tu elevado espíritu aparecen,
Y los cuadros esmaltan y engrandecen
Que brotan de tu clara inteligencia.

En ellos, en fecunda competencia,
Verdad, saber, ternura resplandecen,
Y sus flores más bellas les ofrecen
La grata sencillez y la inocencia.

Tú del que sufre los dolores calmas;
Ante la pura enseña que tremolas
Su amor te rinden las benignas almas;

Y, encanto de las letras españolas,
Brindate el genio sus fulgentes palmas,
Y la santa virtud sus aureolas.

# LA SOLEDAD

GRATA melancolía,
Eterna compañera
Que encuentro en mi pacífico retiro;
Desciende al alma mía,
Que no en congoja fiera
Ó contristada tu semblante miro.
Si algún mudo suspiro
Inspirado por tí mi pecho lanza,
No es un sordo gemido de amargura,
Y en él mi joven corazón alcanza
Consuelo dulce á su letal tristura.

No los placeres vanos
Que el mundo nos presenta,
Con incansable afán busca mi alma:
Á ellos tienda sus manos
La multitud sedienta
Que en ellos mira de su bien la palma.
¡Oh venturosa calma

Que mi existencia plácida rodea!
Nunca lejos de mí lleves el vuelo;
Tú eres el bien que el corazón desea
Y que demando con afán al Cielo.

¡Mísero aquel que siente
Latir sólo su pecho
Bajo el poder de osadas ambiciones,
Y con afán su mente
Eleva satisfecho
En alas de engañosas ilusiones!
¡Ay! que en duras prisiones
Él mismo acaso por su mal se lanza,
Y esclavo del deseo, en su delirio,
De una esperanza corre á otra esperanza,
Sufriento lento y eternal martirio.

¡Feliz aquel que anhela
El plácido sosiego
Que tú, tranquila soledad, ofreces;
Y nunca de tí vuela,
Loco esquivando y ciego
La paz de que ceñida resplandèces!
¡Feliz aquel mil veces
Que al contemplar del mundo la opulencia,
Sus vanas glorias, su placer incierto,
Deja que humilde corra su existencia
Como ignorado arroyo del desierto!

¡Oh soledad querida!
¡Oh santa paz del alma!
Tú de felicidad eres la fuente:
¡Dichoso el que su vida
Pasa en tu dulce calma,
Sin que le arrastre el mundanal torrente!

Nunca mi pecho ardiente
En alas de quimérica esperanza
Por falsas glorias con afán suspire;
Y, cual hora, su sola bienandanza
En tí, modesta soledad, admire.

Tú eres grata ribera,
Eres tranquilo puerto
En los ruidosos mares de la vida,
Do la borrasca fiera
Contémplase á cubierto,
Y el Aquilón bramando no intimida.
Naves que en la temida
Mar dilatada os encontráis del mundo,
¿Adónde inquietas navegáis sin tino?
¿Dónde os arrastra vuestro afán profundo,
Que nunca termináis vuestro camino?

¡Oh soledad! ¡Oh amada
Ribera encantadora,
Alma quietud que el corazón desea!
¡Astro de luz preciada,
Que tu esplendor cual hora
Siempre mi bien y mi esperanza sea!
Nunca, nunca me vea
En medio de esas olas agitadas
Que sin cesar horribles se embravecen...
Por su rudo poder arrebatadas,
Las naves más altivas se estremecen.

En tí, cuando palpita
El corazón ajeno
Á la gloria del mundo y sus engaños,
Ningún temor le agita,
Ni el destructor veneno

Siente de los funestos desengaños:
En tí pasan los años
Ledos y silenciosos, sin que el alma
Con acerba inquietud muda suspire,
Sin que fiera ansiedad robe la calma,
Ni la yerta vejez temor inspire.

Y tú, melancolía,
Tú, que eres del retiro
La dulce, inseparable compañera;
Aun más que la alegría
Que á otros gozando miro,
Es tu faz á mi vista placentera.
No es tu mano la fiera
Mano de la amargura y los enojos;
Y si acaso á la sombra de tu velo
Lágrimas derramar pueden los ojos,
Lágrimas son de celestial consuelo.

De plácida tristura,
De puro sentimiento
Á mis ojos te muestras rodeada,
Y mágica dulzura
Infundes con tu aliento
Al alma que te acoge, infortunada.
Por tí de la pasada
Edad nuestros recuerdos más queridos
Con mayores encantos aparecen,
Y de apacible languidez ceñidos
Los ensueños de oro resplandecen.

¡Dichoso aquel que viva
Bajo tu augusta sombra,
Oh ignorado dulcísimo retiro,
Y no ciego te esquiva,

Ni tímido se asombra
De tu tristeza, que por siempre admiro!
¡Feliz yo si te miro,
Melancólica paz que me rodea,
Nunca lejos de mí tender el vuelo!
Tú eres el bien que el corazón desea,
Y que demando con afán al Cielo.

# Á UNA POETISA

DAME que escuche tu laud de oro;
Dame que, enajenada el alma mía,
Pueda un momento adormecer sus penas
Al eco blando de tu voz divina.

Deja que tus suavísimos cantares
Lleguen del manso Betis á la orilla,
Ya que dulces y plácidos resuenan
En tu patria dichosa, que te admira.

¡Oh! serán para mí, Felicia hermosa,
Cual los arrullos que en la selva umbría
Eleva en la alborada filomena,
Entre sauces frondosos escondida.

Gratos serán cual los suspiros tiernos
De las auras que, leves y festivas,
Entre acacias y frescos arrayanes
Al declinar la tarde se deslizan.

¿Y enmudeces? ¿Quizás antes anhelas
Escuchar mis acentos? ¿Imaginas
Que revelar gloriosos puedan ellos
El numen creador que al genio inspira?

¡Ah! si yo amé desde mi tierna infancia
El encanto inmortal de la poesía,
Y férvido entusiasmo sentir pudo
Mi palpitante corazón de niña;

No por eso alcanzó mi pensamiento
La ardiente inspiración que la benigna
Mano de Dios concede á los que elige
Para aplaudir sus altas maravillas.

¿Qué importa que en mis sueños anhelante
Pueda un momento desear altiva
Las ígneas alas que al poeta encumbran,
El estro ardiente que á la gloria guía?

Esas vanas quimeras desparecen
Cual nube de verano fugitiva,
Y á la sombra feliz de mi ignorancia
Quedo de nuevo, por mi bien, rendida.

No esperes, pues, que entusiasmarte puedan
Los tristes sones de mi humilde lira;
Harto en verdad alcanzo, si con ellos
Treguas hallan las penas de mi vida.

Mas nó: tú no lo esperas. Bien conozco
¡Oh ninfa encantadora! que adivinas
Los límites estrechos que detienen
El insensato afán de la poetisa.

Diz que en otras naciones la que ufana
Del saber á la cumbre se encamina,
Entre aplausos sin fin logra á su frente
El sagrado laurel ceñir altiva.

¿Y esa corona que soberbia alcanza,
Podrá tal vez compensación ser digna
De la ventura que el hogar ofrece,
Para ella acaso por su mal perdida?

No lo será jamás. Pasar inquieta
En estudio afanoso noche y día;
Emular al que triunfa; ser esclava
Del vulgo que la aplaude ó la denigra;

Ser, si claro su genio la enaltece,
Eterno blanco de bastarda envidia,
Que ciega asestará para humillarla
El dardo vil de la calumnia impía...

¡Oh! vale más yacer en el olvido,
Que alcanzar ese bien que el mundo admira.
¡Felices las poetisas españolas
Que de ese afán frenético se libran!

Tú, Felicia, lo eres; tú lo sabes,
Y los acentos de tu voz sencilla
Revelan que, modesta y apacible,
Jamás extraña presunción te guía.

Sin esperanzas de inmortal renombre,
Cantas, cediendo al numen que te inspira,
Como cantan las aves en la selva,
Sin comprender jamás que son oídas.

Y ora de la amistad los santos lazos
Aplaudas entusiasta y conmovida;
Ya deplores, en lánguidos gemidos,
Los duros golpes de la muerte impía;

Siempre serán tus delicados versos
Puras flores que exhalen, peregrinas,
El aroma inmortal de la inocencia
Que en tu sensible corazón abrigas.

Deja, deja un instante que los ecos
De tu apacible voz, tierna poetisa,
En alas de los vientos conducidos,
Suenen del Betis en la grata orilla.

Raudos lleguen á mí: quizá por ellos
De entusiasmo y amor el alma henchida,
Bendeciré tu nombre enajenada,
Y en tu alabanza pulsaré la lira.

## EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

## DOÑA MANUELA FERNÁNDEZ DE SALAMANCA

Ya tendió por los verjeles
La Primavera sus alas,
Y, bajo frescos doseles
De arrayanes y laureles,
La rosa muestra sus galas.

Mece su tallo sereno
Y apacible la enamora
Favonio, de gozo lleno,
Y perlas mil en su seno
Risueña vierte la Aurora.

Entusiasta la enaltece
Con dulces trinos el ave;
El campo todo parece
Que, lisonjero y suave,
Digno homenaje le ofrece.

Y al admirar sus colores,
Y que el espacio embalsaman
Sus purísimos olores,
Aves y vientos la aclaman
Reina hermosa de las flores.

Ella humilde languidece,
Temblando la frente inclina,
Ruborosa se estremece,
Y con gracia aun más divina
Por la modestia aparece.

Y tan benigna al mirarla
Y ajena de vano orgullo,
Torna el céfiro á ensalzarla,
Y el valle todo á aclamarla
Aun con más grato murmullo.

Así triunfa la hermosura
Cuando se adunan en ella
La modestia y la ternura,
Y halla por norte la estrella
De la virtud santa y pura.

Tú, Manuela, que del Cielo
Alcanzas tan altos dones,
Verás cuál con vivo anhelo
Te ofrece doquier el suelo
Entusiastas ovaciones.

# Á MARCHENA

Oh, cuán bella aparece
De la patria la imagen encantada
Al entusiasta pensamiento! En vano
El olvido funesto, que oscurece
Bajo su planta helada
Los más gratos recuerdos de la vida,
Borrarla intentará del pecho humano:
El noble corazón jamás la olvida.

Distante nuestra rápida existencia
De ella, correr pudiera por ventura,
Mas su memoria plácida la ausencia
No puede nunca desterrar del alma;
Y ora inquietud hallemos ó amargura,
Ya venturosa calma,
De su adorado nombre ni un momento
En el bien ó en el mal nos olvidamos,
Y sin cesar un dulce pensamiento
De su recuerdo en aras consagramos.

¡Cuán bella tú, Marchena, patria mía,
Á tus amantes hijos apareces!
Fresca y galana flor de Andalucía,
Perla que entre esmeraldas resplandeces,
Déjame que suspire
Un punto por tu ausencia,
Y en mis recuerdos con amor te mire.
¡Cuán grata se desliza la existencia
Bajo tu puro y esplendente cielo!
La paz y la ventura se atesoran
En tu apacible suelo,
Tus hijos te bendicen y te adoran,
Y el extraño que admira tu hechicera
Frente, de luz y encantos coronada,
Te saluda, sintiendo que no fuera
Su cuna por tus auras arrullada.

¡Oh, cuán hermosa eres! La opulenta
Reina que encadenó potente al mundo
Tu digna madre fué. Mas cual violenta
Horrible tempestad, que en iracundo
Ímpetu desatada
Sobre la flor y el cedro se desploma,
Rugiente así del Norte, apresurada,
Nube llegó de bárbaros guerreros;
Cayó el poder de la triunfante Roma
Bajo sus golpes fieros;
Con ruda planta esquiva
De sus conquistas el laurel hollaron,
Y á tí cual su cautiva,
Encanto de la Hesperia, te miraron.

Más tarde en la ribera
Del Lete ensangrentado, triunfadores
Los hijos de Ismael, con altanera

Frente, se levantaron cual señores
Del grande pueblo hispano:
Tú, á su poder rendida,
El ominoso yugo mahometano
Trémula y con dolor también sufriste;
Empero enaltecida
Por los hijos de Agar y amada fuiste;
Que al contemplar tu mágica hermosura.
De brillante esplendor te coronaron.
¡Oh matrona romana!
¡Oh ninfa de Vandalia dulce y pura,
Del árabe amadísima sultana!
Es grato de esos pueblos que dejaron
Páginas grandes á la hispana historia
Tocar en tí las indelebles huellas,
Y tu pasada gloria
Con entusiasmo contemplar en ellas.

Grato es mirar tus elevados muros,
Que de los siglos la implacable saña
Contrastaron seguros.
¿Cómo en la madre España
No es con más entusiasmo repetido
Tu nombre, que en la sombra
Se oculta, noble pueblo, del olvido?

Cual reina que mostrara su belleza,
Alza con majestad, Marcia, tu frente;
Á los que desconozcan tu grandeza
Preséntales tus templos,
Preséntales tus torres, que la planta
Del raudo tiempo con amor respeta:
Tus torres, donde acaso se levanta
La sombra ilustre del León guerrero
Que del poder horrible del Profeta

Te arrancó victorioso y justiciero,
En tí elevando, con triunfante mano,
La enseña salvadora del cristiano (1).

Ostenta tu campiña placentera,
Donde toda la gala se atesora
Que en la más floreciente primavera
Derrama el astro que los orbes dora:
Do el árbol á Minerva consagrado
Y la vid crecen entre gayas flores;
Y al par que los balidos del cordero
Suena el mugir del toro, y el preciado
Canto de los amantes ruiseñores.
Muestra tus anchas vegas dilatadas,
Que en los estivos meses
Parecen, por los éuros arrulladas,
Extensos mares de doradas mieses,
Y es el rico tesoro
De sus llenas espigas
Aun más preciado que de Ofir el oro.

Mas ¡ah! que otra aureola más fulgente,
De resplandor divino,
Ciñe tu noble frente,
Y es el faro que alumbra tu camino:
Tu fe, tu ardiente fe, Marcia querida,
Es el timbre más digno que te abona,
Es la flor de tu manto más galana,
El más rico florón de tu corona.
Nunca el humano acento
Dignamente á ensalzarla bastaría;
Mas si el alma católica un momento
De tus templos augustos la grandeza
Y ostentación admira,
Tan sólo así comprenderá la alteza

Del fuego religioso que te inspira.

En los supremos días
En que la Iglesia, desolada, gime
Con la voz lastimera de Isaías,
Y ante el drama sublime
Que el Gólgota mirara estremecido
Angustiada suspira;
Contémplase á tu pueblo que, afligido,
Lágrimas vierte de dolor profundo
Cuando en la Cruz expira
El sacrosanto Redentor del mundo.

Ofrézcate en buen hora,
Al mirar tu amargura,
La impiedad su sonrisa mofadora:
Ese insano desdén el alma pura
Con desprecio verá; que condenado
Al oprobio ser debe
Quien el amor al Cielo consagrado
Con el sarcasmo á profanar se atreve.

¡Pluguiera á Dios, pluguiera
Que el eco débil de mi humilde lira
Digno de enaltecer tu nombre fuera!
Al entusiasmo que tu amor me inspira
Consagrara mi acento,
Y del alto Pirene al Mediodía,
Plácido en alas del tranquilo viento
Entre aplausos tu nombre sonaría.

Mas deja que un suspiro
Consagre, patria mía, á tu memoria;
Que, aunque lejos de tí, siempre te admiro.
¡Oh! el Autor Soberano

En tí vierta, propicio, más favores
Que, con pródiga mano,
Abril derrama por tus campos flores.
El tesoro por siempre en tí se guarde
De apacible inocencia y paz divina;
Que más que la mentida inteligencia
Que en la moderna edad, en vano alarde,
Otros pueblos ostentan con anhelo,
Son preciosas la paz y la inocencia
Que siempre se albergaron en tu suelo.
No las pierdas jamás, joya española;
Su brillo celestial en tí se vea,
Y espléndida aureola
La Fe cristiana de tu frente sea.

PARA EL ÁLBUM DE MI QUERIDA AMIGA

## ISABEL FERNÁNDEZ DE MORATÍN

CRUZA los inmensos mares,
Fresca, perfumada brisa,
Que los verjeles orea
De mi encantada Sevilla:
Cruza los inmensos mares,
Y en tus alas fugitivas
Los lánguidos ecos lleva
De mi tosca, humilde lira.
Lleva el suspiro que exhala
Amorosa el alma mía,
En las aras consagrado
De la amistad que la inspira.
Llega, presurosa llega
Á la *afortunada isla*
Adonde el soberbio Teide
Alza su gigante cima:
Adonde de entrambos mundos

Las flores crecen unidas,
Y en eternal primavera
Osténtanse las campiñas.
  Leves, apacibles auras
De la hermosa Andalucía,
Llegad en rápido vuelo
Á esa mansión de delicias.
  Allí anhelante os espera
Con tierno afán una amiga,
Que acogerá los suspiros
Que mi corazón le envía.
  ¡Ah! por ventura ¿qué importa
Que con sus ondas altivas
El Oceáno se extienda
Entre tu patria y la mía?
  ¿Y qué importa que mis ojos
No contemplen tu sonrisa,
Ni á mis oídos los ecos
Lleguen de tu voz divina;
  Si entre nosotras existe
Pura inteligencia mística,
Que es el amor de las almas
Que sin verse se adivinan?
  ¡Cuántas veces en los labios
De nuestra más dulce amiga
Escuché las alabanzas
Que á tu memoria rendía!
  Sé por ella que en tu pecho
La santa virtud se anida;
Que la virtud es la antorcha
Que tus pasos encamina.
  Yo también con ese anhelo,
Digno y justo, que no inspiran
Ni el vano aplauso del mundo,
Ni sus grandezas mezquinas;

Admiro el fulgor eterno
De esa joya hermosa y rica,
Dón el más alto que otorga
La diestra de Dios benigna.
¿Qué importa que para siempre
Quiera nuestra suerte esquiva
Que las encrespadas olas
Del Atlante nos dividan;
Que nunca amorosa estreches
Entre tus manos las mías,
Ni jamás mirarse puedan
En las tuyas mis pupilas;
Si es una misma la estrella
Que grata nos ilumina,
Y, suprema, nos conduce
Por la senda de la vida;
Si con ardor nuestras almas
Su inmensa distancia olvidan,
Y en lazos de amistad pura
Veránse por siempre unidas?
¡Pluguiese á Dios que un momento
Mi débil voz fuera digna
¡Oh Isabela! de ofrecerte
Los bellos cantos que ansías;
Á tí, que llevas el nombre
Que entre laureles se admira,
Y al contemplarlo las musas,
Sus doctas frentes inclinan!
Tú lo sabes: Mantua siempre
Recordará orgullecida
Á los genios que se alzaron
Gloria y prez de tu familia:
Al celebrado Flumisbo,
Del Manzanares delicia,
El que con plectro de oro

Encanto fué de sus ninfas;
  Y á la vez que, tierno amante,
Inmortalizó á Dorisa,
Del grande Cortés la hazaña
Cantó con noble osadía:
  Al ilustre, al grande Inarco,
Antorcha de luz divina,
Que ahuyentára las tinieblas
De los templos de Talía;
  El que dió sabias lecciones
En sus obras aplaudidas,
Haciendo frente á los tiros
De la ignorancia y la envidia;
  El esplendor de las letras,
Orgullo de la poesía,
Honra del Parnaso ibero,
Adonde encumbrado brilla.
  ¡Diérame el Cielo un instante
Pulsar la armoniosa lira
De esos genios, y mi acento
Plácido á tí llegaría!
  Y en ovación te ofreciera
Flores de esencia más rica
Que las que el Betis halaga
En sus risueñas orillas.
  Mas débiles son las cuerdas
De mi laud de poetisa,
Y no á sus sones humildes
Ecos tan sonoros pidas.
  Vates sublimes hoy cuenta,
Dichosa, la patria mía,
Que cual émulos gloriosos
De los Inarcos se miran:
  Esos, en gratos cantares,
Dignos elogios te rindan:

Yo en silencio tus virtudes
Bendeciré noche y día;
Y será mi amante ofrenda
Tan sólo, Isabel querida,
De mi amistad la flor pura,
Que nunca verás marchita.

# Á LAS POETISAS GRANADINAS

Cante la que mostrar la erguida frente
Pueda serenamente
Sin mancilla á la luz clara del Cielo;
Cante la que á este mundo,
En maldades fecundo,
Venga con su bondad á dar consuelo.
CAROLINA CORONADO.

AURAS ligeras del florido Mayo,
Que vagáis en las verdes enramadas
Por donde grande y caudaloso el Betis
Manso desliza su raudal de plata;
Auras ligeras, de apacible arrullo,
Leves alzad las transparentes alas,
Perfumadas al grato y puro aliento
De frescos azahares y de acacias.
Las alas levantad, tended el vuelo
Á esa vega risueña y encantada,
Adonde el Darro y el Genil murmuran,
Adonde luce la inmortal Alhambra.
Llegad, y en esos cármenes floridos
Que bella ostenta la oriental Granada,

Saludad á las ninfas que se elevan
Émulas dignas de las nueve hermanas,
Y el acento aplaudid grato y sonoro
Que dan al viento sus vibrantes harpas.

Moderna edad, en vano de inquietudes
Alzas tu altiva frente coronada;
En vano con afán borrar anhelas
Bajo tu fuerte y poderosa planta
Las más dulces y puras ilusiones,
Las creencias más nobles y más santas.
En vano, sí; que en medio de tus sombras
Y de tus fieras dudas aun se hallan,
Cual en mitad de ardientes arenales,
Frescos oasis y risueñas palmas,
Corazones que cándidos palpitan
Y que amantes conservan y entusiastas
De sacra fe, de hermosas ilusiones,
Inmarchitas las flores encantadas.

¡Oh tú, lumbre inmortal de la poesía,
Que almo consuelo y esplendor derramas!
Tú no te extinguirás. Tristes en vano
Lánguidas voces sin cesar presagian
Que rota en breve la sonante lira
Para siempre será. ¡Creencia vana!
¿Puede el genio morir?... Puede un momento
Silencioso yacer, si rodeada
De funestos delirios se presenta,
Anhelando eclipsarlo, la ignorancia;
Enmudece tal vez cuando el desprecio
Feroz lo ciñe con su sombra helada;
Mas, cual el fénix, que con nueva vida
De sus mismas cenizas se levanta,
Así de entre las lóbregas tinieblas

Alza de luz su frente coronada,
Y en la creación, con nuevo poderío,
Vuelve á tender sus rutilantes alas.

Genio, genio inmortal, yo te contemplo;
Tú á nuestra edad de hierro desdichada
No niegas tu fulgor. Truene en buen hora,
Ronca más que el fragor de las batallas,
La voz de las facciones turbulentas:
Amontonar riquezas, insensata,
Anhele la avaricia; queme incienso
La insaciable ambición en torpes aras...
Tú al par, genio divino, resplandeces,
Y las flores que nuevas y lozanas
Brotan en tu camino, los aromas
De inocencia y de fe puras exhalan.

¡Oh! vosotras, que el férvido entusiasmo,
Rico tesoro de las nobles almas,
En las vuestras sentís, tiernas poetisas,
Que orgullo sois y gloria de Granada;
Cantad, y flores vuestros himnos sean,
Flores de eterna y mística fragancia,
Que nuestra patria con placer acoja,
Olvidando sus penas y sus lágrimas.
Cantad; no os intimide la voz ruda
De aquellos miserables que se ensañan
Contra las que en la dulce poesía
Plácido alivio á sus tristezas hallan.
No os intimide, nó. Sarcasmos necios
Y sátiras indignas, son las armas
Que blandir saben con funesta mano
La mal oculta envidia y la ignorancia;
Mas esos dardos, como triple escudo
Altivo el genio con desdén rechaza.

Pulsad, pulsad la resonante lira;
Ya por doquier aplausos entusiastas
Se escuchan, que los ecos peregrinos
De vuestro canto celestial alcanzan.

¡Oh! vosotras, volad del claro Betis,
Volad ligeras, transparentes auras,
Y á las ninfas divinas que contempla
El plácido Genil en su encantada
Orilla saludad; y en sus oídos
Repetiréis amantes y entusiastas:
«Benditos vuestros cantos, y bendito
El numen poderoso que os inflama».

## Á LA MEMORIA DE UN AMIGO

### QUE NO PUDO SOBREVIVIR Á LA PÉRDIDA DE SU MADRE

CUANDO por vez primera
Saludaste del Betis cristalino
La plácida ribera,
En pos de tí, cual flecha emponzoñada,
Nueva fatal, siguiendo tu camino,
Hirió tu corazón. ¡Ay! tu adorada,
Tu tierna madre exánime yacía,
Sin que hubieses podido el peso insano
Templar de sus instantes de agonía,
Ni entre las tuyas estrechar su mano;
Sin que llegado hubiera
Hasta tu oído su apacible acento,
Cuando, al rendir al Hacedor su aliento,
Tu nombre murmuró por vez postrera.
¿Cómo pintar tu acerba desventura?
¡Ay! yo te ví, la frente,
Mísero amigo, á la aflicción rendida,
Helado, indiferente
Del sevillano edén á la hermosura.

Reinaba con su luz apetecida
La risueña estación de los amores;
En las selvas alzaban
Sus trinos los amantes ruiseñores;
Puras en los verjeles suspiraban
Las auras leves del florido Mayo;
El azahar su aroma despedía
Del claro sol al refulgente rayo...
Todo en vano á tu vista aparecía:
Tus ojos en el cielo se fijaban,
Mientras, lentas, dos lágrimas de fuego
Por tus mejillas pálidas rodaban.
Ciego á la dicha, ciego
De Flora á la belleza,
De los gratos verjeles te alejaste,
Y sólo á la tristeza,
Sin treguas en tu mal, te abandonaste.

Yo comprendí tu angustia, y sin aliento
En mi madre los ojos detenía;
Que, cediendo á fatal presentimiento,
Con vago afán mi corazón latía.
Empero al ver su frente placentera
Por las huellas del tiempo respetada,
Al contemplar su negra cabellera
Del hielo aun no tocada,
Pasaba mi temor cual humo vano.
¿Pude ignorar entonces, por ventura,
Que al extender su descarnada mano
La muerte, cuando triunfos ambiciona,
Inflexible en su ley severa y dura,
Ni aun á la ardiente juventud perdona?

¡Yo también, dulce madre, te he perdido!...
Feliz, amigo, tú; feliz mil veces,

Que á la tumba has seguido
Á la que el sér te dió. ¡Qué ejemplo ofreces
De santo amor y de ternura al mundo!
¡Moriste! ¿Y cómo no? ¿Dó á tu quebranto
Alivio hallar y á tu dolor profundo?
¿Cómo enjugar tu llanto?
En vano, en vano los extensos mares
Cruzaste en breve, demandando ansioso
Paz á la sombra de tus patrios lares:
Solitario tu hogar y silencioso,
Con su abandono y funeral tristura
Aumentó de tu alma
La implacable ansiedad y la amargura:
De entonces para tí no hubo ya calma;
En mudo desaliento
Gimió tu corazón infortunado,
Y palpitante, y fijo el pensamiento
En las memorias de tu bien pasado,
Doquiera que tu vista se volvía
Grata imagen frenético buscabas,
La sombra de tu madre aparecía,
Su nombre, delirante, pronunciabas,
Y sin buscar remedio
Gozabas en abrir aun más tu herida,
Y unido á la aflicción llegaba el tedio
Á emponzoñar las horas de tu vida.

Desde su albergue, sin sosiego en tanto,
La que te amaba con sin par ternura,
Por tí vertiendo silencioso llanto,
Ansiaba mitigar tu desventura.
¡Desdichada Leonora!...
¡Cómo en su adversa suerte
Á Dios férvidas preces elevaba,
Trémula comprendiendo que llegaba

El infausto momento de perderte!

Tú, su letal angustia adivinando,
Apacible acogiste
Sus sentidas palabras de consuelo,
Y respondiendo á su profundo anhelo,
Vivir por ella al Hacedor pediste;
Vivir, y que benigna y lisonjera
De nuevo la esperanza
Á tu agitado espíritu volviera.
¡Cómo, templar ansiando su delirio,
Á su lado tranquilo aparecías,
Salud mintiendo, y paz y bienandanza,
En tanto que á la fiebre te rendías!
¡Perdido afán! Con pérfida asechanza
La muerte apareció, y á paso lento,
Tras luengas horas de letal martirio,
Señaló al fin tu postrimer momento.

Santo amor filïal, timbre de gloria
Del sentimiento humano,
¡Qué espléndida victoria
Logró alcanzar tu influjo soberano!
Mas ¡ah! si tal ha sido
Tu poder en mi amigo sin ventura,
¿Cómo mi pecho, herido
Ahora de igual dolor, débil no cede
Á tan fiera amargura,
Y con firme valor sufrirla puede?

En vano, en vano sin consuelo lloro,
Y al evocar ¡oh madre! tu memoria,
Dejar esta morada transitoria,
Seguirte, ansiosa, al Hacedor imploro.
¡Ay! lo recuerdo bien. Cuando un momento

El temor me asaltaba de perderte,
Tranquila siempre, por mi bien, creía
Que mi pesar acerbo encontraría
Presto fin á la sombra de la muerte.
Esa prueba llegó... Dios de clemencia,
Tú castigas tal vez mi desvarío:
Llegó, y aun se prolonga mi existencia...
¡Ten compasión de mi ansiedad, Dios mío!

## EN EL ÁLBUM
## DE LA SEÑORA DOÑA D. L. DE P.

DICEN cuantos te admiran que eres bella
Como la rosa embalsamada y pura
Que en el verjel suavísima descuella
Ostentando galana su hermosura;

Y dicen que á tu lado el pensamiento
Vuela en alas de mágica poesía,
Cuando gratos por tí llenan el viento
Celestiales tesoros de armonía:

Y que tus notas dulces y suaves
Vibran en los amantes corazones,
Y venturosa conmoverlos sabes,
Y despertar risueñas ilusiones.

¡Oh! deja que al oir las alabanzas
Que á la tierna amistad tu genio inspira,
El dón divino que del Cielo alcanzas
Al són aplauda de mi tosca lira.

Que de entusiasmo nuestras almas llena
La música divina, y ora grata
El agitado espíritu serena,
Ora en sueños de gloria lo arrebata.

Y si sentir podemos por ventura
De ocultas penas la ansiedad impía,
Ella trueca las horas de amargura
En horas de feliz melancolía.

¡Oh, cuántas veces su apacible encanto
Sintió mi corazón entristecido,
Y un momento por ella mi quebranto
Durmió bajo la sombra del olvido!

Y ¡cuántas veces de mi edad primera
Gratos recuerdos despertó en mi alma,
Y una ilusión, acaso lisonjera,
Sentí por ella de ventura y calma!

Dichosa tú, Dolores, que comprendes
La poderosa magia que atesora,
Y en el inquieto pensamiento enciendes
De entusiasmo inmortal llama creadora.

EN LA INAUGURACIÓN

# DE LA ESTATUA DE MURILLO

POR qué con nueva pompa se engalana
La reina de la hermosa Andalucía,
Su noble frente levantando, ufana,
Que amante dora el luminar del día?
Edén feliz de la nación hispana,
Perla oriental, ¿qué mágica alegría
Hoy en tu suelo venturosa ostentas,
Que ante el mundo más grande te presentas?

No son, Sevilla, las galanas flores
Que de tu río en la feraz ribera,
Ricas de grato aroma y de colores,
Vierte con profusión la Primavera:
Y no son tus canoros ruiseñores,
Ni tu atmósfera pura y hechicera,
El soberano bien que en tí se mira
Y ese entusiasmo celestial inspira.

Nó; que timbres más dignos te ennoblecen:
En los supremos fastos de tu historia
Cien perínclitas sombras aparecen,
Lauro ciñendo de perpetua gloria.
Los años que fugaces desparecen
Arrebatar no pueden su memoria,
Y tú repites con amor sus nombres,
Que en bronce deben esculpir los hombres.

Mas ¡ay! como la madre desdichada
Á quien hijos insignes diera el Cielo,
Que ella admira de júbilo extasiada,
Siendo encumbrarlos su constante anhelo;
Y al par que los contempla enajenada,
Dignos de aplausos mil, el desconsuelo
Siente de ver que la fortuna ciega
El merecido galardón les niega;

Así, al mirar el genio esclarecido,
¡Oh ciudad! de tus ínclitos varones,
Que honor y orgullo de la España han sido
Y eterna admiración de las naciones,
Gemiste con afán; que si el olvido,
Respetando tus nobles ambiciones,
Nunca pudo borrar sus claras huellas,
Afrentoso el desdén álzase en ellas.

Tiempo era ya que grato y lisonjero,
Sevilla, un día para tí llegara
En que á la faz del universo entero
La gloria de tus hijos se admirara.
¡Levántate, Murillo! tú el primero
Dichoso logras que en tu patria cara
El genio de las artes españolas
Te ofrezca sus fulgentes aureolas.

Era así justo, que tu nombre suena
En la voz poderosa de la Fama;
Nombre inmortal, que el universo llena
Y al sabio admira, y al artista inflama.
¿Y España, acaso, de entusiasmo ajena,
Cuando la absorta humanidad te aclama,
Pudiera no rendirte ofrenda alguna
En la mansión donde rodó tu cuna?

Nó: ya aparece venturoso el día,
Híspalis, que esperabas en tu anhelo,
Y tu vivo entusiasmo y tu alegría
La dicha anuncian de tu grato suelo.
Ya en tí, galana flor de Andalucía,
Se alza la imagen del *Pintor del Cielo,*
Y lo bendices con amor profundo,
Y lo presentas conmovida al mundo.

Nada importa, en verdad, que las naciones
Al contemplar su genio soberano,
Arrebatar pudieran las creaciones
Que victoriosa te legó su mano.
Luzcan bajo extranjeros artesones
Las dignas obras del artista hispano,
Y ríndanle cumplidas alabanzas,
Que tú el honor de su victoria alcanzas.

Sí; que dichosa tú lo acariciaste
De su existencia en la apacible aurora,
Y en su primer destello saludaste
De su genio la llama creadora.
Tú su creciente anhelo contemplaste,
Y cómo la esperanza bienhechora,
Cual nuncio de su espléndido destino,
Alzábase risueña en su camino.

Sus hálitos más puros y suaves
Brindáronle tus euros bullidores,
Plácidos trinos tus canoras aves,
Gratos aromas tus lozanas flores:
Recuerdos melancólicos y graves,
Castos sueños de dichas y de amores
En raudales inmensos de poesía
En tí doquier su espíritu bebía.

En tí sintió su palpitante seno
El noble afán, la inspiración ardiente
Que le elevaran, de entusiasmo lleno,
Hasta el trono del Sér Omnipotente.
Dióle tu cielo azul, limpio y sereno,
Esa lumbre suave y transparente
Que con nuevo esplendor, fúlgida y bella,
En sus lienzos magníficos destella.

Y le diste la Fe; que tú adorabas
Al Dios de la justicia y la clemencia,
Y, acatando sus leyes, inclinabas
Siempre ¡oh ciudad! la frente en su presencia.
Católica entre todas te llamabas,
Y era justo, en verdad, que á tu creencia
Tus ilustrados hijos respondiesen
Y que cristianos tus artistas fuesen.

Y Murillo lo fué; que no tan sólo
Cual sabio imitador de la natura
Entre los genios, desde polo á polo,
Enaltecido su renombre dura:
El poder del Altísimo escogiólo
Para que, tierna y fervorosa y pura,
Su alma sublime al Cielo se encumbrara,
Y al mundo su grandeza revelara.

Félix, Francisco, Antonio, ¿quién sabría
Adivinar el sacrosanto fuego
Que en místico delirio os encendía
Cuando á Jesús alzabais vuestro ruego?
¿Quién dignamente, acaso, mostraría
Vuestros divinos éxtasis, si ciego
Cual vosotros de amor no se sintiera,
Y á Dios también como vosotros viera?

Y tú, Vírgen Santísima, consuelo
Del que en el mundo acongojado llora,
¿Quién dignamente presentara al suelo
La imagen de tu faz deslumbradora?
¿Quién sino aquel, que en afanoso vuelo,
Traspasando las puertas de la aurora,
En tu trono purísimo de nubes
Te contempló cercada de querubes?

Fijó, cediendo á su anhelar profundo,
En tí, Sol sin mancilla, su mirada,
Y el rayo de tu luz hirió fecundo
Su alma, por tus grandezas inspirada:
Dichoso entonces, te mostró ante el mundo
Cuando de toda culpa preservada
Por la mano de Dios ¡oh Reina! fuiste,
Y de Satán triunfante apareciste.

¡Lauro, lauro al artista soberano!
¡Lauro á su ardiente Fe! Viva en la historia,
Y, encumbrado cual genio y cual cristiano,
Aparezca en el templo de la Gloria.
Monumentos ¡oh pueblo sevillano!
Levanta con orgullo á su memoria;
Que tu justo homenaje el hombre vea,
Y eterno al mundo su renombre sea.

## Á LOS SOLDADOS HERIDOS
PROCEDENTES
# DE LA GUERRA DE ÁFRICA

ALTOS de vida, de luchar cansados,
Alivio demandando á tu clemencia,
Víctimas de su ardor, fieles soldados
Llegan, noble ciudad, á tu presencia.

Acógelos benéfica en tu seno:
Los héroes son que la terrible saña
Arrostraron del bárbaro Agareno,
Y timbres dieron á la madre España.

Ellos son los preclaros campeones
Que á las lides intrépidos volaron,
Y del fiero enemigo los pendones,
Triunfantes y gloriosos, humillaron.

Ellos los que en su ardor no hallaron valla
Que su noble arrogancia contuviera,
Y en el rudo fragor de la batalla
Vieron temblar al África altanera.

Y ellos, también, los que al destino infausto
Su altiva frente con valor rindieron;
Que no en vano su vida en holocausto
Á su patria valientes ofrecieron.

Y si hoy de nuevo el esplendor resalta
Con más grandeza de la hispana gloria,
Es que su sangre generosa esmalta
El sagrado laurel de la victoria.

¡Ay! ellos con afán la derramaron,
Sin esperar más premio á su osadía
Que los triunfos insignes que alcanzaron
Al humillar á la morisma impía.

Mas tú, perla del Betis, que su anhelo
Conoces, y su impávida bravura,
Piadosa ofrece á su dolor consuelo,
Y benéfica templa su amargura.

Ah, sí; ya extiendes tu propicia mano,
Ya les rindes ardientes ovaciones;
Que no el sagrado amor de patria en vano
De tus hijos movió los corazones.

Llegad, llegad, magnánimos guerreros,
Alzad la frente de esplendor ornada,
Y acoged los aplausos lisonjeros
Que os consagra Sevilla entusiasmada.

Y esos justos y plácidos loores
Ante vosotros para siempre sean
Bellas guirnaldas de lozanas flores
Que inmarcesibles las edades vean.

¡Lauro al valor! La patria agradecida
Os cerca de brillantes aureolas...
¡Lauro inmortal á los que dan su vida
Por acrecer las glorias españolas!

EN LA RESTAURACIÓN DE LA CAPILLA

# DE NUESTRA SEÑORA DE VALME

Como el astro divino que á la aurora
Presta sus más purísimos colores,
Y anchos verjeles fertiliza y dora,
Esmalte dando á las galanas flores;
Así la Fe levántase creadora,
Y á sus claros y vivos resplandores
Las más altas virtudes aparecen,
Que más y más por ella se engrandecen.

Á su eterno poder más bella y pura
La santa Caridad reina en la tierra,
Y alma esperanza de eternal ventura
Nace, que el peso del dolor destierra.
¡Oh! no importa en verdad que acerba y dura
Levante la impiedad horrenda guerra:
La Fe cristiana ante su saña ardiente
Alza triunfante su gloriosa frente.

¡Triunfante! que si grandes las naciones
Sus timbres más preclaros le debieron,
Y firmes y esforzados campeones
Como su sola egida la escogieron;
No de otra edad las dignas tradiciones
En el olvido sepultadas fueron;
Que hoy aparecen y supremas viven
Y alto homenaje sin cesar reciben.

Santuario de Valme, si algun día
Fuiste padrón de sempiterna gloria,
Y el pueblo sevillano te veía
Cual página brillante de su historia;
Hoy tu caro renombre, que dormía,
Despiértase de nuevo en la memoria;
Que es á la Fe la ilustración unida
Plácida fuente de ventura y vida.

La ilustración de nuevo te levanta,
La Fe te presta tu esplendor perdido,
Y un pueblo todo con ligera planta
Á saludarte llega conmovido.
¡Oh! bendita la mano firme y santa
Que, el velo levantando del olvido,
En tí anhela mostrar, humilde templo,
De alta piedad tan admirable ejemplo.

Sí, que en tí logra ver el mundo entero
El religioso ardor del Rey cristiano
Que del Betis la perla, justiciero,
Conquistar pudo con segura mano.
¡Ah! tú dirás que si león guerrero
Fernando fué, terror del mahometano,
Ante las aras de su Dios clemente
Tierno y piadoso doblegó su frente.

Dirás que si con ínclita osadía
El rayo victorioso de su espada
Hirió potente á la morisma impía,
Que vencida gimió y encadenada;
Amante al par, su corazón volvía
Á la madre de Dios inmaculada,
Y en la aflicción, con ruego fervoroso,
Invocaba su auxilio poderoso.

¡*Valme,* Señora! con amor profundo
Dijo, y María le prestó su amparo;
Que nunca el ruego quedará infecundo
Del que la escoge por su eterno faro.
¡*Valme!* exclamó, de su piedad al mundo
Dando en su acento testimonio claro;
Y tú, templo sagrado, apareciste,
Y eco inmortal de su plegaria fuiste.

Torna á vivir cual digno monumento
Donde pueda mirar la edad futura
Que aun de Fernando el noble sentimiento
En nuestro siglo victorioso dura.
Y vosotros, que ansiáis con firme aliento
Que la luz de la Fe, sublime y pura,
En el pueblo español siempre aparezca
Y con su antiguo brillo resplandezca;

Vosotros, altos Príncipes, honrada
Ved por la excelsa Fe vuestra corona;
Que la virtud benéfica y sagrada
Aun más que vuestro origen os abona:
Hoy de gozo Sevilla entusiasmada
Cantos de ardiente gratitud entona,
Y francos y sensibles corazones
Os rinden merecidas bendiciones.

UNA FLOR Á LA TUMBA

# DE LUIS FELIPE DE ORLEÁNS

PATRIA de San Luis, muda, enlutada
Alza un instante tu soberbia frente;
Dirige la mirada
Al pueblo nebuloso
Donde el último rey que contemplaste
Escogió su pacífico retiro...
Ese pueblo ha escuchado, silencioso,
Su postrimer suspiro.

En extranjero suelo,
De su nación amada desterrado,
Sufriendo de la suerte la inclemencia,
Acaso el desconsuelo
El término abrevió de su existencia.
¡Oh, cuánto sufriría
En su lejana estancia!
¡Cuántas veces los ojos volvería
Hacia su bella Francia,
Y con el pensamiento la distancia

Que de ella le apartaba cruzaría!
Y ¡cuántas, cuántas veces, contemplando
Las orillas del Támesis sombrío,
Gemiría en silencio, recordando
Las márgenes risueñas de su río!

Acaso, levantando el pensamiento
En alas de apacibles ilusiones,
Venturoso juzgárase un momento
En su patria querida,
Magnánimo, cual antes, mitigando
El fuego destructor de las facciones,
Poderoso á las letras dando vida,
Las artes y las ciencias encumbrando
Al grado de esplendor más eminente,
Porque en ella mostrase á otras naciones
La ilustración su antorcha refulgente.

Empero el tiempo huyó: las tristes horas,
Que para el desterrado siglos fueron,
Presurosas corrieron;
Y pasaron también las bienhechoras
Ilusiones de gloria y de ventura:
Adusta en pos de la esperanza bella
La realidad alzábase, amargura
Dejando sólo en su pesada huella;
Mas la resignación, sublime egida
Del hombre sabio y fuerte,
Por el noble proscrito fué acogida,
Y fué la estrella de su adversa suerte,
Y el néctar que endulzó su amarga vida.

En breve hora funesta
Presurosa llegó: la horrible muerte
Su duro golpe á descargar se apresta

Sobre la frente augusta
Que ostentó de cien reyes la corona;
Y humilde y reverente,
El augusto Monarca los designios
Bendijo del Autor Omnipotente,
Que á morir desterrado lo condena,
Y su fin contempló con faz serena.
En aquellos momentos,
Altiva Francia, á tí se dirigían
Sus últimos acentos,
Y á los Cielos subían,
Enmedio de las preces funerarias
De la regia familia dolorida,
Del moribundo Rey tiernas plegarias
Por el bien de su patria tan querida.

Genio del bien, que puro sentimiento
En las almas benéfico derramas,
Y altos timbres mostrando al pensamiento,
Con entusiasmo celestial lo inflamas;
Haz que sienta tu influjo soberano
Venturosa mi mente; el noble impulso
Que hora la alienta enajenada siga,
Y la bondad del respetable anciano
Cien y cien veces con amor bendiga.

Pobre flor consagrar á su memoria
Mi corazón anhela:
Otros evoquen su pasada gloria,
Y enalteciendo su preclaro nombre,
Á descifrar sus hechos se apresuren;
Otros al rey alaben ó censuren,
Que yo quiero admirar tan sólo al hombre.

¡Ah! sí: yo ensalzo al príncipe ilustrado,

Esposo y padre de virtud modelo,
De sus mismos contrarios respetado,
De las naciones todas admirado,
Orgullo y gloria de su patrio suelo.
Ensalzo al pensador, sabio, profundo,
Al que elevó su frente noble y pura
Mostrándose ante el mundo
Grande en la adversidad y en la ventura.

No mi canto insonoro
Consagro al extranjero;
Que el que sello inmortal de Dios recibe,
Á la vez que en el tiempo eterno vive,
Tiene por patria el universo entero.
Ni aplaudo al són de mi inacorde lira
El humano poder y la grandeza:
Apacible me inspira
Numen más alto, la virtud sagrada.
Tan sólo á su fulgor la frente humillo,
Y á una tumba, aunque egregia, despojada
De espléndida corona y regio brillo,
Humilde flor envía
Desde su soledad el alma mía.

# EL VERANO

DÓNDE está tu encanto,
Galana Primavera?
¿Á dó el florido manto
De brillo sin igual?
Pasaron tus auroras,
Tu atmósfera hechicera,
Tus auras bullidoras
De aliento virginal.

Plegaron ya sus alas
Los céfiros de Mayo;
Perdidas ven sus galas
El prado y el verjel:
Suspira el bosque umbrío
Con lánguido desmayo,
Que el vivo sol de Estío
Marchítalo crüel.

Marchítalo, y trocadas
Serán en polvo leve
Las flores esmaltadas,
Ornato del pensil:
Su mágica frescura
Verán perdida en breve
La acacia blanca y pura
Y el álamo gentil.

No ya los ruiseñores
Sus cánticos suaves,
Del día á los albores,
Amantes alzarán;
Ni en bandos mil unidas,
Pintadas, bellas aves
Las vegas extendidas
Risueñas cruzarán.

No ya tus ondas puras
¡Oh arroyo cristalino!
Por valles y llanuras
Sonoras podrán ir;
Que el sol secó tu fuente,
Y triste, en su camino,
La linfa transparente
Veráse al fin morir.

Cesaron los cantares
Que, plácido, algun día
En selvas y palmares
Alzaba el labrador;
Que huyó la Primavera,
Y, en vez de su alegría,
Doquier tan sólo impera
Silencio aterrador.

¡Oh prado! ¡Oh valle ameno!
El soplo del Estío
Agosta vuestro seno,
Os hiere sin piedad:
Sin galas ni colores
Desmaya el bosque umbrío,
Sin dulces ruiseñores
Y en honda soledad.

Así, cuando se aleja
La edad risueña y pura,
Desierta el alma deja,
Desierto el corazón;
Y pasan como flores
Los sueños de ventura,
De glorias y de amores
La célica ilusión.

¿Por qué, estación hermosa,
Que grata resplandeces,
Por qué tan presurosa
Te vemos caminar?
¡Ay! huyes, te perdemos,
Y el bien que nos ofreces
Trocado pronto vemos
En duelo y en pesar.

Mas ¡ah! no en el Verano
Del todo el campo pierde
Las dichas que tu mano
En él pudo esparcir:
Aún hay aura suave
Que el bien que huyó recuerde,
Aun trina grata el ave
Que Mayo logró oir.

Aun juncos y espadañas
Ostenta el arroyuelo,
Y en él cimbran las cañas
Con plácido rumor:
Frescura aún á su cauce
Propicio otorga el cielo,
Y sombra el verde sauce
Le ofrece bienhechor.

Si el árbol dió sus flores
Al euro por tributo,
Si el sol con sus ardores
Le agosta sin piedad;
En él fragante crece
Lozano y dulce fruto,
Y entonces aparece
Con nueva majestad.

Llegó la alegre siega:
Cual ancho mar de oro
Preséntase la vega
En todo su esplendor.
Dón alto y sin segundo
Ofrece en su tesoro,
Y ve su afán profundo
Premiado el labrador.

De mieses ya colmadas
Contémplanse las eras,
Y espigas mil doradas
Llegando en torno van:
Ya ronco el trillo cruje,
Y en vueltas mil ligeras
Las parvas á su empuje
Deshechas quedarán.

En breve el polvo vano
Los céfiros ahuyentan,
Y limpio el rubio grano
Al fin se ve lucir.
Ya cien y cien montones
Magníficos se ostentan,
Más ricos que los dones
Ansiados del Ofir.

¡Oh Estío, vén! Si flores
De célica fragancia,
Si arroyos bullidores
No muestras por doquier;
Contigo la alegría,
Contigo la abundancia,
Feliz Andalucía
Verá reaparecer.

En tí no muertas lloran
Del todo las campiñas
Las galas que atesoran
Risueñas en Abril;
Que verdes y lozanas
Levántanse las viñas,
Y tú las engalanas
Con hojas mil y mil.

¡Las viñas! ¡oh, cuán bellas
Y puras aparecen!
El sol mitiga en ellas
Su rayo abrasador:
Las frescas alboradas
Sus perlas les ofrecen,
Las noches sosegadas
Su aliento embriagador.

Risueño las orea
Y, en plácido murmullo,
Los pámpanos cimbrea
El céfiro sutil.
La abeja zumbadora
Las busca, y dulce arrullo
Les brinda, halagadora,
La tórtola gentil.

Extiende tu áureo manto,
¡Oh Estío! en la pradera,
Que mágica á tu encanto
La dicha se alzará:
¡Ah! sí; que si sus alas,
Plegó la Primavera,
Por tí con nuevas galas
Los campos lucen ya.

También en nuestra vida
Se extingue la ventura
Al ver la edad florida
Fugaz desparecer:
Mas pronto la esperanza
Sonríe dulce y pura,
Y paz y bienandanza
Renacen por doquier.

Jamás acongojados
Miremos cuál se aleja
De sueños encantados
La mágica estación:
Que nueva dicha el Cielo
Propicio, en cambio, deja,
Y siempre en vivo anhelo
Palpita el corazón.

# LA MALDAD

SERÁ en la tierra, por desgracia, eterno
Tu poder iracundo,
Fiera crüel, que el tenebroso Averno
Lanzó implacable al desdichado mundo?
¿Fué desde el hora malhadada y triste
En que perdió el humano su inocencia,
Cuando rauda á su lado apareciste
Para anublar feroz de su existencia
El esplendor divino,
Para cubrir de abrojos punzadores
Y reptiles su placido camino,
Tal vez ocultos bajo hermosas flores?

Sí: desde el punto que el Edén dichoso
Nuestros padres con lágrimas dejaron,
Mostróse al mundo tu semblante odioso:
Tus alas con fragor se desplegaron

Sobre la tierra silenciosa y pura,
Las bastardas pasiones te seguían,
Y al soplo ardiente de tu boca impura
Funestos males y dolor nacían.

Espantosa Maldad, tú te adelantas
El grande imperio á contemplar altiva
Que el Infierno te da; feroz levantas
De sierpes coronada la cabeza,
Gime á tu vista el aura fugitiva,
Pierde el campo su mágica belleza,
Y el orbe conmovido
Lanza de muerte su primer quejido.

Triste mansión, con infernal acento
Gritas: «Hoy los mortales
En tí fijan su asiento:
Acaso entre venturas celestiales
Pretendan extender su poderío,
Mas será vano su insensato anhelo;
De mi fiero poder al yugo impío
Inclinarán las frentes abatidas,
Sin que jamás en el mezquino suelo
Las dichas hallen del Edén perdidas.

»Yo cubriré de abrojos punzadores
¡Oh mortal! en la tierra tu camino,
Y te confundiré con mis errores,
Anublando tu espíritu divino.
La frente levantad, pasiones fieras
Que me seguís desde el palacio inmundo
Del rebelde Querub. ¡Oh compañeras!
Pavorosas rugid; conozca el mundo
Que nuestras manos con furor le oprimen,
Que ya reina en su seno la perfidia...

Álzese á nuestra voz el primer crimen.»

Dijo: y sonríe la espantosa Envidia,
Y es la primera que á humillar se apresta
Del hombre el inocente pensamiento
Bajo su horrible inspiración funesta.
Llega, hiere inclemente,
Y un grito exhala el genio de la vida,
Que armado ve sobre la pura frente
Del hermano inocente
El brazo del hermano fratricida.

Y el primer crimen fué. Tristes clamores
Dan á los vientos las canoras aves;
Su esmalte pierden las pintadas flores,
Y sus aromas puros y suaves;
Las brisas, encantadas,
Trémulas en silencio suspiraron,
Y al par con horrorosas carcajadas
Las bóvedas del Orco retumbaron.

El primer crimen fué: tu odioso imperio,
Espantosa Maldad, el hombre siente;
Y bajo tu ominoso cautiverio
Lánguido inclina su elevada frente,
Y débil se rindió... ¡Santo Dios mío!
Él, que se alzaba venturoso y bueno,
¿Osó, de tu poder huyendo impío,
Beber del crimen el letal veneno?

Tú, hija sangrienta de Luzbel, odiosa,
Execrable Maldad, tú sonreías,
Elevando la frente victoriosa.
Á la edad porvenir la faz volvías,
Ansiando en ella levantar tu asiento;

Y al mirar de la Fe la égida fuerte,
Que al hombre escuda, tu furioso acento
En la morada de la eterna muerte
Ronco retumba, y con fragor horrible
Tiende hacia el mundo su siniestro vuelo
De la Soberbia el hijo más terrible,
El Ateismo, que con negro velo
Da helada sombra en el verjel del alma,
Y en él marchita las hermosas flores,
Y de él ahuyenta la apacible calma,
Sembrando dudas y esparciendo errores.

Llega, le acoges, y con férrea mano
Las edades futuras le señalas;
Su eterna protección bríndate ufano,
Y es uno ya vuestro anhelar insano,
Y álzanse unidas vuestras negras alas.

Y tú, de Adán doliente descendencia,
Que aún conservabas en tu pura frente
Las huellas de la plácida inocencia,
Perdida por tu mal; que aún el ambiente
Del Edén aspirar libre podías;
Que aún escuchabas sus parleras aves,
Y á los arrullos dulces y suaves
De sus fuentes risueñas te adormías;
¡Ay! tú ignorabas que el sangriento bando
De infernales espíritus, sañudo,
Vagaba en tu redor, y que tronando
De horrenda tempestad la voz lejana,
Amenazaba con su acento rudo
Nublar la luz de tu feliz mañana.

Cuando la peste destructora, impía,
Con lento paso invade silenciosa

Magnífica ciudad, á las primeras
Víctimas de su mano sanguinosa
Acongojado el pueblo se intimida;
Mas al volver los ojos á otros seres
Que alegres halla, y respirando vida,
Juzga que el mal no avanza,
Sepulta su temor en el olvido,
Y en el pecho un momento entristecido
Reinan la Paz de nuevo y la Esperanza.

Pero si en breve condensado el viento
Con hálitos más fieros se envenena,
Y víctimas devora ciento á ciento
La formidable plaga, la serena
Y libre multitud, que con profundo
Desdén pudo mirar el mal lejano,
Ya acongojada y lánguida suspira,
Y, el grito al escuchar del moribundo,
Desordenada y sin aliento gira:
Ora muda se advierte y macilenta,
Ora eleva á los Cielos sus clamores,
Y, vacilante y trémula, presenta
Cien y cien cuadros de dolor y horrores.

¡Mísera humanidad! Así en tu aurora
Con anuncio crüel te estremeciera
De la maldad la peste asoladora
Al devorar la víctima primera:
Miraste en breve que esplendor divino
Esparcía risueña la Esperanza,
Que puro su camino
El astro de la vida proseguía,
Y acaso se ahuyentó tu desconsuelo,
Y acaso la quietud te adormiría.

Mas ¡ay! que en raudo vuelo
El contagio letal rápido avanza,
Y huye la calma, y lúgubres gemidos
La multitud desordenada lanza,
Y óyense cien clamores repetidos
Que da á los vientos el dolor profundo;
Y crece la inquietud, reina el espanto,
Y al fin se mira convertido el mundo
En triste valle de perpetuo llanto.

¡Ay! que en medio se alzó de los mortales,
Espantosa deidad, firme tu asiento,
Y se extendieron los terribles males.
Al mortífero soplo de tu aliento,
En sorda confusión, roncas rugían
Cien odiosas pasiones,
Y otras ciento á tu voz aparecían.
Así, horribles, nacieron los enconos,
Nacieron las funestas ambiciones,
Nació el orgullo levantando tronos;
Y asombrando á la tierra,
Rodeado de indómitas legiones,
Otro monstruo nació; nació la guerra.

¡Ay! álzase la guerra, de homicida
Acero armada la sangrienta mano,
La muerte y el terror vuelan con ella,
Por la ciega injusticia es conducida,
Y duelo y destrucción deja en su huella.

Llega: los hombres á su voz se armaron;
Entusiasmados á la lid corrieron,
Y murallas y torres levantaron,
Y torres y murallas abatieron.
Aleves y furiosos, ambicionan

Triunfos y lauros, y en su afán insano
Ni leyes ni amistad, ni amor perdonan,
Ni respetan la vida del hermano.

¡Guerra!.. ¡Plaga fatal! ¿Y al Cielo plugo
Que la inocente humanidad sintiera
El peso enorme de tu férreo yugo?
Y al oir el humano tu voz fiera,
Y al contemplar tu lívido semblante,
¿Lejos de tí no huyó? ¿Pudo acogerte,
Y tu acento escuchar pudo anhelante,
Implacable ministro de la muerte?

¡Triunfaste, ay Dios! Bajo tu mano impía
Roncos gimieron los inmensos mares,
Tembló la tierra á tu fragor violento,
Anublóse la luz del firmamento...
Tan sólo el hombre te ofreció cantares.
Triunfaste, sí: risueña te adelantas,
Hija de la Maldad la más querida,
En el mundo á reinar; bajo tus plantas
Lágrimas dejas y aflicción y luto,
Dejas horribles penas,
Y la peste, y el hambre, y las cadenas
De la espantosa esclavitud por fruto.

Mísera humanidad, triste, llorosa,
Pudiste comprender tu desventura:
Mas ¿cómo al contemplar los fieros males
Que en tu redor bramaban, victoriosa
No te elevaste de la tierra impura?
En tu séno, cual flor entre zarzales,
Esclarecidos genios se miraron,
Que, odiando la Maldad, cual vivos templos
De la justicia y la razón se alzaron.

Tú, ciega, desdeñabas sus ejemplos:
¿Que importó que los sabios
El camino del bien te presentaran,
Y los grandes acentos en sus labios
De la verdad divina resonaran?
Vano anhelar: sus ecos se perdían
En la vaga región, y cual vestiglos
Los ministros del mal aparecían
Triunfantes en la marcha de los siglos.

Su existencia, del Gólgota en la cumbre,
Dió por salvarte el celestial Cordero:
La Cruz, antorcha de radiante lumbre
Fué, que dió vida al universo entero.
Coronada de flores
Alzó la Fe su inmaculada frente;
Alivio á sus dolores
Brindaba la Esperanza á los humanos;
Amor puro y ardiente
La santa Caridad les infundía,
Y «Todos sois hermanos»
Por los inquietos pueblos repetía.

¡Oh doctrinas! ¡Oh leyes celestiales!...
¿Y su origen pudieron
Desconocer los míseros mortales,
Y, en su fatal delirio,
Tu gloria ¡oh Religión! no comprendieron,
Cuando más pura aparecer te vieron
Regada con la sangre del martirio?

Mas tú ¡oh Maldad! frenética rugías,
Y al ver desparecer, cual sombras vanas,
Las deidades del ciego paganismo,
Evocaste las negras herejías,

Los odios, el sangriento fanatismo:
Por la asombrada tierra
Se esparcieron de nuevo los errores;
Aún en perpetua guerra
Se agitan las pasiones desatadas,
Y crímenes y lágrimas y horrores
Las naciones contemplan asombradas.

Santa Virtud, que aun pura resplandeces
En la mansión del llanto,
Y almo refugio á la desgracia ofreces
Bajo la sombra de tu níveo manto;
Tú, que en el mundo al ver los escuadrones
De los genios del mal, enarbolaste
Tus blancos, tus brillantes pabellones,
Y de su imperio el fin les anunciaste,
¿Triunfantes saldrán ellos
De tu excelso poder? Virtud divina,
¿Cómo, al mirar los vívidos destellos
Del fulgor celestial que te ilumina,
No vuelan humillados al profundo,
Y tú, al mágico acento de victoria,
No encumbrada te elevas en el mundo?

¡Ay! que fué por el crimen, de la historia
La página primera ennegrecida...
Sacrosanta Virtud, el inocente,
El sosegado río de la vida,
Que debiera correr puro y sereno,
¿Lleva, tal vez desde su clara fuente,
Ocultas venas de ponzoña y cieno?

Nó, que en el tierno corazón humano
Reinó por siempre el generoso instinto
Que á las nobles acciones encamina;

Aniquilarlo pretendiste en vano,
Espantosa Maldad, que la divina
Mágica antorcha que la mente inflama
Á tu influjo un instante se oscurece;
Mas su celeste llama
Fulgurosa de nuevo resplandece.

¡Oh! no siempre á los míseros mortales
Oprimirá el Averno
Con su poder funesto é iracundo;
Que á la voz poderosa del Eterno
Tal vez sacuda su letargo el mundo.

Entre esa multitud mísera y vana
Que los ministros de Satán agitan,
La flor de la virtud crece lozana;
Aun corazones plácidos palpitan
Que amantes la atesoran,
Que contemplan en ella
De su camino la brillante estrella,
Y que su santa inspiración adoran.
Virtud, virtud respira
La infancia venturosa;
La fuente del saber virtud inspira.
Virtud, virtud hermosa,
Tú templas las mundanas aflicciones,
Tú nos señalas con la mano el Cielo...
Espíritu inmortal, alza tu vuelo,
De la Maldad rompiendo las prisiones.

# EN UN ÁLBUM

DICEN que puros y bellos
Sonríen tus labios rojos,
Y que son vivos destellos
Del sol tus brillantes ojos,
Su luz reflejando en ellos.

Diz que á más de tu hermosura
Eres de virtud modelo;
Que de apacible ternura
Fuente inagotable y pura
Dió á tu corazón el Cielo.

¡Oh! jamás el alma herida
Sientas de acerbos dolores,
Y, de ilusiones ceñida,
Plácida corra tu vida
Cual arroyuelo entre flores.

Mas ora grato y risueño
Sus dichas te ofrezca el mundo,
Ora con adusto ceño
Turbe el pesar iracundo
La dulce paz de tu sueño;

Siempre el aroma á tu lado
De la inocencia se aspire,
Siempre el tesoro preciado
De excelsa virtud guardado
En tu corazón se admire.

Y al grabar su horrible huella
La edad en tu frente pura,
La virtud, cual clara estrella,
Se alzará radiante en ella;
Que es eterna su hermosura.

EPITAFIO PARA EL SEPULCRO

## DE MI QUERIDA PRIMA M. D. F.

MADRE del corazón! cese tu llanto,
Mitíguense tus quejas de amargura;
Mi espíritu dejó la tierra impura,
Y abrásase de amor en fuego santo.

Pobre, falaz, del mundo es el encanto;
Verdadera, crüel su desventura...
Feliz el alma que tranquila y pura
El valle deja de letal quebranto.

¿Y aun prosternada ante mi losa fría
Gimes, y treguas, por tu mal, no alcanza
La horrible pena que te hiere impía?

Sube en alas de célica esperanza;
Sube, y me encontrarás, ¡oh madre mía!
En la mansión de eterna bienandanza.

# Á UN MALDICIENTE

De noble y santa admiración ajeno,
Entre encono y rencor pasas la vida;
Que la envidia satánica se anida
En tu malvado corazón de cieno.

Contra el mérito ruges, y sin freno
Dejas correr tu furia desmedida,
Y en tu lengua crüel vierte, escondida,
La vil calumnia su letal veneno.

Mas el mundo comprende tu demencia,
Y la sana razón, de ella testigo,
Con mudo horror proscribe tu inclemencia.

En la tierra no encuentras un amigo,
Acúsate la voz de tu conciencia,
Y tu propia maldad es tu castigo.

Á MI ILUSTRADA AMIGA

## LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCIÓN MORALES

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SU HERMANA

Y qué ¿tu desconsuelo
El raudo tiempo mitigar no alcanza?
¿Será que en hondo y perdurable duelo
Tu lánguida existencia se deslice,
Sin que pueda risueña la esperanza
Con sus plácidos sueños de ventura
Ahuyentar ni un momento
Tus fúnebres recuerdos de amargura?

¿Lloras? Á Dios pluguiese que mi acento
Darte pudiera la anhelada calma,
Hoy que tornas la vista á lo pasado
Y, entre ansiedad y luto,
Renuévanse las penas de tu alma.
¡Oh, pluguiese al Señor! Digno tributo
Mi síncera amistad te ofrecería,
Y, cual tu amante corazón desea,

Tus ayes con mi canto adormiría.

Mas ¡ah! ¿qué voz humana
Puédese alzar, que lánguida no sea
Para templar la angustia que devora
Tu pecho infortunado?
Llora, mísera, llora:
No ante el sepulcro de tu dulce hermana
Suene el plectro acordado,
Y hoy, que su caro nombre,
Con acerbo dolor, repetiremos,
Como digno homenaje á su memoria
Lágrimas silenciosas derramemos.

¿Te acuerdas? ¡Oh, cuán pura
En su tranquila frente
La sagrada virtud resplandecía!
Y al par que de suavísima ternura
Inagotable fuente
Su corazón benéfico escondía,
Con celestial amor sus ojos bellos
Al cielo se tornaban,
Y del genio inmortal claros en ellos
Los vívidos fulgores destellaban.

¡El genio! Conducida
En sus alas de oro,
Cien y cien veces se elevó anhelante:
Cien veces, de entusiasmo enardecida,
Admiró de las artes el tesoro;
Y al contemplar las mágicas creaciones
De los hijos de Apeles,
En gratas ilusiones
Soñó alcanzar inmarcesible palma,
Y lauros inmortales

Con noble ardor ambicionó su alma.

Tú su ansiedad profunda
Recordarás y su constante anhelo,
Y cuál su mano consiguió, fecunda,
Al lienzo dar animación y vida.
Ora claro modelo
En las joyas de Rubens admiraba;
Ora la dulce suavidad, el brillo
Que prestó á sus seráficas visiones
El inmortal Murillo
Absorta contemplando,
Á la etérea región alzaba el vuelo,
El religioso ardor adivinando
Que inflamó el alma del *pintor del Cielo.*

Acaso, entusiasmada también ella,
En su agitado espíritu sentía
Del numen creador vivaz centella;
Y ¡ay míseral que en vano
Alzó su mente inquieta,
Que noble inspiración enardecía.
¡Ay! que, convulsa y lánguida, su mano
No á su anhelo profundo obedecía,
Y pálida, doliente,
Marchitas contempló sus ilusiones;
Que con horrible saña
Suspensa levantó sobre su frente
La inexorable muerte su guadaña.

Mas ¡ah! mi dulce amiga, ¿por qué acrecen
De improviso tus lúgubres gemidos,
Y más y más tus labios palidecen?
¿Hiérente mis acentos doloridos,
Mostrando á tu memoria

Que nunca realizados
Miró en la tierra tu infeliz hermana
Sus ensueños purísimos de gloria?
¿Puede tal vez la vanidad insana
Deslizarse en tu pecho?
¿Del mundo, acaso, ante los falsos dones
Suspiras con despecho,
Y al contemplar que indignas ovaciones
Al ignorante enaltecido rinde,
Y ella humilde pasó y desconocida,
Lloras las injusticias de la suerte,
Que aplauso y dichas le negó en la vida
Y mármoles grandiosos en la muerte?

Empero nó; tu noble pensamiento
Sabe que el fausto y esplendor mundano
Es polvo, es humo vano.
¿Qué valen, dí, las glorias y el talento,
Qué de los genios la triunfante palma,
Ante la dulce y celestial belleza
De la santa virtud, de la pureza,
Que aureola inmortal prestan al alma?
¿Y qué vale el sarcófago opulento
Do sus dictados la lisonja apura,
Comparado á una lágrima suave,
Hija de la ternura,
De miserable adulación ajena,
Con humilde silencio derramada
En la tumba ignorada
De la que fué en el mundo casta y buena?

Y ella lo fué. La vanidad impía
No es la que aumenta tu fatal quebranto;
Son los recuerdos que en tan triste día
Agólpanse á tu mente acongojada.

Cese, cese tu llanto;
Vuelve tus ojos á tu madre amada
Y á tus hermanos, que amorosos miran
En tí su sólo bien, y al contemplarte
Pálida y muda, con dolor suspiran.

Y si á calmar tu angustia y desconsuelo
Bastar no pueden los terrenos lazos,
Alza tus ojos con afán al Cielo.
Allí á tu hermana vé, que á tí sus brazos
Plácida tiende murmurando: «¡Espera!»
¡Es tan corta la vida!
¿Quién alivio no alcanza
Á su dolor profundo,
Si en el revuelto piélago del mundo
Mira el faro brillar de la esperanza?

## AL ACTO SOLEMNE
DE LA
## CORONACIÓN DEL INMORTAL QUINTANA

PRÉSTAME un punto tus brillantes galas,
¡Oh numen celestial de la armonía!
Y tú feliz elévate, alma mía,
Del entusiasmo en las etéreas alas:
Elévate y bendice un pensamiento
Que bienhechora ilustración respira,
Y justo aplauso ríndale un momento
Mi voz, al par que mi inacorde lira.

Patria del Cid hermosa,
Alzó la paz sus nítidos pendones,
Su noble frente levantó, gloriosa,
La santa libertad, de gozo llena...
Palpiten de placer los corazones,
Que ya, rendida la iracunda hiena
De la discordia, con fraternos lazos
Las opuestas fracciones se estrecharon,
Y á la enseña del orden se agruparon.

De tu seno se alzó firme un acento
Que *Progreso, virtud, patria* decía,
Y de un confín al otro, raudo el viento
*Patria, virtud, progreso* repetía.
¡Virtud! ¡Patria! ¡Progreso!... Si tremolas,
Noble Nación, tan ínclitas banderas,
¿Cómo podrán las huestes extranjeras
Hollar jamás las glorias españolas?

¡Era de bendición!... ¡Qué! ¿por ventura
Llegó el momento de la paz ansiada?
Sí: cual vívida estrella en noche oscura,
CINCINATO ESPAÑOL, tu fuerte espada
Brilló en la tempestad de las facciones;
De júbilo á su vista palpitaron
Los nobles corazones;
Un signo de esperanza
Venturosos en ella contemplaron;
Á su presencia se ahuyentó el encono,
Y, áncora de segura bienandanza,
Salva otra vez la libertad y el trono.

Calmada en breve la funesta saña
Que el solio de los reyes conmoviera,
Apareciendo en los opuestos bandos
La enseña de la paz, en nobles pechos
Extinguidos por siempre odios infandos,
Un alto pensamiento, en bien fecundo,
Como fúlgida luz el aire hiende,
Y la adormida inteligencia enciende,
Llenando inmenso el ámbito del mundo.

«Ofrezcamos al genio, al patriotismo
Del Lírico Español, digna corona»,
Dijo Madrid; y la Nación entera,

Que escuchó enajenada los cantares
De su segundo Herrera,
Que fiel recuerda cuando en triste día
Contra fieras legiones destructoras
Bélico ardor su acento le infundía,
É, independiente, el yugo sacudía
Del Coloso y sus huestes invasoras,
El pensamiento acoge... Reina hermosa,
Y ¿eres tú, acaso, quien la docta frente
Del divino Cantor, gloria de España,
Cubrirá de laurel resplandeciente,
Acreciendo los timbres nacionales
Para grato solaz en luengos males?

Sí, SEGUNDA ISABEL, tú, que dichosa,
Aplaudida de nobles corazones,
Elevarás la frente, y orgullosa
Dirás á las naciones:
«No más, no más el genio esclarecido,
Sin lauros que coronen sus desvelos,
Sumido yazga en vergonzoso olvido;
No más la muerte sea
El eco que difunda su alabanza:
Tan alto premio el universo vea
Que hora felice de mi mano alcanza.»

Cuando el rey de los astros resplandece
En cielo de zafir, digno homenaje
La crëación le ofrece:
La mustia yerba, el álamo frondoso,
Vivificados á la par, lo admiran;
Con rugido espantoso
Lo saluda el león impetuoso,
Y las humildes tórtolas suspiran:
Ocultos entre flores,

Los tiernos ruiseñores
Le dirigen sus cánticos suaves,
Y hasta en los antros cantan sus loores
Roncos insectos, plañideras aves.

Así cuando se eleva
Un pensamiento grande, sol fulgente,
Que luz y vida lleva
Al espacioso campo de la mente,
El sabio lo saluda,
La multitud lo admira,
Y hasta el que humilde su ignorancia escuda
En el silencio, al esplendor divino
De aquella aparición maravillosa,
Ansia también con mano temblorosa
Arrojar una flor á su camino.

¡Ah! yo escuché tu acento, patria mía;
Yo lo escuché, y en vano
Justo temor mi anhelo detenía.
Temblar sentí mi mano,
Latir mi corazón... Por un momento
Mi humildad olvidé, y en mi retiro
Te bendije, sublime pensamiento.

Sí: yo salvo mil veces la distancia
Que me aleja del suelo mantuano.
¡Hora feliz, en que anhelante espera
La ilustración rendir digno homenaje
Á la virtud y al genio! Lisonjera
La ilusión á mis ojos aparece
Mostrándome su célica ventura,
Y cálmase con ella la amargura
Que la severa realidad me ofrece.

En mis sueños dorados,
Del lento Manzanares en la orilla
Miro, España, tus hijos
Para tan grande objeto congregados.
Allí ante el solio del saber humilla
Todo un pueblo su frente: al poderío
No incienso allí la adulación ofrece;
Que ante el noble entusiasmo desparece
De insaciable ambición el ceño impío.

Allí majestuosa
Del divino Cantor se alza la frente,
Pura y esplendorosa,
Más que la luz febea,
La aureola del genio lo circunda,
El coro de las musas lo rodea,
Y el genio que eterniza el pensamiento
Repite sus cantares y le ofrece
En el Olimpo perenal asiento.

Aun mírase la sombra de Padilla
Á su lado vagar, cual se admirara
Cuando su voz potente despertara
Los dormidos leones de Castilla.
Aun se escucha de santa independencia
En las vibrantes cuerdas de su lira
El eco resonar, y á su presencia
Bate el pueblo las palmas y lo admira.

Placentera ante todos se levanta
La BELDAD REGIA, cuyo solio escuda,
Siempre leal, el español guerrero;
Con celestial sonrisa se adelanta;
En su graciosa diestra
Ante la multitud, que la saluda,

Aurea corona muestra...
Queda por un momento silencioso
El ilustrado cónclave, y admira
Con profunda emoción la augusta mano;
Mas cuando cubre el lauro esplendoroso
Las nobles canas del ilustre anciano,
Encantos mil las almas enajenan,
Huye el silencio, y raudos por los aires
Vivos aplausos repetidos suenan.

Misterioso un acento,
*¡Guzmán, Pelayo, Gutenberg!* retumba
En la extensión del viento...
¡Sombras divinas! vuestra helada tumba
Un momento dejad; el orbe mire
Al del genio inmortal que os ensalzara
Unidos vuestros lauros rutilantes.
¿Qué importa si os separa
El tiempo volador? Breves instantes
Los siglos son para los grandes hombres;
El porvenir unidos los reclama,
Y unidos ya se miran vuestros nombres
En el glorioso templo de la Fama.

# Á MIS QUERIDOS HERMANOS

**RECUERDOS EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PRIMAVERA**

ADÓNDE estás, mi encanto, mi tesoro,
Único bien de la existencia mía?
¿Adónde estás, que sin piedad te alejas,
¡Oh madre! para siempre de mi vista?

Pasar he visto el nebuloso Invierno,
Pasar he visto la estación florida,
Y en vano te esperé, que tú no vuelves,
Y en vano te llamé, que tú me olvidas.

¡Ay, tantas horas sin mirar tus ojos,
Sin contemplar tu plácida sonrisa,
Sin escuchar tu bienhechor acento,
Sin verte, sin gozar de tus caricias!

Tu ausencia es para mí sueño espantoso
Que con vaga ansiedad me martiriza;
Yo quiero despertar; vuelve de nuevo,
Vuelve á los brazos de tu amante hija.

Quiero en tu frente reclinar mi frente,
Tus manos estrechar entre las mías,
Y la aflicción decirte que tus hijos
Sufren lejos de tí, madre querida.

Yo te diré que acongojados lloran,
Que con afán te nombran y suspiran,
Y así el astro los mira de la noche,
Y así los halla el luminar del día.

Yo te diré... Mas ¿cómo, si no escuchas
Mis lánguidas plegarias doloridas,
Ni estas lágrimas ves, lentas y amargas,
Que corren sin cesar por mis mejillas?

¡Oh! vosotros que veis mi desventura,
Plantas y arbustos que su mano un día
Propicia cultivó, ¿sabéis decirme
Adónde está la vida de mi vida?

Últimas auras del florido Mayo,
Que voláis amorosas y festivas,
Embalsamadas con el dulce aroma
Que frondosos verjeles os envían;

¿Y llegaréis, y pasaréis ligeras,
Sin arrullar su frente peregrina,
Sin que ella admire el celestial hechizo
Que vuestras alas apacibles brindan?

¡Oh, cuántas veces contemplé á su lado
Los mágicos tesoros que, propicia,
La mano del Criador vierte á raudales
En la hermosa y feraz Andalucía!

Ya las flores mirábamos galanas
Que ostenta el Betis en su grata orilla,
Ora las verdes, dilatadas vegas
Donde la vista absorta se perdía.

Ya nuestros ojos en el ancho espacio
Buscaban las risueñas avecillas
Que, precursoras del Estío, llegan,
En bandos mil, del África vecina.

Ya nuestro pensamiento cautivaba
La libre mariposa fugitiva;
Ya el ruiseñor amante, cuando eleva
Plácidos trinos en la selva umbría.

¡Oh, cuál tu acento, para mí más grato
Que el armonioso arrullo de la brisa,
Bendiciendo de Dios la omnipotencia,
Ensalzando sus altas maravillas;

Hízome amar desde la tierna infancia
El encanto inmortal de la poesía,
Inflamando en purísimo entusiasmo
Mi palpitante corazón de niña!

Horas de bendición, ¿os miro acaso
Ya para siempre por mi mal perdidas?
¿Para siempre? nó, nó; de nuevo torna,
Y no me dejes al dolor rendida.

Vén antes que la hermosa Primavera
Huya con sus encantos; aún festivas
Las auras vuelan en el bosque umbrío,
Aún el canoro ruiseñor suspira.

Vén, que ya del gallardo limonero
Se desprende la flor, y la sencilla
Acacia, pudorosa, su alba frente
Á los rayos del sol dobla marchita.

Vuelve... ¡Vana ilusión!... Silencio horrible
Responde sólo á las plegarias mías;
Silencio que elocuente me recuerda
Todo el peso fatal de mi desdicha.

Ya jámas la hallaré: nunca en mi oído
Sonará el eco de su voz amiga,
Y para siempre de dolor cercados
Deslizarse veré mis tristes días.

Mas ¡ah! que ante mi mente enajenada,
De misterioso resplandor ceñida,
Lenta aparece, y, señalando al Cielo,
«¡Allí!» dice con plácida sonrisa.

¡Oh hermanos! si dichosos las creencias
Aún guardáis que en la aurora de la vida
Ella con indelebles caracteres
En nuestros corazones imprimía,

Tranquilos alentad: almo consuelo
Á los que sufren amorosas brindan
La Esperanza y la Fe, que ante el sepulcro
Aun más hermosas y esplendentes brillan.

Cual humo leve que arrebata el viento
Huye la juventud, pasa la vida:
¿Qué son del mundo las ansiadas glorias,
Y qué sus inquietudes y desdichas?

Á orillas de la tumba lo pasado
Disípase cual sombra fugitiva;
Mas el alma cristiana, allí la puerta
De la vida eternal, gozosa, mira.

¿No veis cuál raudas nuestras horas huyen?
¡Esperad y creed!... Es infinita
La clemencia de Dios. ¡Feliz mil veces
Quien fiel lo aclama y en su amor confía!

# SEGUNDA PARTE

## POESÍAS INÉDITAS

# Á LOS MARINOS ESPAÑOLES

**TRIUNFADORES EN EL CALLAO**

**IMPROVISACIÓN PARA LEERSE EN EL TEATRO DE SAN FERNANDO**

Con noble orgullo, la ciudad gloriosa
Que el manso Betis apacible baña,
Así murmura al contemplar los héroes
Que combatieron en remotas playas:

«Llegad, llegad, ilustres campeones,
Honor y prez de la nación hispana;
Llegad, de la perínclita victoria
Á recibir la merecida palma.

»Doquier el pueblo á saludaros corre
Y á rendiros ardientes alabanzas:
Y ¿cómo no, cuando en vosotros mira
Los defensores de su dulce patria?

»Triste día lució. Pueblos ingratos
El nombre ansiaron mancillar de España:
Ella sintio el baldón, lloró su mengua,
Y sus hijos lanzáronse á vengarla.

»Del mar del Sur las dilatadas olas
Llegar miraron la española escuadra:
Pocas eran sus naves; mas corrían
Por entusiasmo bélico guiadas.

»Con mofa, acaso, el enemigo artero
Las contempló desde segura playa,
Y así, mintiendo fortaleza y brío,
Sus capitanes sin cesar clamaban:

»—No temáis: los hispanos campeones
Valientes fueron en la edad pasada;
Éstos sus hijos son degenerados,
Y humildes rendiránse á vuestras plantas.—

»Tal exclamaban. Mas ¿de qué sirvieron
Su desprecio, su mísera jactancia,
Si en el solemne instante del peligro
Sus naves se alejaron desbandadas;

»Si las férreas corazas de sus torres,
Que inquebrantables su ilusión juzgaba,
Cual de frágil papel, deshechas fueron,
Volando por el viento arrebatadas?

»¡Gracias, marinos! Tan patente ejemplo
De previsión, de arrojo, de constancia,
Dirá que aun tienen sucesores dignos
Los grandes héroes de la edad pasada.

»Aplausos recibid. Y al par vosotras
Recibidlos también, sombras preclaras
De los que fieles la existencia disteis
En holocausto de tan noble causa.

»Vosotros no habéis muerto: si pudisteis
Desparecer por siempre en la batalla,
Vuestros nombres eternos en la historia
Han de lucir entre brillantes palmas.

»Hijas del Betis, de laurel y flores
Apacibles tejed frescas guirnaldas,
Que ornen las sienes de los héroes claros
Orgullo y gloria de la madre España.»

Tal exclama Sevilla: al par sus hijos,
Con vivo ardor, repiten entusiastas:
«Prez y honor á los ínclitos marinos
Que dan la vida por su noble patria.»

# Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

DESPUÉS DEL INICUO ATENTADO DEL P. MERINO

De gloria coronada y de ventura,
La española nación su frente alzaba;
Luz refulgente de esperanza pura
Destellaba su trono venerando;
Plácido el porvenir le sonreía;
De las facciones el furor infando
Contemplaba extinguido,
Y, amante, al ver el ángel de consuelo
Que Dios á su Isabel ha concedido,
Desde el alto Pirene al Mediodía,
Del uno al otro mar, gratos al Cielo,
Alzáronse cantares de alegría.

Mas rápida se extingue en un momento
La calma de los nobles corazones;
Un lúgubre gemido cruza el viento...
Madrid lo exhala trémula y llorosa,
Veloz retumba, y la nación ibera
La lumbre mira de su paz dichosa

De sombras circundada;
Enmudecen sus plácidos cantares,
Su túnica de fiesta preparada
Triste abandona, y, con piedad sincera,
Acongojada al pie de los altares,
Alza á su Dios plegaria lastimera.

¿Cuál es la causa, España, de tu llanto?
¿Por qué triste suspiras? ¡ah! por ella,
Por el astro de paz benigno y santo,
Por tu augusta Señora idolatrada,
Trémula al ver por alevosa mano
Su preciosa existencia amenazada.
Triste inclinas la frente
¡Oh patria! al contemplar que tu Isabela,
Que tierna comprendió tu amor ferviente,
Ante el golpe feroz de un inhumano,
Tímida dude que por ella vela
La acendrada lealtad del pueblo hispano.

De temible firmeza un sér impío,
Nación preclara, cobijó tu seno;
Un sér cuyo funesto desvarío
Al crimen le arrastró... su mano insana,
Doblemente sacrílega y traidora,
Blandió contra su augusta Soberana
Arma fiera y cobarde;
Y faltando á la ley de caballero,
Á su patria, á su Dios, y haciendo alarde
De imperturbable calma aterradora,
Tinto en la sangre levantó su acero
De la augusta beldad que España adora.

Mas Dios al fin se apiada de tu duelo.
Cesen ¡oh patria! los dolientes ayes...

¡Tu Reina vive!... Celestial consuelo
Suceda á la inquietud que te asolaba;
Cese el temor que el riesgo de su vida
Á tus valientes hijos inspiraba.
Vive, vive la hermosa;
Vive, que en vano el tremebundo Averno
Pudo inspirar acción tan alevosa
En el alma de un hombre empedernida;
Vive, que, justo, la salvó el Eterno
Del miserable hierro regicida.

Salud, hermosa Reina: bellas flores
Hoy coronan de nuevo á la esperanza;
Recobra sus perdidos resplandores
La luz de la alegría; en el abismo
Ruge el genio del mal con fiera saña,
Y el genio celestial del patriotismo,
Radiante de ventura,
De acentos de placer el aire llena:
La estrella de la paz, brillante y pura,
Nube ninguna de temor empaña,
Y el nombre de Isabel grato resuena
Por los extensos ámbitos de España.

Ya venturoso el suelo mantuano
Bella cual siempre y celestial te admira;
Cesa el dolor del corazón hispano,
Cesa de los partidos el encono,
Y el pueblo todo, henchido de alegría,
Se une en redor del venerado trono;
Y óyese un solo acento
De una nación que unida te saluda,
Á la que inspiras celestial aliento,
Á la que tierna libertaste un día
De la férrea cadena que, sañuda,

Preparaba la horrible tiranía.

Salud, bella Isabel, Reina piadosa,
Astro inmortal de paz y de ventura;
Feliz te admira tu nación gloriosa
Renacer en el ángel de consuelo
Que contemplas de amor enternecida;
Cantares de placer suben al Cielo,
Que á las playas distantes
Raudos conducen las brillantes olas;
Y, de santo entusiasmo palpitantes,
Al esplendor de calma apetecida,
Juran todas las almas españolas
Eterno amor á su Isabel querida.

# Á SEVILLA DESPUÉS DE LA RIADA

NINFAS galanas del florido Betis,
Que sus ondas seguís precipitadas,
Cuando en los brazos reclinéis de Tetis
Las cristalinas frentes nacaradas,

Alzad vuestros dulcísimos cantares
Y enalteced á la gentil matrona
Que un ceñidor de acacias y azahares
Muestra ante el sol, que amante la corona.

Á esa reina ensalzad del Mediodía,
Que en vuestras linfas con placer se baña;
Á la más bella flor que Andalucía
Ofrece al manto de la hermosa España.

No vuestra humilde voz su poderío
Ansie cantar y su pasada gloria:
Dejad que altiva la suprema Clío
Al mundo cuente su inmortal historia.

Vuestros ecos risueños y süaves
Canten sus bosques de pintadas flores,
Canten los trinos de sus tiernas aves,
Canten sus sueños de ilusión y amores.

Cantad su cielo de zafir luciente,
Sus alboradas puras y serenas,
La viva lumbre de su sol fulgente,
Sus leves auras de perfumes llenas.

Cantad su erguida frente coronada
De monumentos mil, que la embellecen,
Donde contempla el alma entusiasmada
Los recuerdos que grandes la ennoblecen.

Dulces cantad... Mas vuestra voz graciosa
Alce un acento de ternura lleno,
Para decir cuán grata, cuán gloriosa,
La ardiente Caridad brilla en su seno.

Cuando los Aquilones extendían,
Sevilla, sobre tí sus negras alas,
Y á su fiero poder desparecían
De tus campiñas las preciadas galas;

Azarosa inquietud reinó en tu suelo,
Presa fueron tus hijos del espanto...
¿Adónde el desvalido algún consuelo
Hallar pudiera en su fatal quebranto?

Mas ¡ah! la Caridad con bienhechora
Inspiración movió los corazones,
Y benéfica mano, protectora,
Pródiga derramó copiosos dones.

Se alzó la Caridad, matrona santa
Que al lado siempre de tus hijos vela,
Y apacible en sus almas se levanta,
Y del que sufre la ansiedad consuela.

Se alzó la Caridad, y el desvalido
Dulce alivio encontró bajo su manto,
Y á su poder el pueblo entristecido
Calmó su angustia y enjugó su llanto.

Reina de la encantada Andalucía,
Plácidas son tus aves y tus flores,
Bella la lumbre que tu sol envía,
Gratos tus sueños de ilusión y amores.

Mas doblado entusiasmo al alma inspira
La pura luz de Caridad ferviente,
Que en aureola celestial se admira
Resplandecer en tu elevada frente.

Ninfas gallardas, vuestro dulce acento
Suene de Gades en la grata orilla,
Y escuche el mar y el sosegado viento:
«Grande tu Caridad, Híspalis, brilla.»

En los brazos de Tetis reclinadas
Risueñas elevad vuestros cantares,
Y lleven á las costas apartadas
Vuestros aplausos los inmensos mares.

## Á MI BUEN AMIGO

EL EMINENTE POETA ALEMÁN

## EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MI MADRE

HOY, que enlutada, sin consuelo, gime
En lúgubre recuerdo el alma mía,
Ayes amargos de dolor te envía,
La pena comprendiendo que te oprime.

No pido flores, ni su voz sublime
Para hablarte demando á la poesía;
La noble deuda que contraje un día,
Mi corazón con lágrimas redime.

La sombra de mi madre idolatrada
Hora unida levántase en mi mente
Á la de aquel que lloras sin consuelo:

Y de rodillas, con la faz postrada,
Demando á Dios que, Padre Omnipotente,
De entrambos la virtud premie en el Cielo.

# LA AURORA DE MURILLO

Tu despejado cielo,
Cual el de Grecia, refulgente brilla:
¿Cómo extrañar que con fecundo anhelo
En tí las artes su encumbrado vuelo
Consigan elevar, noble Sevilla?

Si *Itálica famosa*
Del romano poder mostró la alteza,
Y en templos y palacios, orgullosa,
Logró con sus creaciones, victoriosa,
Homenaje rendir á la belleza;

No al estímulo ardiente
De su nombre tan sólo obedecía;
Que de su inspiración mágica fuente
Fueron el cielo azul, el dulce ambiente,
Y el esplendido sol de Andalucía.

Á sus puros fulgores,
Encantados, Sevilla, respondieron
Los que alzados en tí como señores,
De palacios magníficos, de flores
Y de artísticas joyas te ciñeron.

Mas no logró el romano
Ni el árabe ofrecerte dignas palmas;
Que de tus hijos numen soberano
Debió ser el espíritu cristiano,
Faro de eterna luz para las almas.

Él, que, de España en gloria,
Dar pudo á los guerreros estandartes
En una y otra lid justa victoria,
En las páginas bellas de tu historia
Su alzado puesto señaló á las artes.

Los genios desplegaron
Con creciente poder sus ígneas alas;
En la impalpable idealidad soñaron,
Y profanas grandezas ocultaron
Con los encantos de celestes galas.

Columnas cien surgían
Enhiestas como palmas seculares,
Del gran templo las bóvedas se unían,
Y altas entre las brumas se perdían
Las góticas agujas á millares.

El alminar galano
Que aplaudido se vió de gente en gente,
Y orgullo fué del fiero mahometano,
La enseña vencedora del cristiano
Pudo ostentar en su elevada frente.

Y en constante desvelo
De artistas mil las deslumbrantes huellas,
Noble ciudad, mostrabas en tu suelo,
Como en noche tranquila muestra el cielo
Grupos sin fin de fúlgidas estrellas.

Si entonces para honrarte
Atenas te llamaron española,
Aún timbre superior pudieron darte;
Que á la belleza típica del arte
Del idealismo uniste la aureola.

Por sobrehumano aliento
Impulsados los émulos de Apeles,
Elevaron á Dios el pensamiento,
Y, ricas del más puro sentimiento,
Bellas obras trazaban sus pinceles.

Con numen peregrino
Otros en pos lograron, sin tardanza,
Dignos lienzos dejar en su camino,
Que pudieran, en próspero destino,
De emulación servir y de enseñanza.

Alma piedad, ternura,
Revelaban sus cuadros inmortales,
Ya de Jesús mostrando la amargura,
Ya de la Virgen-Madre, toda pura,
La grandeza y encantos celestiales.

Y gallardas creaciones,
Cual juntas por honrosa competencia,
Lograban en espléndidos salones
Acrecer, bajo regios artesones,
De sus dueños los timbres y opulencia.

Al par enriquecían
Del monasterio las austeras naves,
En el gótico templo aparecían,
Y al popular espíritu ofrecían
De mística virtud lecciones graves.

Y, unidos, la bandera
Que de insignes maestros heredaban,
Con nueva inspiración, en ancha esfera,
Luis de Vargas, Arfián, Pacheco, Herrera
Y otros cien aplaudidos tremolaban.

Fué á la vez nunciadora
De triunfos tan gloriosa muchedumbre,
En el cielo del arte vencedora,
Que en ella tuvo su feliz aurora
Astro inmortal de soberana lumbre.

Sevilla entonces era
De tierna devoción sostén y guía,
Y, entre fieles ciudades la primera,
Ambicionó que enaltecida fuera
La Concepción sin mancha de María.

Y Leca, y Cid, y Toro,
Alentados por justas esperanzas,
Alzaban en su honor canto sonoro,
Mientras el pueblo repetía en coro
De la electa de Dios las alabanzas.

Aquel amor profundo,
Tesoro de fervientes corazones,
Artista debió hallar que, sin segundo,
Intérprete veraz, mostrase al mundo
Emblemas de sus vivas convicciones.

Y piadoso, y sencillo,
Con alta inspiración brindando galas,
Ricas de encanto y portentoso brillo,
Genio entre genios se elevó Murillo,
Y en el cielo andaluz tendió sus alas.

Halló el arte cristiano
Aliento en él de perennal victoria.
¡Salve! fúlgido sol del suelo hispano;
El católico pueblo sevillano
Hoy bendice tu fe, vive en tu gloria.

Á S. M. LA REINA MADRE

## DOÑA ISABEL DE BORBÓN

No la mano asoladora
Que al pueblo hispano oprimía,
En él extinguió, señora,
La gratitud que avalora
Su proverbial hidalguía.

¡La gratitud! pura llama
Que arde en nobles corazones...
Sevilla en ella se inflama,
Y os saluda, augusta dama,
Entre ardientes bendiciones.

Que aun muéstranse á la memoria
De grandes hechos las huellas;
Hechos que son vuestra gloria,
Y en sus páginas más bellas
Graba la moderna historia.

Ella nos dirá que inerte
La patria un tiempo yacía,
Y que por vos, digna y fuerte,
Sacudió el sueño de muerte
Que ante el mundo la rendía.

Como al poder de una hada,
Bajo vuestra excelsa mano
Vióse de bienes colmada;
Pronto de nuevo su armada
Pobló el inmenso Oceáno.

Fuentes mil pronto surgieron
De bienandanza y riqueza;
Honradas las letras fueron,
Y artes y ciencias volvieron
Á su pristina grandeza.

Presto el hierro que atesora
La tierra en hondas entrañas
Extendió mano creadora,
Y llanuras y montañas
Cruzó la locomotora.

Y á la vez cortando el viento
Los férreos hilos brillaron,
Que con misterioso aliento
En rapidez igualaron
Las frases al pensamiento.

Dirá la historia que, ufana
De su antiguo poderío,
Por vos la nación hispana
Humilló en tierra africana
Del rudo Muslín el brío.

Dirá que por vos se alzaron
Bravas huestes españolas,
El honor patrio vengaron,
Y altos timbres conquistaron
Del Pacífico en las olas.

Y grandeza aun más cumplida,
Que á toda grandeza excede
Y es alma de vuestra vida,
Vuestra piedad sin medida
Decirnos la historia puede.

Dirá que halló la indigencia
En vos madre bondadosa,
Y que con franca indulgencia
Otorgasteis, generosa,
Á los pueblos vuestra herencia.

Que magnánima hais sabido
Pagar con bienes agravios,
Y, errores dando al olvido,
Palabras habéis tenido
De perdón siempre en los labios.

Y esa bondad que aparece
De vuestro reinado emblema,
Y ante el mundo os engrandece,
Nueva, preciada diadema
Hoy á vuestro nombre ofrece.

Cuando en guerra fratricida,
Con negro crespón de duelo
La altiva frente ceñida,
España, de muerte herida,
Buscaba á su mal consuelo;

Vos, clemente, en su amargura
Siempre el pensamiento fijo,
Con lágrimas de ternura
Pedísteis á vuestro hijo
Término á tal desventura.

Llegó Alfonso: su bandera,
Iris santo de bonanza,
Brilló en la borrasca fiera:
Él la paz, él la esperanza
Volvió á la nación ibera.

Él á renovar aspira
Timbres de su grande historia;
En vuestro aliento se inspira,
Patrio amor su alma respira,
Y su gloria es vuestra gloria.

Dejad, pues, que cuando alcemos
Al Rey cumplidos loores,
Nuestra gratitud mostremos,
Y con guirnaldas de flores
Su nombre al vuestro enlacemos.

Y que el pueblo que os rodea
Con viva emoción repita
Respondiendo á noble idea:
¡Viva la Reina! ¡Bendita
La madre de Alfonso sea!

# LAS PLEGARIAS DE UNA MADRE

## La Madre

Proscrito está el hijo mío,
Los anchos mares cruzó:
Su ausencia es puñal agudo
Clavado en mi corazón.
La soledad, la pobreza,
Quizás le sigan en pos.
Desnudez, hambre, abandono,
¡Qué existencia de dolor!
Pobrecitos que pedís
Una limosna por Dios,
Al hijo me recordáis
Que de su hogar se alejó.
Quizás él, como vosotros,
En continua humillación,
Pida pan de puerta en puerta
Con desfallecida voz.
Hacienda tengo: no en vano

Llegue á mí vuestro clamor:
Con vosotros partir quiero
El pan que el Cielo me dió.
En pago, pedid tan sólo,
Si comprendéis mi aflicción,
Que mis plegarias asciendan
Hasta el Supremo Hacedor.

## LOS POBRES

Pródiga tu mano en dones
Á nosotros se tendió;
Como anuncio de ventura
Sonó el eco de tu voz.
Á tí cien encarcelados
Debimos la redención;
Auxilio encontró el enfermo,
Arrimo el huérfano halló:
Amparaste al desvalido,
Consuelo diste al dolor;
Fecunda fué, noble dama,
Fecunda tu compasión.
Cesó por tí nuestra pena
Y nuestra indigencia huyó,
Trocándose en voz de júbilo
Nuestro angustioso clamor.
No temas, pues, por el hijo
Que de tu hogar se ausentó.
Él de tus muchas bondades
Recibirá el galardón:
Que eres madre santa y buena,
Y, en alas de puro amor,
Las plegarias de una madre
Llegan al trono de Dios.

## EL HIJO

Rápida llegó á mi oído
Dulce palabra: *¡Perdón!*
Á mi caro hogar la patria
Piadosa al fin me llamó.
Madre del alma querida,
Imán de mi corazón,
Abre los brazos y estrecha
Al que tu seno albergó.
Nó: no sufrí privaciones,
Vanas tus sospechas son,
La caridad con su velo
Siempre al proscrito cubrió.
¿Fué por encanto? Lo ignoro.
No hubo para mí dolor;
Donde quiera fué acogida
Con dulce afecto mi voz.
Hallé dignos protectores;
La suerte me sonrió;
Riquezas traigo infinitas,
Ganadas sin deshonor.
¿Qué faltaba á mi ventura?
¡Tu cariño! pero nó,
Que él me seguía, que él era
Mi aliento, mi inspiración.
Él la mano misteriosa,
Que de dichas me colmó.
¡Ah! benditas tus plegarias,
Benditas fueron por Dios.

AL INSIGNE POETA DRAMÁTICO

# D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

EN SU SEGUNDO CENTENARIO

CUANDO el astro rey despliega
Su manto de oro y topacios,
Da vida al monte y la vega;
Que á coronar los espacios
Con su luz, triunfante, llega.

Alza al verlo, entre las flores,
La alondra trinos suaves,
Lo aclaman los ruiseñores,
Y aun las más humildes aves
Le ofrecen justos loores:

Que si él á gozar convida,
Y es, cuando el bosque hermosea,
Para ellas fuente de vida,
¿Cómo extrañar que aplaudida
Su bondad por todos sea?

Plugo á Dios el genio darte
Con que á los siglos deslumbras,
Gran Calderón, para honrarte;
Y, astro espléndido, te encumbras
Al puro cielo del arte.

La patria en tu honor congrega
Á cuantos pulsan la lira:
¿Quién por humilde se niega,
Si el brillo que en tí se admira
Á todas las almas llega?

Deja, pues, que á tu memoria
Hoy mi corazón se inflame;
Que al bendecir tu victoria,
Prez de tu siglo te aclame
Y sol de la hispana gloria.

# EL 3 DE ENERO DE 1874

TURBAS que de espanto llenan
Al mundo con sus delirios,
Á inusitados martirios
Al pueblo español condenan:
Ayes de muerte resuenan
En contiendas fratricidas;
Las leyes, de muerte heridas,
No refrenan las pasiones,
Y doquier surgen fracciones
Por el crimen conducidas.

Mas digna al fin se levanta
Hoy la nación española,
Y alto pabellón tremola
Que á las maldades espanta.
No bastardo afán su planta
Hora á conducir acierta;
Es que, al ir por ruta incierta
Al margen de horrendo abismo,

El genio del patriotismo
De su estupor la despierta.

Tiemblan á su voz sublime
Los que, libertad brindando,
Iban el yugo forjando
Que nobles cuellos oprime:
Ya el pueblo honrado no gime
Bajo su aleve asechanza;
De nuevo ya la esperanza
Paz difunde en los hogares;
Que luce tras los azares
Aurora de bienandanza.

Lauro al que con digno empeño
Á fin tan ansiado llega:
¿Qué importa que turba ciega
Le muestre airado su ceño?
Si amor y aplauso halagüeño
En odio y desdén se mudan,
Por los que enconados dudan
Ó no baten ya sus palmas,
Privilegiadas cien almas
Con gratitud lo saludan.

Que no al aura lisonjera
De vana, efímera gloria,
Á tan ilustre victoria
Un pecho honrado prefiera:
Esa multitud artera,
Esclava de sus pasiones,
No busca en sabias lecciones
Quien sus ímpetus modere;
Míseros tribunos quiere
Que adulen sus ambiciones.

Rómpase ya la cadena
Que al espíritu oprimía;
Cese la audaz tiranía
Que á Europa de asombro llena.
El alto poder que enfrena
Á los rudos opresores,
No ceda á vanos temores.
¡Unión! la virtud es fuerte...
Antes arrostrar la muerte
Que sufrir nuevos horrores.

Cese el afán un momento
En que marcháis divididos;
Opuestos bandos, unidos
Responded á un sentimiento.
¡Paso al orden! Ya su aliento
Al pueblo sensato inflama;
Ya el deber á todos llama;
La razón triunfos augura...
Así, tras larga amargura,
El patrio honor lo reclama.

Guerreros que en lucha impía
Al mal sabéis hacer frente
Y detener el torrente
De arrolladora anarquía;
Vosotros, á quienes fía
Todo un pueblo su esperanza,
Acorredle sin tardanza,
No sienta vuestro abandono,
Que ruge airado el encono
Y es segura la venganza.

No dejéis que en hondo duelo
España suspire inerte;

Contemplad que de su suerte
Árbitros os nombra el Cielo:
Responded al vivo anhelo
Que hoy en las almas impera;
De Alfonso alzad la bandera,
Presagio de paz y gloria,
Y tan honrosa victoria
Aplaudirá Europa entera.

# LA ENVIDIA

DESVENTURADA humanidad; en vano,
Brindando treguas á tus rudos males,
La antorcha del saber brilló en tu seno,
Brotaron de la ciencia los raudales,
Y el mundo apareció de flores lleno:
En vano; que, de luto anunciadora,
Fiera pasión, aborto del abismo,
Sus alas desplegó sobre la tierra,
Y designada fué por Luzbel mismo
Para alentar el fuego de la guerra.
¡La Envidia fué! Siniestros resplandores
Lanzaron en redor sus tristes ojos;
Presagio de dolores,
La frente alzaban destellando enojos
Odios vanos y míseros rencores,
Y, en mengua de los nobles sentimientos
Que el corazón humano enaltecían,
Como fuentes de odiosos pensamientos
Los instintos más pérfidos surgían.

«Alza, Envidia crüel, alza tu mano,
Que sello odioso imprime,
Gritó la humanidad entristecida;
Tu mano, que alevosa nos oprime:
De nuestras almas para siempre aleja
Tu inspiración fatal. De paz ceñida,
Alzarse en ellas deja
La admiración: que portentoso brille
El noble triunfo del ingenio humano:
Jamás por él humille
El hermano al hermano,
Y, respondiendo á generosa idea,
Con recíproco anhelo
Al par de entrambos la victoria sea.»
Dijo: ¡perdido afán! La Envidia insana
Elevóse en el mundo triunfadora:
Hoy, para oprobio de la raza humana,
Hasta nosotros llega:
La ilustración en vano lo deplora;
Desatentada, ciega,
Deslízase traidora
En cien almas y cien; feroz se agita,
Triunfa de la razón, hiere segura,
Y al hombre precipita
Al abismo del mal. ¿Quién, por ventura,
Al envidioso impío
Logra desconocer? ¿Quién no se aterra
Ante aquel que, en perpetuo desvarío,
Contra su corazón quizás luchando,
De los demás el mérito deprime
Y entre ansiedades y rencores gime?
Vosotros, los que clara inteligencia
Y alzada inspiración debéis al Cielo,
Y en aras de las artes y la ciencia,
En constante desvelo,

Consagráis generosos la existencia;
Entre la absorta multitud que admira
Vuestras dignas creaciones
¿No veis alguno que á ocultar aspira
Su ansiedad y su ira?
¿No veis el brillo aterrador que esplende
En sus ojos sañudos,
Ni la sonrisa pérfida que extiende
Sus secos labios, por la rabia mudos?
Él es: el triste que con odio extraño
Siéntese herido ante la dicha ajena,
Y, delirante y necio,
Juzga quizás que su desdén profundo
Al olvido del mundo
Vuestras obras condena;
Y á Dios pluguiese que su audaz desprecio
Fuera de su ansiedad el solo fruto:
Mas no siempre humillado palidece,
No siempre devorando sus dolores
En silencio aparece;
Que, alentando á la vez negros rencores,
En el verjel del mundo se adelanta,
Destila hiel su emponzoñada boca,
Sierpes brotan al peso de su planta,
Y la flor muere que su mano toca.
Tiemble azorado el mérito, si esquivos
Centellas lanzan de furor sus ojos;
Si sus cárdenos labios convulsivos
Suspiran con enojos:
Que, en asechanza artera,
Herirá con odiosa alevosía;
Que es el sarcasmo su perpetuo guía,
La calumnia su eterna compañera.
Prócer que, honrado, puedes
En tu encumbrado asiento

Unir de la fortuna las mercedes
Con la virtud y el claro entendimiento,
¿Quién, á la vez que ensalzan
Tus mismos adversarios tu victoria,
Á herirte se apresura,
Y los rasgos más dignos de tu historia
Con siniestros colores desfigura?
¿Quién, con mortal fiereza,
Joven hermosa y pura,
Simulando piedad y honda tristeza,
Patentizar procura
Lunares que deslustren tu belleza?
Vate insigne que, en alas
De inspiración ardiente,
Sentidos cantos venturoso exhalas,
¿Quién, si el lauro esplendente,
Objeto digno de tu noble empeño,
Logras al fin, maléfico ambiciona
Que ose el vulgo adunar duros abrojos
Al preciado laurel de tu corona?
Y tú, mortal benigno, consagrado
De la piedad en aras, ¿quién, impío,
Si el pueblo te bendice entusiasmado,
De tí se aparta con mortal desvío?
¿Quién en negar se afana
Las ínclitas virtudes
Que tu pecho magnánimo atesora,
Y, con lengua profana,
Tus altos hechos á traición desdora?
Él es... ¡triste envidioso!...
¿Y el Sér Supremo y sabio
No castiga tu afán? Brota homicida
La calumnia en tu labio,
¡Y vives! ¡De tus pérfidas ruindades
En los triunfos, soberbio, te recreas,

Sin que por tus odiosas falsedades
De justa indignación objeto seas!
  Mas ¿quién pide á los Cielos
Castigo para tí? ¡Vana locura!
¿Quién no adivina, acaso, en tus desvelos
Luengas horas de amarga desventura?
  ¡Castigo para tí! ¿No se divisa
El dolor que te hiere,
Y que en vano tu irónica sonrisa
Ambiciona ocultar? ¿Y en esos ojos,
Por la malicia pérfida encendidos,
Harto no se comprenden tus enojos
Y el odio y la crueldad mal comprimidos?
  ¡Castigo para tí!... Dios de clemencia,
Guarda, guarda tus rayos vengadores
Para el que niegue audaz tu omnipotencia:
Sucumban á sus golpes destructores
El que, tirano y fiero, se levanta,
Ó el que, por torpes vicios arrastrado,
Huye de la virtud con firme planta;
Mas aquel que en su pecho envenenado
Á la Envidia fatal preste guarida,
Déjalo ser de todos enemigo,
Y ofrézcale tu mano larga vida,
Que su propia maldad es su castigo.

# LA ESCALA DEL CIELO

(ESCRITA CON MOTIVO DE LOS TERREMOTOS QUE AFLIGIERON Á GRANADA)

RUGIÓ con mortal fiereza
De la tierra el centro ignoto,
Y sumergió el terremoto
Pueblos cien en la pobreza.
Llenos de amarga tristeza
Gimieron sus moradores,
Y, aumentando los rigores
De su desdichada suerte,
El desamparo y la muerte
Uniéronse á los horrores.

Digno Rey, nobles hispanos,
Que, con generoso anhelo,
Dones brindáis y consuelo
Á nuestros pobres hermanos;
Vuestros esfuerzos no vanos
Quedarán... Ya en lontananza
Torna á brillar la esperanza
De esos pueblos sin ventura;

Ya la piedad les augura
Auroras de bienandanza.

¿Veis? La Caridad bendita
Tremola su blanca enseña:
En noble lid nos empeña,
Y al bien á todos excita.
Si catástrofe inaudita
Hoy nuestras almas conmueve,
¿Quién por humilde se atreve
Su pobre ofrenda á negar,
Si ante el ajeno pesar
Un solo impulso nos mueve?

¡Caridad, bendita seas!
Con justas aspiraciones
Inflamas los corazones
Al calor de altas ideas.
Enaltecernos deseas
Dando á los tristes consuelo...
Corramos con vivo anhelo
Al puesto que ella señala:
Su inspiración es la escala
Que nos encumbra hasta el Cielo.

# ENIGMA

## AL INSIGNE NOVELISTA F. C.

DESDE su mágico templo
En los espacios alzada,
La faz al cielo tornando,
Así murmuró la Fama:

«Ángel protector glorioso
De los destinos de España,
¿Qué genio, su faz velando,
En tu nación se levanta,
»Y ora, del pueblo sencillo
Admirador entusiasta,
Bellas tradiciones cuenta,
Gratas costumbres retrata;
»Ya en apacibles historias,
Por la verdad inspiradas,
Llora la muerta hidalguía
Que proverbial fué en su patria,

»Y la inocencia defiende,
La noble virtud ensalza,
Y contra el vicio y el crimen,
Severo, su voz levanta?
»Dame que admirarlo pueda,
Ángel protector de España,
Y ya que cien y cien veces
Dí al viento sus alabanzas,
»Deja que pueda su nombre
Ostentar en mi morada,
Que asiento digno le guardo
Entre laureles y palmas.»

Tal exclama. Desde el Cielo
Tendiendo sus ígneas alas,
De blanca veste ceñido,
El Ángel rápido baja.
«Vén», con plácida sonrisa
Dice á la deidad profana,
Y por ignotas regiones
En pos de sí la arrebata.
De lustros ya transcurridos
El tupido velo alza,
Invisibles penetrando
En opulentas estancias.

Pura, gentil, suave joven
El Ángel muestra á la Fama:
«Contémplala, dice; el Cielo
Derramó en ella sus gracias.
»Como las hijas del Norte
Es fina su tez y blanca;
Su sedosa cabellera
Al rayo del sol iguala;
»Hay de sus azules ojos

Tal encanto en la mirada,
Que inteligencia y dulzura
En plácida unión resaltan.
»Hija tierna y cariñosa,
Suave, benévola hermana,
Constante y síncera amiga,
Siempre amor en torno halla.
»Cuando recorre los campos,
Con mano próvida y franca
Sobre los pobres labriegos
Dones sin cuento derrama;
»Y, cual digna recompensa,
Doquier á su paso halla
Tradiciones apacibles,
Historias llenas de gracia:
»Ella anhelante las oye,
En su memoria las graba,
Y el genio de la poesía
Bate de gozo las alas.
»Mas ¡ah! ¿su nombre?... Su nombre
En vano ansiosa demandas:
Ella lo vela... Mi labio
Nunca un secreto profana.

»Fugaz deslizóse el tiempo.
Sigue, deidad, mis pisadas:
Observa: en mansión grandiosa
Aparece ilustre dama;
»Deslumbradora diadema
Ostenta en su frente blanca;
Y, discreta, en los salones
Lleva entre hermosas la palma:
»No empero su pecho abriga
Vanidades insensatas;
Que su bondad enamora

Y su ingenuidad encanta.
»Piadosa, de los que sufren
Sabe aliviar la desgracia;
Contémplanla sus amigos
Sencilla, indulgente y franca.
»Observadora profunda
Es al par, y su mirada
Estudia, cual en un libro,
En el fondo de las almas;
»Y adivina caracteres,
Sorprende historias extrañas,
Inquiere ignorados hechos,
Que fiel su memoria guarda.
»Á solas luego, en sù mente
Cuadros hechiceros traza,
Y el genio de la poesía
Bate de gozo las alas.
»Mas ¡ah! ¿su nombre?... Su nombre
En vano ansiosa demandas:
¡Es un secreto! Mis labios
Nunca un secreto profanan.

»Luengos años transcurrieron.
Sigue mis pasos, ¡oh Fama!...
Á nuestra vista aparece
Digna matrona enlutada.
»¡Es ella! En perenne duelo
Ahora sumida se halla;
Que cuanto amaba en la tierra
Robóle la muerte insana:
»Mas, piadosa, siempre alivia
Del que sufre la desgracia,
Y á sus amigos se muestra
Sencilla, indulgente y franca.
»Testimonio de su genio,

Prez y gloria de su patria,
Son sus cuadros populares,
Que Europa admira y ensalza.
»Ella, modesta, esquivando
Estruendosas alabanzas,
En apacible retiro
Tranquila su vida pasa:
»Empero feliz conserva
Fe y entusiasmo en el alma,
Y no las letras en vano
Nuevas creaciones aguardan.
»Sacerdotisa del Arte,
Aún quema incienso en sus aras,
Y el genio de la poesía
Bate de gozo las alas.
»Mas ¡ah! ¿su nombre?... Su nombre
En vano ansiosa demandas:
¡Es un secreto! Mis labios
Nunca un secreto profanan.»

Dice el Ángel; y hacia el Cielo
Raudo de nuevo se alza,
Rastro de luz en el éter
Dejando sus ígneas alas.
Ahora, si del genio insigne
Que al pueblo español retrata
Hay quien el nombre demande,
Así repite la Fama:
*«Hermosa brilló entre hermosas,*
*Y, espejo de nobles almas,*
*Es por sus altas virtudes*
*Modelo de ilustres damas;*
*Mas ella vela su nombre:*
*¡Quién un secreto profana!»*

# EL PROGRESO Y LA RELIGIÓN

La férrea conductora
Su grito da estridente...
Ya rueda atronadora:
Parece que, impaciente,
Con noble afán palpita;
Y genio que elocuente
De pueblo en pueblo excita
Benéfico al trabajo
El hombre en ella ve.

De iglesia, al par, cercana
Pausado llena el viento
El són de la campana:
Parece dulce acento
Que á orar al pueblo invita;
Que dar al sentimiento
Más vida solicita,
El fuego reanimando,
Sagrado, de la fe.

La máquina, al progreso
Altiva representa:
El sacro bronce, impreso,
Sublime, el sello ostenta
De excelsas tradiciones:
¡Dichosas las naciones
Do asiento hallan los dos!

Que el áspero silbido
Que el ancho espacio atruena,
Y el místico tañido,
Que, al par, el viento llena,
Son dignas bendiciones,
Son dulces oraciones
Que el mundo eleva á Dios.

EN EL ÁLBUM DE MI QUERIDA AMIGA

LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

# D.ª LUISA GOLMANN DE FASTENRATH

Eres bella, Luisa,
Cual flor galana
Que perfuma la selva
Con su fragancia.
Y tu alma es pura,
Como en lago tranquilo
Rayo de luna.

Blanca es tu tez, cual nieve
De tus montañas,
Y tu talle el reflejo
De airosa palma.
Tus ojos bellos
Son, como el mar, azules,
Copia del cielo.

Es, en fin, tu hermosura

Como la estrella
Precursora del alba
De Abril serena.
Mas tus virtudes
La engrandecen, y brilla
Cual sol sin nubes.

Por eso de tu esposo,
Mi cara amiga,
Eres el dulce encanto,
La paz, la vida.
Sin tí ¿qué fueran
Las gratas ilusiones
Que ansió el poeta?

Cuando se vió en el mundo
Huérfano y solo,
Cercado de tinieblas,
Pisando abrojos,
En sus pesares
¿Quién le diera consuelo?
Tan sólo un ángel.

Él soñó con un hada
Pura y aérea,
No la del Loreley,
Falsa y siniestra.
Que era su ninfa,
Cual las ninfas del Betis,
Tierna y sencilla.

Tú en realidad trocaste
Su dulce sueño,
Y rindió á tu albedrío
Su ardiente pecho.

Fueron entonces
Más grandes del poeta
Las creaciones.

¡Que corra vuestra vida
En paz dichosa,
Cual apacible ensueño
De amor y gloria!
Tal os desea
La que ya del sepulcro
Llega á la puerta.

# Á D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

DESPUÉS DE LEER SUS ADMIRABLES OBRAS DRAMÁTICAS

GENIO, ¿lanzaste un gemido
Al decir con vivo ardor:
*Es el delito mayor*
*Del hombre el haber nacido?*
¿Fué tu corazón herido
Por ocultas ansiedades?
¿Supiste, en duras verdades
Ó en venturas transitorias,
Cuánto tienen de irrisorias
Las humanas vanidades?

Cual de haber nacido en pena,
El hombre, mísero reo,
De su insaciable deseo
Debe arrastrar la cadena.
Tu alma logró, de ansias llena,
Sondar su anhelo profundo,
Y, haciendo saber al mundo
Tus seguras convicciones,

Entre tus altas creaciones
Grande se alzó *Segismundo*.

Quizás ante el duro ceño
De la realidad gemiste,
Y dar consuelos quisiste
Al gritar: «¡La vida es sueño!»
Mas con generoso empeño,
Alta lección dando en breve,
Proscribiste el odio aleve,
Mostrando, noble en tu idea,
Que el hombre, aunque en sueño sea,
Domar sus pasiones debe.

Las flores cien que á tu paso
Diste á la nación Ibera,
Brillan del arte en la esfera
Cual luceros sin ocaso:
Tu vida sueño fué acaso;
Mas veló tu sentimiento,
Y, de contemplar sediento
Del universo las galas,
Dormido logró sus alas
Desplegar tu pensamiento.

¡Misión alta y bienhechora
La del que soñando vive,
Y en su espíritu recibe
De Dios la chispa creadora!
Impalpable á toda hora
Surgió un pueblo á tu presencia;
Y cada sér que existencia
Por tí halló en vivaz destello,
Impreso mostraba el sello
De tu clara inteligencia.

La altiva dama española,
El cumplido caballero,
El que, benigno ó austero,
En la virtud se acrisola:
Los que la clara aureola
De la piedad conquistaron,
Los que víctimas lloraron
De funestas liviandades;
Ya en dichas, ya en ansiedades,
En tí su intérprete hallaron.

Quizás con muda tristeza
Errores cien comprendías,
Y callado sonreías
Ante la humana flaqueza.
Del montañés la rudeza
Al pintar y la jactancia,
Denuesto fué á la arrogancia
Del que, noble por su cuna,
La vanidad ciego aduna
Con la estólida ignorancia.

Tú encarnaste en el villano
Que timbres dió á Zalamea
El pundonor que campea
En el corazón hispano.
Al suyo, poder tirano
Tenaz se opuso: los dos
Lucharon... Triunfante en pos
Su honor elevóse en palma;
*Que patrimonio es del alma,*
*Y el alma sólo es de Dios.*

Vate, para tí ya es templo
La nación que halló en herencia

Alta lección con tu ciencia,
Con tus virtudes ejemplo.
Los dignos lauros contemplo
De tan cumplida victoria,
Y enlazaré en mi memoria
Con el tuyo nombre amigo...
Cervantes brilla contigo,
Gozando al par de tu gloria.

Astros son que en las alturas
Del cielo del arte lanzan
Rayos de lumbre, que alcanzan
Á las edades futuras.
Alivien tus desventuras,
Patria, sus obras gigantes,
Y de pueblos que arrogantes
De hijos preclaros blasonan,
Triunfa... Los nombres te abonan
De Calderón y Cervantes.

# LA VILLA DE DOS-HERMANAS
## Á S. M. EL REY

LLEGAD, llegad, Señor. Los que afanosos,
Al contemplaros, vuestro nombre aclaman,
Son los hijos honrados de este pueblo,
Que noble deuda, venturosos, pagan.

Ellos, que sólo en el trabajo fundan
El bien de su familia y su esperanza,
Mirar temieron por infausta guerra
Su laboriosa juventud diezmada.

Mas tornasteis: por vos la paz bendita
Logró ahuyentar los males de la patria,
Y lloraron de júbilo las madres,
Y vuestro nombre se grabó en las almas.

Ahora su viva gratitud os muestran:
Si cultas frases en sus labios faltan,
Sabed que levantados sentimientos
En sus sencillos corazones guardan.

Ellos, que con sudor los campos riegan,
Comprendiendo que son ante el Monarca
Iguales los magnates opulentos
Á los que nunca la fortuna halaga;

Hora, con noble orgullo al saludaros,
Ostentan en sus frentes calcinadas
El sello honroso que el trabajo imprime,
Que es del bueno, Señor, la mejor gala.

Sus votos acoged: que al aclamaros
Anhelantes repiten con el alma:
«¡Gloria al padre del pueblo! ¡Viva Alfonso!
¡Viva el augusto protector de España!»

Á LA MEMORIA DE LA INSPIRADA POETISA

# PURIFICACIÓN PALLÁ

DICEN que en tus canciones, dulce Pura,
Dejó tu alma inextinguibles huellas,
Y que por eso de genial ternura
El mágico poder álzase en ellas.

Ecos son de elevado sentimiento,
Realzados por acordes armonías,
Y eternos han de ser, que les da aliento
Tu corazón, que aun vive en tus poesías.

Cantos alzar á la virtud severa,
Y practicarla con amor profundo,
Es el cabal modelo que debiera
En sus poetisas anhelar el mundo.

Que enaltecer el bien con entusiasmo
Y á sus propias doctrinas ser traidora,
Es de la ilustración torpe sarcasmo,
Que humilla á nuestro sexo y lo desdora.

Mas, cual inquieta el alma lo desea,
Jóvenes dignas sin cesar contemplo,
Que unen á la enseñanza de la idea
La lección poderosa del ejemplo.

Tú así fuiste. Las tiernas alabanzas,
Los ayes de dolor á tu memoria
Que hoy del amor y la amistad alcanzas,
Harto revelan tu sencilla historia.

Yo, al saber que esas flores que brotaron
Cual gala de tu ingenio, dulce Pura,
Más que en el arte en tu bondad hallaron
Aromas, y colores y frescura;

Aunque el bien no sentí de conocerte,
Como á benigna hermana te saludo,
Y lloro al ver que, pérfida, la muerte
Truncar tan pronto tu existencia pudo.

¡Plegue al Señor que distinguido asiento
Alcances entre ilustres españolas,
Tú, que adunaste al lauro del talento
De la santa virtud las aureolas!

# Á MI MADRE

## RECUERDO EN LOS PRIMEROS DÍAS DE INVIERNO

ADÓNDE estás ¡oh madre!
Mi dicha, mi consuelo;
Adónde estás, que en vano
Te busco delirante y sin sosiego?
La grata Primavera
Pasó con raudo vuelo;
Fugaz pasó el Estío;
Que llega y huye sin descanso el tiempo.
¿Y ausente de tu vista
¡Ay! dejas que gimiendo
Mis horas se deslicen?
¿Y á mi lado propicia no te veo?
Anhelante mis ojos
Para buscarte vuelvo,
Y ¡ay! «¡sola, sola!» grito:
«¡Sola!» responde dolorido el eco.
¡Madre! ¡madre!... no existe.
Los plácidos momentos
Que á su lado pasara

¡Ya para siempre, por mi mal, huyeron!
  Ya nunca he de estrecharla
Contra mi amante pecho,
Ni sonará en mi oído
El eco dulce de su dulce acento.
  En las adversas horas,
¿Dónde hallaré consuelo?
¿Quién secará mi llanto?
¿Quién calmará mi angustia y mi tormento?
  ¡Ay! quién como una madre,
Con amoroso anhelo,
Escucha nuestras quejas
Y endulza el cáliz del dolor acerbo!
  ¡Ay! quién como una madre...
Y ella, que era modelo
De virtudes, ¿perdida
Ya para siempre, por mi mal, la veo?
  ¡Para siempre!.. Dios mío,
Piedad, piedad; no puedo
Hallar, ni aun en tus leyes,
Resignación en mi pesar horrendo.
  En vano, en vano pido
Que raudo pase el tiempo;
El tiempo ¡ay Dios! no cura
La fiera herida que en el alma siento.
  Yo ví llegar los días
Floridos y risueños
De la estación más grata
En pos del rudo y nebuloso Invierno:
  Yo he visto el cano Estío
Pasar con presto vuelo,
Y ya las pardas nubes,
Misera, torno á contemplar de nuevo.
  ¡Ay! que ni un solo instante
De paz halló mi pecho,

Ni en mi terrible pena
Pude encontrar un hora de sosiego.
  Fijo por siempre en ella
Está mi pensamiento,
Y sin cesar la nombro,
Y sin cesar la miro en mis recuerdos.
  De la verdad horrible
Dudar á veces quiero,
Y, buscándola inquieta,
Trémula en torno las miradas tiendo.
  Y la llamo anhelante,
Y con afán la espero,
Mas, desolada, en breve
Á suspirar sin esperanzas vuelvo.
  Cuando la oscura noche
Tiende su opaco velo,
Y en mis ardientes ojos
Un instante derrama su beleño;
  Entonces, venturosa,
Á mi lado la veo,
Y sus divinos ojos
Y su sonrisa celestial contemplo.
  ¡Oh! cuántas veces, cuántas,
Oigo su dulce acento,
Y cuántas imagino
Que entre mis brazos con amor la estrecho!
  Si tanto bien dormida
Gozar, dichosa, puedo,
¡Oh! pase mi existencia,
Pase en la sombra de profundo sueño;
  Que al despertar acrece
Mi horrible desconsuelo,
Y torno á mis gemidos,
Que eterno es mi dolor y mi tormento.
  ¡Oh! tú, que de la diestra

Del Hacedor Supremo
Alcanzas, madre mía,
De tu virtud el merecido premio;
  Escucha las plegarias
Que hasta su trono elevo,
Y propicia intercede
Para que acoja mi ferviente ruego.
  No dichas de este mundo,
Fugaces como el viento,
Le pido si á sus plantas,
En alas de la fe, doliente llego:
  ¡Ah! nó, que en esta vida
Tu voz era mi aliento;
Por tí todo lo amaba,
Todo sin tí lo olvido y lo desprecio.
  Tornar pronto á tu lado
Es hora mi deseo:
Es la sola esperanza
Que en mi anhelante corazón albergo.
  Llegue, rápido llegue
El ansiado momento
En que el término mire
De esta existencia, que sin tí detesto.
  Libre, libre mi alma
Huya de su destierro...
Vén, llévame contigo;
¡Madre del corazón, llévame al Cielo!

# EN LA VUELTA
## DE LOS INTRÉPIDOS MARINOS ESPAÑOLES
### VENCEDORES EN EL CALLAO

En vano, España, con traición odiosa,
Ingratos pueblos contra tí se alzaron,
Y cien negras calumnias fulminaron
Para eclipsar tu fama luminosa.

En vano: con su sangre generosa
Tus nobles héroes el borrón lavaron,
É indomables, intrépidos lucharon,
Tu enseña tremolando victoriosa.

¡Honor á los ilustres vencedores!
Con gratitud profunda, su carrera
El pueblo alfombra de esmaltadas flores.

Bendiciones reciben por doquiera,
Y sus nombres aclama, entre loores,
Con noble orgullo la nación entera.

# Á MI QUERIDA SOBRINA E. V. DE M.

Se elevó tu inteligencia
Desde su primer destello,
Ostentando el claro sello
De su origen celestial;
Y fué cual preciada esencia
Guardada en vaso de oro,
Que brilló, rica en decoro,
Tu belleza angelical.

Tu pensamiento se abría
Á nobles aspiraciones;
La ilustración altos dones
Brindó á tu solicitud;
Y el genio de la armonía,
Presentándote sus galas,
Prestó sus doradas alas
Á tu ardiente juventud.

Él, espléndido camino
Mostró risueño á tu vista;
Á tu corazón de artista
Profundo anhelo inspiró.
Y ese poder que, divino,
El alma eleva y conmueve,
Grande admiradora en breve,
Y alumna fiel en tí halló.

Nó: los maestros sublimes
Que asombro del mundo fueron,
Nunca á sus notas pudieron
Más digna intérprete hallar:
Que tú en sus obras imprimes
Nuevo timbre de grandeza,
Y puedes á su belleza
Hechizo nuevo adunar.

Presto tu hogar, donde acaso
Desterrada te juzgaste,
Trocar por otro anhelaste
Donde aplaudida lucir;
Y Mantua, abriendo á tu paso
Cien magníficos salones,
Las más justas ovaciones
Pudo á tus plantas rendir.

Mas hay un rasgo en tu historia,
Por tí ya dado al olvido,
Que en la memoria esculpido
Guardo con viva emoción:
Rasgo digno de alta gloria,
Que ha de ser, aunque lo ignores,
De tus coronas mejores
El más preciado florón.

Yo adiviné, al escucharte
Por vez primera, el secreto
Que ahora mi labio indiscreto
Ambiciona publicar:
Sacerdotisa del arte,
Con generosa impaciencia
Anhelabas la existencia
En sus aras consagrar.

Alma grande y soñadora,
No bastaba que tu mano,
Cual la de un hada, al piano
Prestase vida y pasión:
De inteligencia creadora
Te animaba el sacro fuego;
Arrebató tu sosiego
La más alta emulación.

Inspirada comprendiste
Del arte el rico tesoro;
Tu voz de timbre sonoro
Nuevo encanto logró hallar:
Los misterios sorprendiste
De celestial melodía
Que al genio sirven de guía,
Numen brindándole al par.

De afortunadas rivales
Triunfar en noble contienda;
Del estudio por la senda
Firme la ruta emprender;
Dejar obras inmortales
Como huellas de tu paso,
Para que sol sin ocaso
Lograra tu nombre ser:

Tal de tu espíritu inquieto
El grato sueño de gloria;
Empero fué la victoria
De más subido esplendor:
Comprendiste que en secreto
Tus nobles padres gemían,
Que ante tu anhelo sufrían
Amarga pena y temor.

Y benigna renunciando
Á los triunfos que soñaste,
De tu amor propio triunfaste,
La paz volviendo á tu hogar.
El Ángel Custodio, alzando
Lleno de júbilo el vuelo,
Debió, ya lejos del suelo,
Apacible murmurar:

«Con la razón por egida,
Cual digna dama española,
Ella ante el deber inmola
Su más risueña ilusión.
»Cariñosa dió acogida
Á la voz del sentimiento,
Que si es grande su talento
Lo es aun más su corazón.»

Tal diría. Ya hoy alcanza
Tu bondad la recompensa:
Tu mansión de dicha inmensa
Colmada por Dios está.
Te sonríe la esperanza,
Y es tu vida, de amor llena,
Fuente que, al correr serena,
Retratando el cielo va.

No es, empero, tu destino
Velar para siempre al mundo
El genio que sin segundo
Logra tu pecho sentir:
Que no del arte divino
Tu abnegación fué en ultraje;
Aun puedes digno homenaje
Ante sus aras rendir.

En deudos y amigos fieles
Benigno auditorio miras;
Alta admiración le inspiras;
Sincero su elogio es.
¿Qué te importan los laureles,
Envidia del vulgo y pasmo,
Que universal entusiasmo
Rendir pudiera á tus pies?

Al lisonjero murmullo
De aplausos atronadores
Brinda el mundo cuantas flores
Puede el artista anhelar:
Mas aunque el humano orgullo
Ellas tal vez satisfacen,
Son más puras las que nacen
Á la sombra del hogar.

El hogar es templo, Emilia,
Donde, en apacible calma,
Digno culto puede el alma
Rendir al más santo amor:
Al amor de la familia,
Que inmortal nos ennoblece,
Y nuestra ventura acrece
Y amengua nuestro dolor.

Tú lo sabes: hija tierna,
Dulce madre, casta esposa;
¿Hay alguna que dichosa
Más que tú lograra ser?
¡Gloria!... La tuya es eterna:
Que, en tu nombre siempre fijos,
Aun los hijos de tus hijos
Aplausos te han de ofrecer.

Fuente que bulle entre flores
No aspire á soberbio río,
Que del audaz poderío
Van las desdichas en pos.
Espíritus soñadores,
Buscad, de ambición ajenos,
El elogio de los buenos,
Las bendiciones de Dios.

EN LA MUERTE DEL JOVEN POETA

# DON JESÚS RODRÍGUEZ CAO

En vano los años huyen,
En vano los siglos pasan;
Para el genio no hay edades,
Joven siempre se levanta:
Que si tributo á la tierra
Su sér deleznable paga,
Jamás sus creaciones mueren,
Y alienta en ellas su alma.
Honra y prez al que en sus obras
Lega un tesoro á su patria,
Y vencedor del olvido
Ante los siglos se alza...
Tales eran, tierno joven,
Los sueños que te arrullaban.
¡Oh! ¿por qué al Cielo no plugo
Que en realidad se trocaran?
El esplendor de tu genio

Admiró gozosa España;
De tu genio, que debía
Con nuevos timbres honrarla.
Á tu aparición las letras
Aplaudieron entusiastas,
En tí pasadas victorias
Soñando ver renovadas:
Mas, iracunda, la muerte
Borró su dulce esperanza,
Tan grata aurora quedando
En noche oscura trocada.
¿Qué importa que tus creaciones,
Que la ilustración ensalza,
Futuros, grandiosos triunfos
Infalibles anunciaran;
Si antes que del puro sueño
Despertases de la infancia,
De tu poderoso numen
Se extinguió la pura llama?
Tal, si en sus años primeros,
Al golpe de audaz guadaña,
Truncada la frente dobla
Tierna floreciente palma,
Ella, reina de los valles,
Que extender debió sus ramas,
Gigante como los cedros,
Como los sauces gallarda,
Al sucumbir confundida
Entre el vulgo de las plantas,
Humilde, cual pobre arbusto,
Queda en el polvo olvidada.
No es esa, empero, tu suerte;
Que misteriosa guirnalda
La amistad y el entusiasmo
Para tus sienes deparan:

Y si el encumbrado puesto
Que en el templo de la Fama
Ocupar debió tu nombre,
Hoy por desdicha no alcanzas,
Ante el debido homenaje
Que te rinden nobles almas,
Podrán los siglos futuros
Repetir en tu alabanza:
«Fué claro sol, que en su oriente
Días de gloria anunciaba:
Presto murió; mas su nombre
Eterno vive en España.»

## Á LA BELLA NIÑA BLANCA DE LOS RÍOS

EN SU PRIMERA COMUNIÓN

EL día que tanto ansiabas
La clara aurora lució:
¡Cuán dichoso, niña mía,
Palpitó tu corazón!
Habló el Ángel de la Guarda,
Tu tierna madre lo oyó;
Eco fué su voz suave
De su acento bienhechor.
Palabras sentidas fueron,
Que el Cielo mismo inspiró,
Dulces cual el aura leve
Que vaga de flor en flor.
¿Cómo podrá, Blanca hermosa,
Repetir mi humilde voz
La benéfica doctrina
Que de su labio brotó?
Tú lo sabes, y ante el ara,
Con religioso fervor,

Tu espíritu conmovido
Así de nuevo escuchó:

«De albo lino ceñida
Llega y ornada de galanas flores,
Que á su mesa piadoso te convida
El sacrosanto Amor de los amores.
»Llega al templo, y, postrada,
Contempla humilde, en éxtasis profundo,
Que tu sencillo corazón morada
Pronto será del Redentor del mundo.
»¡Oh! que en él no se vea
De la culpa fatal ni aun sombra leve,
Y albergue digno, por tu dicha, sea
Del Huésped celestial que honrarlo debe.
»Con misterioso encanto,
Respondiendo al afán de tu alma pura,
La augusta Religión te dé su manto,
La castidad su nívea vestidura.
»Resplandecientes galas
La Fe conceda á tu amoroso ruego;
La Esperanza inmortal te dé sus alas,
La Caridad su corazón de fuego.
»Digna así del Tesoro
Que has de alcanzar en tan solemne día,
Á tu lado los Ángeles en coro
Prorumpirán en himnos de alegría.

»¡Oh Blanca, Blanca mía!
Dichoso en tal instante,
Tu espíritu anhelante
Repita con fervor:
»=Perdona mis pecados,
Mansísimo Cordero;
Te adoro y en tí espero,

Sagrado Redentor.

»Á Tí, mi Dios, acudo:
Soy polvo y vil escoria.
Tú gloria de la gloria;
¿Llegar puedo hasta Tí?
»Mas ¡ah! que á tu infinita
Y suma omnipotencia
Iguala tu clemencia,
Y bajas hasta mí.

»Desciendes á mi alma,
Y no juez rigoroso,
Cual padre cariñoso
La alientas con tu amor;
»Desciendes, é infalible
Eterno bien le ofreces.
¡Bendito una y mil veces
Mi dulce Redentor!=

»De tan feliz momento
En tí viva perenne la memoria:
Contra el genio del mal será tu aliento,
Y presagio seguro de victoria.
»Y ahora que ya sacudes
El blando sueño de la infancia pura,
Y entre vagos deseos é inquietudes
La vista tiendes á la edad futura;
»Escudo á tu inocencia
Busca en la religión de tus mayores:
Ella el astro será de tu existencia;
Ella tu senda cubrirá de flores.
»De flores que, lozanas,
Crecen bajo la sombra de su velo,
Y, adorno celestial de almas cristianas,

Ventura son y admiración del suelo.
»Blando aroma suave
Da la Humildad, que, llena de dulzura,
Ajenas faltas dispensando, sabe
Sembrar cariño y recoger ternura;
»La Caridad, que tiende
Su mano generosa á la indigencia,
Y al calumniado mísero defiende,
Proscribiendo la audaz maledicencia;
»El Pudor, que enmudece
De las lisonjas al falaz murmullo;
La Modestia, que el humo desvanece
Del amor propio y del funesto orgullo;
»La Verdad bienhechora,
La Dignidad, la Abnegación sublime,
El puro Amor, que dichas atesora
Y á la afligida humanidad redime.
»¡Santas flores del Cielo!
Búscalas con afán, niña querida,
Que aromas dan de plácido consuelo
En las adversidades de la vida:
»Y al finar tu existencia,
Á su influjo benéfico tu alma,
Sin sombras ni ansiedad en la conciencia,
Alcanzará la merecida palma.»

Eco del Ángel Custodio,
Tu tierna madre así habló,
Con palabras que inundaron
De dicha tu corazón.
Con su ejemplo te señala,
Á la vez que con su voz,
La senda que al bien conduce,
La senda que eleva á Dios.
Dichosa llamarte puedes;

Que al influjo bienhechor
De la paz de la conciencia
Latirá tu corazón:
  Paz sublime, que de flores
Siempre el alma coronó,
Y bendiciones atrae
Del Soberano Hacedor.

# Á MURILLO

DIGNA ofrenda de amor Híspalis alza,
Eterno monumento á tu memoria;
Tu genio insigne orgullecida ensalza,
Y el esplendor bendice de tu gloria.

Y hoy que entre aplausos tu recuerdo inspira
Nuevo entusiasmo al corazón del hombre,
¿Cómo podrán las cuerdas de mi lira,
¡Oh gran Murillo! repetir tu nombre?

¿Cómo pudiera mi insonoro acento
Á tí digno llegar, tú que elevaste
Hasta el trono de Dios el pensamiento,
Y siempre en él inspiración hallaste?

Yo escuché tu alabanza desde el hora
Que á la razón mi espíritu se abriera;
Que eres astro inmortal, encantadora
Luz derramando en la española esfera.

Y eco de los aplausos que rendía
Á tu memoria el hispalense suelo,
Mi corazón amante bendecía
Cien y cien veces al pintor del Cielo.

Mas si contemplo en mi entusiasmo ardiente
De tus obras divinas el tesoro,
Nada puedo decir, doblo la frente,
Y tus creaciones en silencio adoro.

¡Oh! no importa, en verdad, si ajena al arte
Que enalteció tu genio soberano,
Oso llegar á tí; para admirarte
Basta el alma ferviente del cristiano.

Que no el fresco y brillante colorido
Que sin rivales á tus lienzos diste,
Cuando en alas del genio conducido
Á la misma natura engrandeciste;

Ni tus tintas de célica dulzura
Avalorarte pueden á mi vista;
¡Ah! para comprender esa hermosura
La ilustración me falta del artista.

Mas puedo adivinar el numen santo
Que tu anhelante corazón sentía,
Y tus pinceles, con supremo encanto,
Sublime y misterioso dirigía.

Yo adivino la fe que te enardece:
Ella creó la imagen adorada
De la Madre Dios, cuando aparece
Al mundo descendiendo inmaculada.

Sí, que nunca pintar libre tu mano
Tal vez pudiera sin tu fe profunda
La paz de su semblante soberano,
La etérea majestad que la circunda.

Y, obedeciendo al fuego de tu mente,
Grabaste el sello del amor divino,
Ya de Tomás en la tranquila frente,
Ya en el rostro inspirado de Agustino.

Y adivinaste el hondo sentimiento
Que de Francisco el corazón llagaba,
Cuando á Jesús exánime y sangriento
En afrentoso leño contemplaba.

Piedad y gratitud la faz revela
Del santo Redentor: el brazo extiende,
Y en el suplicio de la Cruz consuela
Al siervo fiel, que su dolor comprende.

Sólo, artista, la fe pudo inspirarte
Tan nobles pensamientos: sólo ella
La celestial pureza pudo darte
Que en tus creaciones místicas destella.

¡Oh! si alcanzando eternas ovaciones,
Lograste, osado, revelar al mundo,
Ya de Félix las célicas visiones,
Ora de Antonio el éxtasis profundo;

Es que, cual ellos, en tu afán sentías
De fe cristiana el misterioso fuego,
Y hasta tus manos descender veías
Al Niño-Dios á tu amoroso ruego.

Y es que la Reina de la excelsa altura,
Brindando á tu piedad la justa palma,
En su trono de nubes, bella y pura,
Desde los Cielos se mostró á tu alma.

Sí; que esa luz divina, transparente,
No al mundo venturoso presentaras,
Si en los santos delirios de tu mente
Antes enajenado no admiraras.

Las extrañas naciones en buen hora
Sus artistas ilustres enaltezcan,
Y, entre aplausos sin fin, deslumbradora
Corona las edades les ofrezcan.

De ellos al par tu nombre esclarecido
¡Oh gran Murillo! aparecer contemplo,
Y entre todos lugar enaltecido
Siempre la Fama te dará en su templo.

Y allí, bajo sus mágicos doseles,
En tu frente mostrar puedes, ufano,
Del genio del artista los laureles,
La sagrada diadema del cristiano.

¡Oh! tú que habitas la eternal morada
Que adivinó tu pensamiento un día,
Torna, pintor del Cielo, tu mirada
Á la perla oriental de Andalucía.

Acepta el homenaje que te ofrece
Monumentos alzando á tu memoria,
Nuevo timbre y blasón con que ennoblece
Las páginas brillantes de su historia.

Á S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA

## DOÑA MERCEDES DE ORLEÁNS Y BORBÓN

EN SUS FELICES BODAS

DESCOLLAR Sevilla un día
Vió entre mirtos y laureles
Nueva flor, que ser debía
De sus valles alegría
Y encanto de sus verjeles.

Flor de espléndida hermosura
Y de celestial esencia;
Azucena blanca y pura,
Grato emblema de ternura
Y símbolo de inocencia.

Rica en modestia y decoro,
Apacible mostró en breve
Que no la ofusca el tesoro
De sus pétalos de nieve
Y su corona de oro.

Sus hechizos alcanzaron
Los más sentidos loores;
Cuantos su gala admiraron,
Con vivo amor la aclamaron
Dulce reina de las flores.

Al ver la Ciudad la alteza
Con que su seno engalana
Flor de tan grata pureza,
Como nuevo timbre, ufana,
La miró de su grandeza.

Y si con mudo desvelo
Suspira, al saber que en breve
La que embalsama su suelo,
Bajo más dichoso cielo
Desplegar sus gracias debe;

Contemplando al par que, bella
Entre bellas escogida,
Es de amor fúlgida estrella,
Y que paz, consuelo y vida
Cifra la Nación en ella;

«Egregia Infanta,—murmura,—
Que entre mirtos y laureles
Nunciando paz y ventura,
Cual flor misteriosa y pura,
Descollaste en mis verjeles;

»Camina al puesto encumbrado
Do el pueblo anhela aclamarte,
Y de próspero reinado
Con Alfonso el *Deseado*
Los nobles triunfos comparte.

»Él, que acudió á los dolores
De esta infortunada tierra
Con impulsos bienhechores,
Fin poniendo á los horrores
De la fratricida guerra;

»Él, que el valor castellano
De nuevo anhelante aviva,
Hasta conseguir, ufano,
Que de paz la ansiada oliva
Brote en el suelo cubano;

»Que al ver su patria á la altura
De otras ilustres naciones,
En ella á unir se apresura
Con la moderna cultura
Venerandas tradiciones;

»Y español fiel, acatando
De su patria la creencia,
Vive adunar anhelando
Del sabio Alfonso á la ciencia
La piedad de San Fernando;

»¿Qué compañera alcanzara
Hallar de su amor más digna,
Que en su senda lo alentara
Y por la dicha, benigna,
Del pueblo español velara?

»¿Quién como la que en su suelo
Nuevos timbres eslabona,
Siendo, por bondad del Cielo,
De egregias damas corona
Y de princesas modelo?

»En lozana primavera,
Ambos ricos de esperanzas
Al emprender su carrera,
Darán paso á nueva era
De glorias y bienandanzas.

»Ellos premian y ennoblecen
Las industrias, que raudales
De prosperidad ofrecen,
Y los fastos nacionales
Honrando, al pobre engrandecen.

»Ciencia, valor y talento
Recibirán nuevo aliento
Del joven Monarca hispano,
Mientras mostrará su mano
Al arte encumbrado asiento.

»Dará amparo al indigente,
Cual digna reina española,
La Princesa que en su frente
De la piedad más ardiente
Ciñe espléndida aureola.

»Llega, flor gallarda y pura,
Llega al solio de Castilla,
Y en él, con grata dulzura,
Un recuerdo de ternura
Consagra á tu fiel Sevilla.

»Yo guardaré en la memoria
Tus virtudes inmortales,
Y los rasgos de tu historia
Páginas serán de gloria,
Que grabaré en mis anales.»

# LA PAZ

No más horrores: el Cielo,
Que á los buenos enaltece,
Patria, tus lauros acrece,
Cual premio digno á tu anhelo:
Ya en tu dilatado suelo
Blanco pabellón ondea;
Por él se extingue la tea
Que, audaz, la discordia enciende;
Nueva aurora á tí desciende:
¡Es la paz! ¡Bendita sea!

¡Es la paz! Á sus fulgores
El pueblo en el bien se inspira,
Acallando al par su ira
Vencidos y vencedores.
Nunca sangrientos rencores
Albergan pechos hispanos...
Ved: ya se estrechan las manos
Los que fueron enemigos:

¡Si todos eran amigos!
¡Si todos eran hermanos!

No más los campos atruene
Del cañón el són horrendo,
Ni de la guerra el estruendo
De terror las almas llene.
Reinan del Calpe al Pirene
Entusiastas regocijos:
No más, en el Norte fijos
Los ojos, ayes lancéis;
Alentad, madres, que veis
En salvo ya á vuestros hijos.

De júbilo el pecho lleno,
Abrid, abrid vuestros brazos,
Y con tan amantes lazos
Unidlos á vuestro seno.
¡Gloria á Dios! Ya para el bueno
Alba más pura destella;
Honrado el trabajo en ella
Brindará copioso fruto,
Borrando de sangre y luto,
En nuestra patria, la huella.

¿Veis? De funestas pasiones
Apagando el ciego encono,
Únense en redor del Trono
Las más opuestas fracciones:
En justas aclamaciones
Responden á noble idea:
¡Alfonso!... En ruda pelea
Él dió á su patria victoria:
Él le ofrece con su gloria
Paz y amor... ¡Bendito sea!

# EL DÍA LLUVIOSO

Ya la gentil y hermosa Primavera
Su bello manto de esmaltadas flores
Apacible tendió por la pradera:
Ya gratos, del Estío anunciadores,
Tibios, lentos, y en lánguido desmayo,
Fugaces por las selvas se esparcieron
Los euros leves del lujoso Mayo,
Al par que el astro que con viva lumbre
La abundancia benéfico derrama,
El aire todo, poderoso, inflama
Al elevarse en la zafírea cumbre.
Mas hoy, tristes, en vano
El plácido verjel y el bosque umbrío
Anhelan ostentar sus ricas galas:
En vano, sí, que impío
El Ábrego fatal tendió sus alas;
Por ellas impelidas
Nubes pardas y densas
Vense por los espacios extendidas,
Cual montañas inmensas,

En las rosadas puertas del Oriente
Al elevarse las miró la aurora;
Las vió ceñir su frente,
Cercar su carro, caminar ligeras,
Y, antes que por el cielo
Mostrase el Sol su disco refulgente,
Cubrir la tierra con opaco velo.
¡Cómo el mundo parece
En éxtasis profundo sumergido!
Parado se adormece
El viento que rugía embravecido;
No dan su aroma las pintadas flores,
Ni sus trinos suaves
Alzan risueñas las canoras aves,
Bendiciendo su dicha y sus amores:
Sólo la lluvia leve,
Que tenue se desata
Y el sauce cimbrador lánguida mueve,
Deja escuchar suavísimos murmullos
Entre las hojas que fecunda riega,
Y al par, en blando arrullo,
Arrastra sus cristales por la vega.
¡Oh, cuál se inunda el alma
De oculta y sepulcral melancolía
Ante la muda calma
Que reina en derredor! Mi pensamiento
Velado está como la luz del día;
El són del agua, acompasado y lento,
Parece que mi espíritu embrïaga;
Vago sopor se extiende por mis venas;
De mis ojos la luz triste se apaga;
Moverme puedo apenas;
Y, cediendo al poder que la domina,
Ya cansada, mi frente
En perezosa languidez se inclina.

# EN LA MUERTE DE MI MADRE

## PLEGARIA

OLVIDANDO un momento
Las penas que me oprimen,
Quiero á Dios elevarme,
Y amante bendecirle.
  Señor, Tú eres tan sólo
Adonde el bien reside,
La esperanza del pobre,
El consuelo del triste.
  Tiende tu diestra mano
Á la orfandad que gime,
Si con ojos llorosos
Misericordia pide.
  Sosiégate, alma mía:
¡Oh! nunca te intimiden
Las penas con que el mundo
Furioso nos aflige.
  Alza libre tu vuelo,
Deja este mundo triste,
Y sube á la morada

De excelsos querubines.
  Llega, alma mía, llega;
No de temor suspires,
Que allí hallarás consuelo
Si férvida lo pides.
  ¡Ah! sí, que de la mano
Del que los astros rige
No alcanza el poderoso
Lo que alcanza el humilde.
  Señor omnipotente,
Autor de cuanto existe,
Tú, que acoges los votos
Que el alma te dirige;
  Tú, que tiendes la mano
Al que doliente gime,
Y das dulce consuelo
Al corazón del triste;
  ¡Ay! haz que mi existencia
Tranquila se deslice,
Y huya el tropel de penas
Que, fieras, me persiguen:
  Mas si es voluntad tuya
Que pesares horribles
Hasta el postrer momento
En pos de mí caminen;
  Santo Hacedor, mi alma
Tu voluntad bendice,
Sufriendo hasta la muerte
Resignada y humilde.

## EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

ERIGIDO EN HONRA DE

# FRAY LUIS DE LEÓN

HONOR al genio! Con poder fecundo,
Digna imagen de Dios, álzase y crea:
Astro es que ofrece su esplendor al mundo,
Y del tiempo inmortal se enseñorea.

En vano el odio y la funesta envidia
Anhelan detener su raudo vuelo;
Triunfan sus obras de la audaz perfidia,
Que son grandiosa emanación del Cielo.

Triunfan, y, antorchas de la edad futura,
Entre aplausos sin fin eternas viven,
Mientras el odio ciego y la impostura
Desprecio universal sólo reciben.

Álzanse tus creaciones inmortales
Como faros del bien, León divino:
¿Qué importan ya las sombras infernales
Que lanzó la calumnia en tu camino?

¿Qué importa al Sol que puedan un momento
Eclipsarlo maléficos vapores,
Si á la más leve ondulación del viento
Torna á mostrar sus vivos resplandores?

De la verdad el aura bienhechora
Las nubes disipó que le cercaron;
Gimió vencida la maldad traidora;
Contigo el genio y la virtud triunfaron.

Viva piedad tu poderoso acento
Aun en las almas, bienhechor, inspira;
Aun elévase á Dios el pensamiento
Al blando són de tu vibrante lira.

Tú haces odiar las vanas ambiciones;
Lejos, por tí, del *mundanal rüido,*
Escuchan los sencillos corazones
El *canto de las aves no aprendido.*

Con supremo poder tú la esperanza
De los cristianos, fervoroso, alientas,
Y la mansión de paz y bienandanza
Á sus ojos atónitos presentas.

Pruebas hoy da de gratitud profunda
Tu patria, que de tí se enorgullece;
Mas no por vez primera te circunda
La mágica aureola que te ofrece.

Que si en honra hasta aquí de tu talento
Ni mármoles ni bronces se aprestaron,
En cada corazón un monumento
El entusiasmo y la piedad te alzaron.

Por la verdad benéfica guiada,
Cual tributo debido á tu memoria,
Con certero buril, entusiasmada,
Trazó tu imagen la severa historia.

Laureles que los siglos no consumen
Rindió á tus pies la ciencia agradecida;
Te aclamaron las letras, que á tu numen
Eran deudoras de grandeza y vida.

Y con amor, entre recuerdos tantos,
Fueron el pedestal de tu renombre,
La ilustración, al ensalzar tus cantos,
El pueblo todo, al bendecir tu nombre.

Mas nuestra edad anhela que patente
De su entusiasmo el homenaje sea:
Ya al soplo de las artes, elocuente,
Traduce el bronce su fecunda idea.

Ya de tu augusta sombra es digno templo
La ciudad del saber, donde algún día
Con tu docta palabra y con tu ejemplo
Fuiste á la juventud sostén y guía.

El pueblo ante tu imagen soberana
Himnos de amor y gratitud entona...
¡Prez y loor á la nación hispana,
Que al genio y la virtud en tí corona!

## EN LA NUEVA
# APARICIÓN DEL CÓLERA
### 1856

Ya el espectro del Ganges se apresura
Á emponzoñar con infestado aliento
La más grata región de Andalucía:
Ansiedades sembrando y amargura
Aparece, de víctimas sediento,
Y el triunfo, osado, á su soberbia fía.
  Veloz se acerca... En vano
De esquivar su poder tendrá esperanza
La ardiente juventud: su férrea mano
Á su placer las víctimas humilla;
Y cual tigre sangriento que se lanza
Á indefenso redil, así iracundo
Acércase á Sevilla
El invisible asolador del mundo.

  Templado rayo de la blanca aurora,
Luz la más grata que en el seco Estío
De la noble ciudad orna la frente;
¿Qué importa que tu lumbre bienhechora

Bella refleje en el extenso río,
Ciña de grana el luminoso Oriente?
¿Qué importa que suaves
Puedan alzar su canto peregrino
Á tu anhelada aparición las aves,
Y abran su cáliz las fragantes flores,
Si hoy triste el pueblo, por fatal destino,
No admirar puede tan supremo encanto,
Y, entre horribles temores,
Presa suspira de mortal quebranto?

Alborada que pura resplandeces
Y, al ahuyentar el sueño, luz y vida
Brindas y venturosas ilusiones;
¿Será verdad el bien que nos ofreces,
Ó esa tu viva luz apetecida
Nuncio será de amargas aflicciones?
Y tú, brisa ligera,
Que vagas silenciosa y trasparente
Del Betis en la plácida ribera,
Que aun su aroma te dan las verdes galas
Que de Flora respeta el sol ardiente,
Aire apacible de mi patrio suelo,
¿Dejarás que en tus alas
El monstruo asolador tienda su vuelo?

Torva la faz, la vista oscurecida,
Ya entre opacos vapores presto llega;
De sus pasos en pos sigue la muerte;
Gime la multitud estremecida
Y á pavorosa indecisión se entrega,
Que su peligro, con dolor, advierte.
En vano, bienhechora,
Aparece la ciencia, ambicionando
Firme oponerse á la invasión traidora:

Él su marcha homicida seguir debe,
Y ante aquellos que logran, confiando
En docta prescripción, calmar su pena,
Búrlase audaz, y en breve
La despejada atmósfera envenena.

Es seguro su triunfo. Como el rayo,
Veloz avanza; sin piedad apresta
La acerada segur su mano ruda...
Ríndense todos á letal desmayo,
Que ya, por desventura, no les resta
Ni la ciega esperanza de la duda.
Perdida ya la calma,
Surgen, entre recuerdos y temores,
Amargos pensamientos en el alma...
Padres, deudos, objetos adorados,
Dicha en el bien y alivio en los dolores,
¿Quién no se abisma en perdurable duelo
Si os mira amenazados
Por el monstruo que diezma nuestro suelo?

Calma no puede haber cuando palpita
Trémulo el corazón y nos oprime
El peso de crüel melancolía:
Y no hay felicidad cuando se agita
Un pueblo todo y aterrado gime
Bajo la mano que le hiere impía.
No el temor de perderte,
Vida fugaz, mi espíritu amedrenta:
Mas juzgo oir los pasos de la muerte;
Sobre mi patria miro su guadaña,
Que amenazante elévase y sangrienta...
¡Ah! fuése yo tan sólo la escogida,
Y entonces no su saña
Mirara de pavor estremecida.

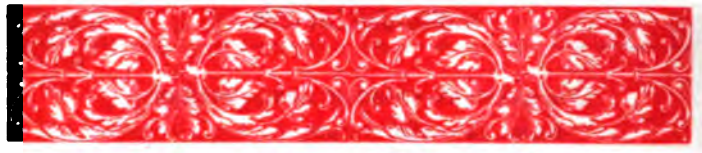
Horas, lúgubres horas de amargura,
¡Con cuánto afán, en mi desvelo, ansío
Que os deslicéis fugaces como el viento!
Empero si la horrible desventura
Extiende su funesto poderío,
Vuestro curso tornar puede más lento.
Yo he visto en otros días
Correr, volar, perderse en el olvido
Mis años de infantiles alegrías:
Hoy, que á sufrir la suerte me condena,
En vano al tiempo silenciosa pido
Que raudo pase y mi aflicción mitigue;
Él desdeña mi ruego,
Y á tardas huellas mesurado sigue.

Benigno Dios, los duelos aminora
De la impaciente multitud que yace
Rendida á perdurable sufrimiento:
Huya, Señor, la peste asoladora;
No con fuerza letal nos amenace
El mortífero soplo de su aliento.
En vano del olvido
El benéfico auxilio demandamos:
El pensamiento aléjase, atraído
Por la plaga funesta y sus horrores;
Enumerar sus víctimas ansiamos;
La enorme cifra nos aterra, y crecen
La angustia y los dolores,
Que con nueva crueldad nos estremecen.

Puro se eleva el luminar del día,
Y sus rayos, que gozo dan al suelo,
No al desmayado corazón alientan:
Que llega en pos la realidad impía,
Y la viudez, y la orfandad y el duelo,

Con toda su verdad se nos presentan.
  Reina la noche oscura,
Y bajo el manto de su opaca sombra
Ya juzgamos gemidos de amargura
Escuchar repetidos por el viento,
Ya el profundo silencio nos asombra...
Á mudo horror el ánimo se entrega;
Y, para más tormento,
Su paz el sueño á nuestros ojos niega.

  Huye, insomnio fatal: bajo tu mano
Más perezoso el tiempo se desliza,
Y más y más nuestra aflicción acrece.
Noche, pasa veloz: el monstruo insano
Que al desdichado pueblo atemoriza
Con doblado poder en tí aparece.
  Cese nuestro martirio,
Blando sopor que silencioso calmas
De nuestra mente el perenal delirio;
Tiende tu velo, y apacible aleja
La funesta inquietud de nuestras almas...
Lo futuro á lucir torne risueño,
Clemente Dios, ó compasivo deja
Que treguas al dolor nos brinde el sueño.



# EN UN ÁLBUM

Es bella: mis ojos un plácido instante
Dichosos miraron su grata hermosura.
¡Es bella! repite mi pecho anhelante;
El Cielo la colme de paz y ventura.
Al alma que es noble jamás la belleza
Que todos aplauden envidia le inspira;
En ella contempla de Dios la grandeza,
Y goza si sabe que el mundo la admira.

Salúdente, hermosa, las auras suaves,
Sus gratos aromas te presten las flores,
Sus cantos sonoros las plácidas aves,
Ensueños dorados los castos amores.
Y dichas y encantos ofrézcate el mundo,
Risueña esperanza por siempre te siga,
Jamás te amenace pesar iracundo,
Y Dios tu existencia, piadoso, bendiga.

# EN LA MUERTE DE LA SEÑORITA

## D.ª A. R. Y G.

No sólo bajo regios artesones
La ilustración y la virtud se anidan;
También, ennobleciendo tiernas almas,
En modestos hogares grandes brillan.

Dilo tú, pura flor, casta paloma,
Que encanto fuiste ayer de tu familia;
¿No es verdad que en tu espíritu elevado
Su llama celestial resplandecía?

Yo no te conocí; mas extasiada
Pude escuchar las alabanzas dignas
Que á tu claro talento y tus virtudes
Aun los extraños con amor rendían.

Yo sé que fuiste de bondad modelo,
Hermana tierna y cariñosa hija;
Que fe cristiana y caridad ardiente
Tu dulce corazón enaltecían.

¡Oh! tan buena, y la muerte la arrebata
En la risueña aurora de su vida,
Cuando admiradas y aplaudidas eran
De su rostro las gracias peregrinas!

¡Tan joven y morir, cuando risueña
La existencia mostrábase á su vista,
Y sus flores más bellas y galanas
Á sus plantas el mundo rendiría!

¡Tan joven y morir!... Mas ¡ah! que en tanto
Alza su faz la Religión divina:
La Religión, que célica esperanza
Aun al pie del sepulcro al alma inspira.

Con elocuente voz decir parece:
«¿Á qué sentir su rápida partida,
Si remontó su vuelo venturosa
Á la mansión de perenales dichas?

»Ángel del mundo fué; ya lo es del Cielo:
Flores allí, que nunca se marchitan,
Guarda el sumo Hacedor omnipotente
Á las que fueron justas en la vida.

»Ella lo fué: no lágrimas, no quejas;
Alabanzas á Dios dad infinitas;
Que su pura inocencia y sus virtudes
Ya la palma alcanzaron merecida.

»Allí goza de eterna bienandanza
Y venturosos la hallarán un día,
Si acatan del Criador las santas leyes,
Los que en su ausencia con dolor suspiran.»

Así la augusta Religión murmura.
Dichoso el corazón donde acogida
Halla su voz, y plácido y tranquilo
Á su profunda inspiración palpita.

Esperanza de Dios, luciente faro
Alzado en las borrascas de la vida;
¿Qué otro consuelo como tú en la tierra
El alma atribulada alcanzaría?

# DESENGAÑO

POR tus gratas epístolas, que encierran
De apacible moral sabias lecciones,
Te amé sin conocerte, y commovida
Siempre, entre aplausos, pronuncié tu nombre.
Mi ardiente corazón te imaginaba
Pura como el aliento de las flores:
Al fin te contemplé... ¿Por qué á mis sueños
¡Oh Dios! la realidad no corresponde?
No en tí buscaba á la aplaudida artista
Que sabe conquistar alto renombre:
Ceñida de más fúlgida aureola
Tu imagen á mi mente presentóse.
Frente hacer resignada al infortunio,
Resistir atrevidas seducciones,
Ejemplo dar al alejado esposo
De fe sin mancha y pensamientos nobles,
Tal juzgué la misión por tí cumplida;
Circundada te ví de resplandores,

Aterrando á la audaz maledicencia,
Conquistando debidas bendiciones...
¡Ídolo celestial que forjó el alma
Y digno culto con su amor rindióle!...
¡Ídolo, al fin, de arcilla deleznable,
Que ya mis manos con despecho rompen!...
¡Adiós! No debo apellidarte amiga:
De mis ojos la venda desprendióse,
Alzóse la verdad amarga y dura,
Y murieron mis gratas ilusiones.

II

¡Oh qué acerba inquietud! Lágrimas mudas
Por mis mejillas en silencio corren;
Fuerte como el amor, la amistad sabe
Esclavizar también los corazones.
¡Súbito arrebatar de tantos años
El profundo cariño!... ¡Qué! ¿de un golpe
El podador más firme, por ventura,
Tronchar consigue gigantesco roble?
Nó; que cien veces descargando el hierro
Sobre el tronco elevado atruena el bosque,
Y sólo su constancia al fin derrumba
La verde copa que hasta el cielo irguióse.
Yo el árbol truncaré de mi cariño;
Veraz el corazón de ello responde:
Mas tiempo, y á la vez constancia, pide
El sacrificio que el deber me impone.
¡Adiós! No debo apellidarte amiga:
El alma que te amó te desconoce,
Aun cuando gima, triste y sin consuelo,
La muerte de sus dulces ilusiones.

III

Otros años vendrán. ¡Oh! plegue al Cielo
Que ornados para tí lleguen de flores,
Y que, siempre propicia, la fortuna
De sus dones magníficos te colme.
Nunca de tí demandaré ya nuevas;
En silencio no más mis oraciones
Se elevarán al Cielo, suplicando
Que á la senda del bien tus pasos torne.
Tus cartas uniré: quizás cien veces
Ellas serán los ecos bienhechores
Que en alas de dulcísimos recuerdos
Vuelvan de nuevo á pronunciar tu nombre:
Empero si por tí me preguntaren,
Murió, diré; mis lágrimas entonces,
Aunque mudas, dirán el sacrificio
Que la sagrada dignidad me impone.
Que ya no debo apellidarte amiga:
¡Adiós! aun cuando el alma lo deplore;
Pesada losa cubrirá por siempre
La tumba de mis dulces ilusiones.

# EL ESCLAVO

## I

Soy vil ludibrio de la gente libre,
Cual débil pluma en hórrido huracán:
Nadie se apiada de mi suerte infausta;
Nadie se apiada de mi triste afán.

¡Qué tranquilo camina el poderoso,
De las glorias del mundo rodeado,
De apacibles lisonjas arrullado,
Ajeno de mi triste padecer!
Libre por donde quiera y venturoso
Camina siempre en actitud ufana:
Su ardiente corazón sólo se afana
En alcanzar riquezas y placer.
Y yo, infelice,
Yo, sin reposo,

¡Ay! busco ansioso
Tranquilidad,
Y no la hallo:
Por donde miro
Tan sólo admiro
Pena, crueldad.
¡Con cuánta envidia miro los placeres
Que goza el poderoso en el festín,
Mientras tristes se arrastran tantos seres
Entre duelos y lágrimas sin fin!

II

Yo, igual al grande que en alzado asiento
Coloca en este mundo la fortuna;
Igual al mismo rey, que aun en la cuna
Su más leve capricho ha de seguir:
Yo, entregado á un eterno sentimiento,
En un mar de tristezas abismado,
Paso mi triste vida condenado
¡Ay! siempre á obedecer, siempre á sufrir.
Doquier en torno
Tristezas veo,
Vano deseo
Siempre hay en mí:
Mas el tirano
Fiero me oprime;
Mi pecho gime,
Y ¡siempre así!
Que los libres, al ver mis grandes penas,
No se conmueven ¡ay! de mí jamás.
Sus horas pasan dulces y serenas,
Y aprietan mis cadenas más y más.

III

Dicen los sabios que en mi triste vida
Se puede hallar también paz y reposo;
Diz que puede el esclavo ser dichoso;
¡Yo dichoso en mi triste situación!
¡Dichoso, y nunca, nunca conmovida
El alma contemplé de mis hermanos!
Siempre juguete soy de los tiranos,
Que jamás consideran mi aflicción.
Ellos son libres,
Y así lo dicen,
Y no maldicen
Mi esclavitud:
Pero yo, esclavo,
Yo la maldigo;
Yo no consigo
Tanta virtud.
Y maldigo mi acerba y triste vida,
Cien veces la maldigo y otras cien:
La muerte, que es de todos tan temida,
Es mi sola esperanza, mi gran bien.

IV

¡Opresión! ¡opresión! ¡oh dura afrenta!
¡Que un hombre eternamente esclavo gima!
¡Que un hombre eternamente á otro hombre oprima,
Siendo todos iguales al nacer!
¡Esclavitud! ¡oh, cómo me atormenta
El recuerdo terrible de mi suerte!

¡Oh cadena que arrastro hasta la muerte,
Cuánto obligas al hombre á padecer!
Y el hijo mío,
El bien que adoro,
¡Ay! mi tesoro
¡Suerte crüel!
Es ya vil presa
De los tiranos;
Su furia, insanos,
Ceban en él.
Estando al borde de la eterna calma
Repetiré con pena y ansiedad:
«¡Ay! esclavo te dejo, hijo del alma!
¡Esclava tu infeliz posteridad!»

Soy vil ludibrio de la gente libre,
Cual débil pluma en hórrido huracán:
Nadie se apiada de mi suerte infausta;
Nadie se apiada de mi eterno afán.

# RECUERDO

QUÉ sueño tan horrible, madre mía!
¡Qué dolor tan acerbo!
Soñé que entre mis brazos exhalabas
El postrimer aliento.

Soñé que te apartaban de mi lado
Y que lejos, muy lejos,
Lenta campana resonaba triste,
Como en señal de duelo.

Ver juzgaba de tétricos blandones
El resplandor siniestro;
De la quemada cera, aunque lejano,
El humo al par sintiendo.

Lúgubres horas de ansiedad y penas,
¡Cuán pausadas corrieron!
Al fin mis ojos al fulgor del alba
Abríanse de nuevo.

¡Era la realidad! ¡Era que estaba
Mi corazón despierto!
¡Cómo anhelé de nuevo imaginarme
Sumida en hondo sueño!

Pasar aletargada mi existencia,
Madre del corazón, fué mi deseo;
Despertar al morir, verme en tus brazos,
Subir contigo al Cielo.

# Á SEVILLA

## EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE INVIERNO

TORNA ya la Primavera,
Con sus auroras rosadas
Y sus auras perfumadas
De violetas y azahar:
  Con su atmósfera hechicera
Y sus dulces ruiseñores,
Que, al bendecir sus amores,
Á Dios bendicen al par.

  ¡Oh! ¡Cuál es Hispalis bella,
Si en sus prados reina Flora,
Y su altiva frente dora
De Abril el radiante sol!
  Que entonces pura destella
Esa plácida alegría,
Tesoro de Andalucía,
Gloria del suelo español.

Es hermosa; que engalana
Manso el Betis su ribera,
Y en las ondas reverbera
Claro cielo de zafir.
Bella es Híspalis que, ufana,
Altos timbres de grandeza,
De hermosura y gentileza
Gallarda puede lucir.

Ya se esmaltan tus praderas,
Patria hermosa de las flores,
Y los ecos bramadores
Cesan ya del Aquilón:
Ya del África ligeras
Bellas aves se levantan,
Y á tus muros se adelantan
En graciosa confusión.

Libre ya la mariposa
Rompe su débil capullo,
Y recorre con orgullo
Los encantos del pensil:
Y en los campos vaga ansiosa
Sin fijarse ni un momento,
Como vaga el pensamiento
De la edad en el Abril.

Llega el tiempo en que te ostentas
Entre prados de esmeraldas,
Y te ciñen cien guirnaldas
De azucenas y azahar:
En que apacible presentas,
Estrella del Mediodía,
Nueva luz, nueva alegría,
En tu seno que admirar.

Claro sol, fulgente hoguera,
Que los espacios inflamas
Y por la tierra derramas
Los tesoros de tu luz;
Dí si en tu eterna carrera
Joya viste más hermosa
Que la sultana orgullosa
Gloria del suelo andaluz.

Quizá de la altiva Grecia
Las ciudades que se alzaron
Y tus rayos coronaron
Recordarás con amor:
Y á Parténope y Venecia,
Y otros cien pueblos que encantan
Y en Italia se levantan
Ceñidos de tu esplendor.

Más allá del Oceáno
Hay mansiones peregrinas,
Que benéfico iluminas
En primavera eternal:
Diz que el suelo mejicano
Siempre luce placentero,
Y es encanto del viajero
Su campiña sin igual.

Sí; cien pueblos la grandeza
Que en tu hermoso suelo brilla
Podrán, suprema Sevilla,
Con noble orgullo lucir;
Y tus timbres de grandeza
Y tus esmaltadas flores,
Y los vívidos fulgores
De tu cielo de zafir;

Y tus aves trinadoras,
Y tus prados de esmeraldas,
Y tus preciadas guirnaldas
De azucenas y azahar;
Y tus rosadas auroras,
Y tu perfumado ambiente,
Y ese río transparente
Que corre apacible al mar:

Mas á tí, Sevilla mía,
Aun te presta más belleza
Que tus timbres de grandeza,
Y tus auras y tu luz,
La celestial alegría
Que con grande y franca mano
Vierte el Autor soberano
Sólo en el suelo andaluz.

Reina hermosa de Vandalia,
Privilegiada del Cielo,
Luzca el mejicano suelo
En buen hora, encantador:
Presente orgullosa Italia
Su deslumbrante Venecia,
Y altiva recuerde Grecia
Su belleza y esplendor;

Que en tí son más hechiceros
Los ensueños de la vida,
Pues de gracias sin medida
Te corona el Sumo Bien.
Y aunque injustos extranjeros,
Ciegos, con desdén te ultrajen,
Á su pesar, tú la imagen
Eres del perdido Edén.

Alza, pues, alza tu frente
Coronada de alegría,
Que ya el claro sol te envía
Los tesoros de su luz:
Ya tu campiña rïente
Con flores mil se engalana...
¡Salve! tú eres la sultana
Del rico suelo andaluz.

# Á CERVANTES [2]

NACE y pausado crece
Entre arbustos y flores
Magnífico laurel: gallardo ofrece
Al viento sus renuevos cimbradores;
Y el firme tronco y la inmortal verdura
Con que su noble frente se engalana,
Revelan, de su vida en la mañana,
Alta grandeza y majestad futura.

En derredor cien árboles en tanto,
Émulos de su mágica hermosura,
Al par extienden su florido manto:
Ricos también en galas,
Logran más que el laurel vivos loores,
Y el viento los arrulla con sus alas,
Y en la selva descuellan cual señores.

La edad no empero se desliza en vano:
Entre todos, con firme poderío,

El árbol soberano
Alza su copa en breve,
Su copa, que jamás rindió el Estío,
Que afrontó al rayo y resistió á la nieve.
Sube: desde su altura
Brinda al valle, benéfico, su sombra;
Lo admiran la floresta y la llanura,
Y el campo todo sin cesar le nombra
Timbre del bosque, poderoso y fuerte,
Que ha de arrostrar las iras de la muerte.

Tal tu renombre con creciente vida,
Gran Cervantes, elévase hasta el Cielo:
En vano tu existencia combatida
Pasó en perenne duelo;
Justicia al fin hallaron
De tu genio sublime las creaciones,
Que entre el aplauso universal brillaron:
Hoy tu poder la ilustración aclama,
Su más digno lugar te da la historia,
Y el mundo todo con amor te llama
Prez de tu siglo, de tu patria gloria.

¿Y cómo no? Tu acento
Digno y potente en las edades vive,
Y, ¡oh privilegio que tan sólo alcanza
El genio que de Dios su luz recibe!
Al par que al sabio pensador suspende,
Al pueblo indocto llega
Y el pueblo lo comprende;
Y en sus horas de calma
El libro insigne á repasar se entrega
Que tan grato solaz brinda á su alma.

¡Tu obra inmortal! Cervantes, por ventura

¿Puede haber quien no admire tal tesoro?
El valor, la lealtad, la fe más pura
Resaltan en sus páginas de oro:
Ellas, que fueron con dolor escritas,
Ofrecen lenitivo á los dolores
Con donaires y gracias infinitas;
Y ellas, también, con flores
Quizás verdades misteriosas velan,
Perlas ocultas que codicia el mundo,
Y que en su afán profundo
Cuantos te admiran descubrir anhelan.

¿Será ilusión del alma entusiasmada?
¿Acaso en el Andante Caballero,
Que supiste pintar con tal belleza,
Y en el rudo Escudero
Se ve la humanidad representada?
¿Es el uno el espíritu anhelante
Que hasta el cielo se encumbra,
Que, soñador benéfico, engrandece
Cuanto en redor vislumbra,
Y odia los vicios, las virtudes ama,
Á la suprema perfección aspira,
Y en defensa del bien digno se inflama?
¿En el otro se mira
De la tosca materia el fiel traslado,
Con el alto idealismo siempre en guerra,
Por groseros instintos arrastrado,
Sediento de los goces de la tierra?
Sí; el ideal del bien era tu guía;
¿Qué importa que tan sólo fuesen antes,
Enigma de los siglos, tus lecciones
Contiendas de quiméricos gigantes,
Batallas de fantásticas legiones?
¿Qué importa que tu voz no comprendieran?

Fué el bien tu inspiración, digno tu anhelo;
Y el paladín de causa noble y santa
Justos aplausos hallará en el suelo
Y, aunque vencido, en triunfo se levanta.

Mas ¿cómo en los extensos horizontes
Que tu libro sublime
Al pensador ofrece,
Intenta penetrar la mente mía?
Querer adivinar altos misterios
Con limitada comprensión, sería
El afán atrevido
De comprimir el Atlas con la mano,
Ó en vaso reducido
Toda el agua encerrar del Océano.
Sentimiento no más es la poesía;
Un grito de dolor ó de ventura
Que el corazón exhala
Cuando elevado objeto lo conmueve...
La que hoy, osado, á dedicar se atreve
Mi pobre numen al autor divino,
Es sólo flor sin galas ni frescura,
Que nació del amor al aura pura
Y el entusiasmo arroja en su camino.
Ilustres vates que á mi patria honoran
Ofrecerle podrán guirnaldas bellas
Que resistan del tiempo al duro ultraje,
Con alta inspiración rindiendo en ellas
Al egregio escritor digno homenaje.

¡Gloria al genio inmortal! Su nombre amado
De orgullo á España llena,
Y entre aplausos perpetuos repetido
De nación en nación triunfante suena.
Y esa corona que el saber le ofrece,

No en busto frágil de grosera arcilla
Ceñida resplandece;
Que, completo tesoro,
La chispa celestial del genio brilla
Sobre estatua magnífica de oro.
Sí; que no sólo el escritor fecundo,
De las musas encanto y regocijo,
En él acata el mundo;
De la patria del Cid preclaro hijo,
Aun sediento de nuevas aureolas,
Cristiano insigne, del Infiel espanto,
Á las heróicas armas españolas
Dió renombre en Argel, honra en Lepanto.
Y por que nada á su grandeza falte
Ostenta, para honor del nombre ibero,
Su lauro de poeta, en rico esmalte,
La sangre generosa del guerrero.

Y si un instante el velo misterioso
Á descorrer la ilustración alcanza
De su modesto hogar, allí aparece
El hombre infortunado
Á quien nunca halagó dulce esperanza.
De santa abnegación digno modelo,
Por las prendas queridas
De su constante anhelo,
Del trabajo hizo esclava su existencia;
Y él, á quien conceder el Cielo plugo
De clara inteligencia
Los más altos favores,
Firme sufrió de la miseria el yugo,
Afrentas devorando entre dolores.

Dechado de cristianos caballeros,
Después de Dios, á quien amó ferviente,

El objeto más caro
La patria fué de su cariño ardiente.
Los pueblos que hoy dispútanse su cuna
Miraron con desdén su desamparo,
Y él, sin queja importuna,
Ni acusación cobarde,
Del santo fuego que en su pecho ardía
Hizo ante todos con orgullo alarde.
¡Prez á su nombre! Que cual hora suene
Entre alabanzas en la edad futura
Y de entusiasmo á las edades llene:
Que hoy el pueblo que amó con tal ternura
En cada corazón le ofrezca un templo,
Y ¡plazca al Cielo, por mayor victoria,
Que ya que España en él funda su gloria,
Á sus hijos al par sirva de ejemplo!

# LA ESPERANZA

ALMA de la creación, ninfa divina
Que á la edad porvenir bella señalas,
Déjame ver tu antorcha que ilumina
Al mundo y le presenta nuevas galas:
Sobre mi helado pensamiento inclina
La transparente sombra de tus alas,
Y al dulce encanto que tu luz inspira
Las cuerdas vibren de mi humilde lira.

Yo te quiero cantar, quiero un momento
Contemplar tu poder, dulce Esperanza;
Tú eres célico bien, que el pensamiento
En su constante aspiración alcanza;
Tú templas el helado desaliento,
Y, destello de eterna bienandanza,
La faz adusta del pesar ahuyentas
Y risueñas imágenes presentas.

Yo diré que eres tú, deidad querida,
De ventura y de paz cándida aurora,
Clara estrella de lumbre bendecida,
Sol que lo porvenir, fulgente, dora:
Diré, supremo hechizo de la vida,
Que, con mano benigna y protectora,
Borras del corazón de los mortales
La horrible huella de iracundos males.

Jamás diré de tí, ninfa galana,
Que nos engaña tu sonrisa pura,
Que bella luces cuando estás lejana,
Y cerca desparece tu hermosura:
Que, mentida ilusión, fantasma vana
Y sombra de quimérica ventura,
Al quererte alcanzar, veloz te alejas,
Y llena de inquietud el alma dejas.

Yo no diré que el corazón humano
Con sempiterno afán por tí delira,
Que en alas vuela de tu sueño vano,
Y con desprecio lo presente mira:
Que tú acrecientas el dolor insano
En que la triste humanidad suspira,
Cuando en pos de tu grato desvarío
Brilla el puñal del desengaño impío.

¿Quién podrá contra tí queja ninguna
Angustiado exhalar, luz de la vida?
Tú arrullas al mortal desde la cuna,
Con él desciendes al sepulcro unida,
En su adversa ó su próspera fortuna
Á él te presentas de ilusión ceñida,
Y, su tierna, su amante compañera,
De flores mil alfombras su carrera.

Tú, si la realidad aleja, esquiva,
Los dulces sueños que benigna ofreces,
Burlando su rigor, grata y festiva
De nuevo á nuestros ojos apareces.
Si es acaso tu dicha fugitiva,
¿Qué importa, si por siempre resplandeces
Y en pos de una ventura que se ahuyenta
Otra tu blanda risa nos presenta?

Tú con mágico hechizo lisonjero
El hombre á sus destinos encaminas,
Y el valor acrecientas del guerrero
Y del sabio el espíritu iluminas.
Por tí, señor del universo entero,
Tiende el genio sus alas peregrinas,
Adivinando, en bellas ilusiones,
Que eternas se levantan sus creaciones.

Al fatigado labrador alientas;
Sostienes el valor del navegante,
Si en los espacios rugen las tormentas
Y conmuévese el mar amenazante.
Apacibles imágenes presentas
Á la madre benigna, cuando amante
Recréase en el hijo idolatrado
Que en su regazo duerme reclinado.

Rauda, fugaz, suavísima destellas,
En alas caminando del deseo,
Y cada corazón siente tus huellas
Y en cada frente reflejar te veo.
Cercada en derredor de sombras bellas
En los espacios contemplarte creo;
Doquier vertiendo, cual preciosos dones,
Tu copia inagotable de ilusiones.

¿Qué en la existencia, sin tu dulce encanto,
Pudiera hallar el hombre sin ventura?
Perpetuos días de angustioso llanto,
Luengos insomnios de letal tristura;
Y, sin hallar alivio á su quebranto,
Tras las tinieblas de la edad futura,
Contemplara la mente atribulada
Tan sólo el polvo de la tumba helada.

Tiende hacia mí tu diestra bienhechora,
Alma de la creación, sé tú mi guía;
De no mentido bien anunciadora
Llega, calmando la ansiedad impía:
De tu antorcha la llama vividora
Alumbre siempre la existencia mía:
Será el consuelo que en mis penas mire
Y el numen poderoso que me inspire.

Mas yo te quiero ver, sombra divina,
No ya cuando al humano pensamiento
Ofreces con sonrisa peregrina
Frágiles bienes y mundano aliento.
¡Ah! todo al peso de la edad declina
Y huye cual humo que arrebata el viento:
Esperanza del bien, yo quiero verte
Más allá del imperio de la muerte.

Ya, dulce fuente que del Cielo mana,
Aurora de clarísimos albores,
No te veré cual ninfa, que galana
La vida cubre de mentidas flores.
Grande y al lado de la Fe, tu hermana,
Coronada de etéreos resplandores,
Te admiraré cual ángel que en el suelo
Reinas para esparcir almo consuelo.

Ya contemplo tu origen sacrosanto:
Te miro descender de esas regiones
Donde bajo la sombra de tu manto
Suben nuestras fervientes oraciones.
No pasa ó muere tu supremo encanto;
Que si ciegas y vanas ilusiones
Ofrece la Esperanza de la tierra,
Infalible verdad en tí se encierra.

Antes que el mundo y que los astros fuiste:
Cuando el Supremo Sér habló á la nada,
De su aliento purísimo naciste,
Ostentando la luz aun no creada.
En su mente eternal apareciste,
Y, espejo celestial de su mirada,
En tí vió de sus obras la hermosura
Antes de terminar su inmensa hechura.

Acaso en tí vió al hombre ¡oh Esperanza!
Alta la frente, libre el albedrío,
Á su imagen formado y semejanza,
Mostrando en el Edén su poderío;
Y viólo de Luzbel á la asechanza
Ceder, cuando con ciego desvarío
Alzó su mano al árbol de la vida,
Y su dulce inocencia vió perdida.

Y contemplólo en breve desterrado,
Y miró su dolor. Mas, padre tierno,
«No será para siempre condenado,
Dijo, al poder horrible del Infierno:
Al Edén tornará purificado,
Y en tanto, prenda de mi amor eterno
Y anuncio de perenne bienandanza,
Inflamará su mente mi Esperanza.»

Tal dijo. Desde entonces compañera
Eres del alma, que en prisiones llora:
Si pruebas de otra vida no me diera
El sumo Sér que el universo adora,
Tu sola inspiración bastante fuera,
¡Oh Esperanza del Cielo bienhechora!
É inflamada por tí la mente mía,
«¡Eternidad! ¡eternidad!» diría.

Sí: que el oculto afán que por tí siente
Cuando á sus sueños místicos se entrega;
El ignorado *más allá*, que ardiente
Le muestras sin cesar y nunca llega;
Esa dicha suprema que presiente
Y que el valle de lágrimas le niega,
El infalible Autor nunca mostrara
Si otro mundo eternal no nos guardara.

Vé, celestial doncella, enjuga el llanto
Que la afligida humanidad derrama;
Halle bajo la sombra de tu manto
Consuelo aquel que dolorido clama.
Brille tu inspiración: en fuego santo
El agitado pensamiento inflama,
Y tus promesas infalibles sean
El bien más alto que los hombres vean.

# Á UNA AMIGA

## EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SU HERMANA

Y qué! ¿tu desconsuelo
El raudo tiempo á mitigar no alcanza?
¿Será que en hondo y perdurable duelo
Tu lánguida existencia se deslice,
Sin que pueda risueña la esperanza,
Con sus plácidos sueños de ventura,
Ahuyentar ni un momento
Tus fúnebres recuerdos de amargura?
¿Lloras? Á Dios pluguiese que mi acento
Darte pudiera la anhelada calma,
Hoy que tornas la vista á lo pasado
Y entre ansiedad y luto
Renuévanse las penas de tu alma.
¡Oh, pluguiese al Señor! Digno tributo
Mi síncera amistad te ofrecería,
Y cual tu amante corazón desea,
Tus ayes con mi canto adormiría.

Mas ¡ah! ¿qué voz humana
Puédese alzar que lánguida no sea
Para templar la angustia que devora
Tu pecho infortunado?
¡Llora, mísera, llora!
No ante el sepulcro de tu dulce hermana
Suene el plectro acordado;
Y hoy, que su caro nombre
Con acerbo dolor repetiremos,
Como digno homenaje á su memoria
Lágrimas silenciosas derramemos.
¿Te acuerdas? ¡Oh! cuán pura
En su tranquila frente
La sagrada virtud resplandecía!
Y al par que de suavísima ternura
Inagotable fuente
Su corazón benéfico escondía,
Con celestial amor sus ojos bellos
Al Cielo se tornaban,
Y del genio inmortal claros en ellos
Los mágicos fulgores destellaban.
¡El genio! Conducida
En sus alas de oro,
Cien y cien veces se elevó, anhelante;
Cien veces, de entusiasmo enardecida,
Admiró de las artes el tesoro,
Y al contemplar las célicas creaciones
De los hijos de Apeles,
En gratas ilusiones
Soñó alcanzar inmarcesible palma,
Y fúlgidos laureles
Con noble ardor ambicionó su alma.
Tú su ansiedad profunda
Recordarás y su constante anhelo,
Y cuál su mano consiguió fecunda

[illegible] una
[illegible] tributo
[illegible] ofrecerla,
[illegible] desea,
[illegible] admirla.

¡ah! ¿qué voz humana
se alzar que lánguida no sea
templar la angustia que devora
cho infortunado?
a, mísera, llora!
o ante el sepulcro de tu dulce hermana
ene el plectro acordado;
hoy, que su caro nombre
Con acerbo dolor repetiremos,
Como digno homenaje á su memoria
Lágrimas silenciosas derramemos.
¿Te acuerdas? ¡Oh! cuán pura
En su tranquila frente
La sagrada virtud resplandecía!
Y al par que de suavísima ternura
Inagotable fuente
Su corazón benéfico escondía,
Con celestial amor sus ojos bellos
Al Cielo se tornaban,
Y del genio inmortal claros en ellos
Los mágicos fulgores destellaban.
¡El genio! Conducida
En sus alas de oro,
Cien y cien veces se elevó, anhelante;
Cien veces, de entusiasmo enardecida,
Admiró de las artes el tesoro,
Y al contemplar las célicas creaciones
De los hijos de Apeles,
En gratas ilusiones
alcanzar inmarcesible palma,
dos laureles
ble ardor su alma.
u ansiedad

Al lienzo dar animación y vida.
Ora claro modelo
En las joyas de Rubens admiraba;
Ora la suavidad, el fresco brillo
Que prestó á sus seráficas visiones
El inmortal Murillo
Absorta contemplando,
Con nuevo afán profundo
Á la etérea región tendió su vuelo,
El religioso ardor adivinando
Que inflamó el alma del pintor del Cielo;
Y acaso entusiasmada también ella
En su agitado espíritu sentía
Del numen creador vivaz centella.
¡Ay mísera! que en vano
Rica de inspiración alzó su mente
Y el arte con amor le sonreía:
¡Ay! que convulsa y lánguida su mano
No á su anhelo profundo obedecía:
Y pálida, doliente,
Marchitas contempló sus ilusiones,
Que, con horrible saña,
Suspensa levantó sobre su frente
La inexorable muerte su guadaña.
Mas ¡ah! mi dulce amiga, ¿por qué acrecen
De improviso tus lúgubres gemidos
Y más y más tus labios palidecen?
¿Hiérente mis acentos doloridos,
Mostrando á tu memoria
Que nunca realizados
Miró en la tierra tu infelice hermana
Sus ensueños purísimos de gloria?
¿Puede tal vez la vanidad insana
Deslizarse en tu pecho?
¿Del mundo, acaso, ante los falsos dones

Suspiras con despecho?
Al contemplar que indignas ovaciones
Al ignorante enaltecido rinde,
Y ella humilde pasó y desconocida,
¿Lloras las injusticias de la suerte,
Que aplauso y dichas le negó en la vida
Y mármoles grandiosos en la muerte?
Empero nó: tu noble pensamiento
Sabe que el fausto, el esplendor humano
Es polvo, es humo vano.
¿Qué valen, dí, las glorias del talento,
Qué de los genios la triunfante palma,
Ante la dulce y celestial belleza
De la santa virtud, de la pureza,
Que aureola inmortal prestan al alma?
Y ¿qué vale el sarcófago opulento
Do sus dictados la lisonja apura,
Comparado á una lágrima suave
Hija de la ternura,
De miserable adulación ajena,
Con humilde silencio derramada
En la tumba ignorada
De la que fué en el mundo casta y buena?
Y ella lo fué. La vanidad impía
No es la que aumenta tu fatal quebranto;
Son los recuerdos que en tan triste día
Agólpanse á tu mente acongojada.
¡Oh! cese, amiga, tu afligido llanto;
Vuelve los ojos á tu madre amada
Y á tus hermanos, que amorosos miran
En tí su solo bien, y al contemplarte
Pálida y muda, con dolor suspiran.
Y si á calmar tu angustia y desconsuelo
Bastar no pueden los terrenos lazos,
Alza los ojos con afán al Cielo;

Allí á tu hermana vé, que á tí sus brazos
Plácida tiende, murmurando: «¡Espera!
¡Es tan corta la vida!...
¿Quién alivio no alcanza
Á su dolor profundo,
Si tras el breve término del mundo
Mira el astro brillar de la Esperanza?»

## Á LA MEMORIA
## DEL ILUSTRE POETA GARCÍA TASSARA

DESPUÉS DE HABER LEÍDO SU CANTO **LA NUEVA MUSA**

Tú lo dijiste: *el genio es el profeta,*
Por las edades, con amor, bendito;
Vibra glorioso el canto del poeta,
Siendo de la verdad eco infinito:

Excelso numen en su pecho enciende
De sacro fuego misteriosa pira,
Y la palabra que á su labio asciende
Es palabra del Cielo, que la inspira.

Así tu voz, del tiempo triunfadora,
Suena, vate inmortal, con digno acento;
La escucho despertando, bienhechora,
Del hombre el adormido sentimiento.

Aun la siento vibrar. *La musa nueva*
En ella ve su intérprete sublime;
*Musa del alma y de la fe,* que lleva
Aliento y paz al corazón que gime.

De la impiedad al tenebroso abismo
Viste llegar al pueblo delirante,
Y el genio de un helado escepticismo
Alzar doquier su lívido semblante:

Ceñida la virtud de triste luto,
La discordia blandir su infanda tea
Miraste, y el dolor que dan por fruto
*Pueblo sin Dios* y *libertad atea.*

Presa de santa indignación, rompiendo
De la duda fatal el yugo infausto,
Con poderosa entonación rindiendo
Á la augusta verdad digno holocausto;

Ahuyentar las tinieblas del camino
En que la humanidad se precipita,
Al hombre señalar su alto destino,
De la ansiedad salvarlo en que se agita;

Dar al doliente espíritu consuelo,
Á los pueblos brindar su antigua calma...
Tal el constante y generoso anhelo
Que á la vista del mal surgió en tu alma.

¡Gracias, noble cantor! La fe tu ciencia:
Ella, excelso poder que nos redime,
Logre borrar la helada indiferencia
Que sello odioso á nuestra edad imprime.

Renaced, renaced de entre la escoria
Donde os lanzan la duda y el sarcasmo,
Amor á la virtud, sueños de gloria,
Alentador del bien, noble entusiasmo.

No ya de mofa cual mezquino objeto
La descreída multitud os mire.
Reina, augusta verdad; digno respeto
Al mundo siempre tu grandeza inspire.

Recobra tu esplendor, santa creencia
Nunciadora de eterna bienandanza;
Vuelve en el mundo ya, Dios de clemencia,
La antorcha á reanimar de tu esperanza.

Sagrada Religión, tú que concedes
Aliento al que te invoca en sus dolores,
Que en venturas trocar los males puedes
Y en puro amor las iras y rencores;

Torna á reinar. El genio es el profeta
Que las cadenas del error quebranta;
Y la potente voz del gran poeta
Tu auxilio invoca, tus grandezas canta.

Él á lo porvenir tiende sus manos
Tu noble triunfo á señalar, que augura.
Allí á los pueblos vé... ¡Todos hermanos!
Á tu sombra la paz y la ventura.

Triunfar mira allí el bien. Al Cielo plazca,
Vate inmortal, que á tu fecunda idea
El mundo al fin de su estupor renazca,
Y grata realidad tu sueño sea.

Entonces de tus altos pensamientos
Evocada veráse la memoria,
Y al repetir tus mágicos acentos
Nuevo laurel te ofrecerá la Historia.

EN LA MUERTE DE MI RESPETABLE AMIGO

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

# DON JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

VIVE! No muere el que cual él se encumbra
De generosa inspiración en alas,
Huellas de luz dejando, que el camino
De su elevado pensamiento marcan.
¡Vive! Á despecho de la muerte misma,
Huellas de luz, sus obras nos señalan
El digno puesto que en la edad futura
La ilustración á su memoria guarda.
Laurel eterno cercará su nombre...
Empero ¿logra convicción tan grata
La aflicción mitigar en que se abisma
De sus amigos con su ausencia el alma?
¿Acaso olvidarán los que le lloran
Al que, benigno y fiel, su mano franca
Tendió á la adversidad; al que dichoso
Con la ajena ventura se juzgaba?
Dió vida á sus profundos sentimientos
La Caridad con misteriosa llama:
Y en tanto que jamás llegó á su oído

Del indigente en vano la plegaria;
  Dón más alto que el oro, de su labio
Al par brotaron, con potente magia,
Las dulces frases que al humilde alientan,
Los parabienes que al dichoso halagan.
  Nunca la falsedad guió su acento,
Ni lo manchó con su ponzoña amarga
La vil maledicencia, que traidora
En indefensas víctimas se ensaña.
  Nunca el desprecio audaz, nunca el sarcasmo,
De injustos odios predilectas armas,
Alentaron su voz: cumplir, cual bueno,
Supo en la tierra su misión sagrada.
  Y si por dicha al sabio enaltecía,
Bondadoso logró que en sus palabras
Ni humillación ni desdeñoso escarnio
Hallase el que gemía en la ignorancia.
  ¡Para todos el bien! Tal fué su anhelo.
Bella y sublime Caridad cristiana,
¿Qué adepto más leal encontrarían,
Que intérprete mejor tus leyes santas?
  Para todos el bien sembró su mano,
Y esos gemidos de dolor que exhalan
Hoy corazones mil, harto lo dicen
Y de su nombre el esplendor realzan.
  Timbres son los más bellos de su gloria;
Que si el talento admiradores halla,
Con el aprecio universal que inspira
Triunfo más alto la virtud alcanza.
  ¡Triunfo inmortal! Acaso desde el mundo
Comienza el que los Cielos le deparan;
Ya en la perla del Betis, homenaje
Rindiendo así de gratitud la patria,
  Abre las puertas á sus nobles restos
El templo insigne donde veces tantas

De cultura y saber ricos tesoros
Á la estudiosa juventud brindaba:
  Los sabios y perínclitos varones
Que bajo aquellas bóvedas descansan,
Del digno panteón sombras ilustres,
En su sueño de muerte le acompañan;
  Y al par guirnalda, que el cariño teje
Y que el talento con su luz esmalta,
Fieles amigos é ilustrados vates,
Por el dolor unidos, le consagran.
  Sentidos cantos rendirán en breve,
Ricos de inspiración, justa alabanza
Al poeta inmortal que en vivo anhelo
Dió su existencia del saber en aras.
  En tanto humilde flor que al riego triste
Pudo crecer de silenciosas lágrimas,
En la corona que el saber le ofrece
Mi gratitud y mi amistad enlazan.
  Pobre es mi ofrenda; mas suplir alcancen
Al aroma y frescura que le faltan
El sentimiento que le presta vida,
El puro amor con que la ofrece el alma.

# LA SEQUÍA

## (RECUERDOS DEL CAMPO)

### I

La campana de la aldea
Sus sones al viento da:
No es anuncio de festejos;
Lo es de profunda ansiedad.
Faltó la anhelada lluvia
De la estación invernal,
Y el sol de la Primavera
Sin vida al campo hallará.
Faltarán flores y frutos,
El pueblo no tendrá pan,
Y con el hambre, la muerte
Implacable llegará.
Ruego humilde el sacerdote
Eleva al pie del altar,
Y la campana parece
Repetir con vivo afán:
«Unidos al templo,
Cristianos, llegad:
El peligro que horror os inspira

El Cielo tan sólo pudiera ahuyentar.
Doblad ante el ara contritos la frente;
Creed y esperad;
Los ruegos humildes que brotan del alma,
De Dios hasta el trono consiguen llegar.
Si fuerte os amaga su eterna justicia,
Orad, que es inmensa su eterna bondad.»

II

Del santuario á las naves
El pueblo llegando va:
Todos llevan en el rostro
Muestras de oculta ansiedad.
Un sentimiento los une,
Y, trémulos, al llegar
Tal parece que en silencio
Repiten con vivo afán:
«Señor, puede en la ventura
Un hijo al padre olvidar;
Mas ¿á quién sus tristes ojos
En el dolor volverá?
»Á Tí humildes acudimos
En nuestro horrible pesar;
Á Tí que errores y culpas
Benigno perdonarás.
»Hermanos, al templo
Corramos al par:
Olvidando los mutuos rencores,
Los lazos nos unan de santa piedad.
De Dios ante el ara con alma contrita
Lleguemos á orar:
¡Él es nuestro padre! Los ruegos que unidos

Sus hijos eleven, hasta Él llegarán.
Lleguemos: si infunde temor su justicia,
Valor nos inspire su inmensa bondad.»

III

¡Templo de la pobre aldea,
Con qué santa libertad
Sus creencias en tí el pueblo
Se goza en manifestar!
De rodillas, inclinando
Al suelo todos la faz,
Del sacerdote á las preces
Responden con vivo afán:
«Misericordia, Dios mío,
Olvida nuestra maldad:
No al que atribulado gime
Quieras tu auxilio negar.
»¡Por la niñez inocente!
¡Por la triste ancianidad!
¡Padre de misericordia,
Cesen tus rigores ya!
»¡Benigno á tu pueblo
Devuelve la paz!»
Con creciente fervor así exclaman,
Gemidos lanzando de triste ansiedad,
Y en llanto copioso las madres revelan
Su angustia y pesar.
Señor, esos ruegos fervientes y humildes
Que brotan del alma, no vanos serán,
Que si es poderosa tu eterna justicia,
Es mucho más grande tu eterna bondad.

## EN EL ÁLBUM DE A. CH.

Yo sé, Amparo, que huérfana suspiras
Desde la tierna infancia;
Mas sé los dones con que al Cielo plugo
Compensar pena tanta.
  Á tu imaginación lozana y viva
Prestó fulgentes alas,
Y con nobles y puros sentimientos
Enriqueció tu alma.
  Celosa madre y bienhechora amiga
Te dió en la amante hermana,
Que ora con el pincel, ya con la pluma,
Dignos lauros alcanza.
  ¿Quién puede, la bondad adivinando
Que os enaltece á entrambas,
No repetir con efusión profunda:
«Gloria son de su patria?»

# SIN CORAZÓN

DEL hijo ausente con pesar le hablaban;
Ella su amargo fin no presentía:
En vano triste nueva le anunciaban:
Alegre sonreía.

El llanto contempló de los hermanos,
Miró la angustia del doliente padre...
Tan marcados augurios fueron vanos...
¡Y aquélla era su madre!

# LA SENDA DEL MAL

Eres niño; te ciega el amor propio;
Esas frases traidoras que él te dicta,
Con el rostro encendido de vergüenza
Recordarás un día.

Mas nó, que osado proseguir anhelas
Por la senda fatal en que hoy caminas...
¡Desdichado! ¡Qué amargas decepciones
Te aguardan en la vida!

Odio por odio alcanzarás. Acaso
Al mundo culparás de tus desdichas,
Sin contemplar la causa de tu daño
En tu conducta misma.

# DESENCANTO

Con sonrisas y frases de dulzura
Encubres tus dolores;
Mas ¿qué importa que helada sepultura
Ostente bellas flores?

¿Qué importa el gozo, por tu mal fingido,
Que en tu semblante advierto,
Si guardas en tu pecho endurecido
El corazón ya muerto?

## SU POSTRER MIRADA

Yo quisiera saber en qué pensabas
Cuando tus grandes ojos, ya sin brillo,
En la noche más negra de mi vida
Fijábanse en los míos.

Si me aduerme este afán, soñando escucho
Frases consoladoras de cariño,
Consejos, y de tierna despedida
Tristísimo suspiro.

Despierta lloro, y á mis dudas vuelvo:
Tu nombre evoco, á los espacios miro,
Y vuelvo á ver tus ojos, madre mía,
¡En mí por siempre fijos!

# EL ESPEJO

LOGRAS ante el espejo
Pulirte el rostro y corregir sus faltas:
¡Ojalá que tuvieses
Un espejo también para tu alma!

# LA CALUMNIA

JAMÁS al bronce vuelve
La bomba por el fuego despedida,
Ni á los mordaces labios
Las palabras injustas y malignas.

El mortífero plomo
Hiere y siembra dolores y rüinas:
Las calumniosas frases
Hieren también, y matan, y aniquilan.

Mira bien lo que dices;
Tu boca puede ser arma homicida,
Y honra que á morir llega,
Piénsalo bien, ya nunca resucita.

# BIEN POR MAL

No me conoces, y á traición tu lengua
Hirióme sin motivo:
Yo, cual digna venganza, siempre hago
De tí al hablar elogios infinitos.

Me ultrajas; en tu ardiente defensora,
En pago, yo me erijo;
Que ante mi santa dignidad herida
Tal homenaje en holocausto rindo.

El gozo de tu audaz maledicencia
Jamás he comprendido:
Tú, en cambio, el triunfo acaso no adivines
Que con mi noble proceder consigo.

# FALSÍA

SÍNCERA te juzgue, y al escucharte
Siempre el alma sentí de gozo llena:
¡Cómo nunca pensar que á tus palabras
Traición hacer pudieras!

¡Desengaño fatal!... Si ahora al oirte
Indiferente acaso me contemplas,
Busca la explicación de mi desvío
En tu propia conciencia.

## BELLEZA DEL ALMA

Yo adivino por qué cuando te adornas
Disgustada te encuentras de tí misma,
Y, arrojando las galas, tristes ayes
Exhalas dolorida.

«Es de las almas el semblante espejo»
Oyes decir, y anhelas, dulce niña,
Un rostro cual en mágico delirio
Nos finge la poesía.

Griego perfil, dorada cabellera,
Ojos claros y frente alabastrina
Tener ansiaras, y á la vez de un ángel
La voz y la sonrisa.

Mas no siempre á tan mágica belleza
La belleza moral hállase unida:
Yo he visto reflejar en albas frentes
Las más negras perfidias.

En tu morena faz altas virtudes
Y nobles sentimientos se adivinan;
Espejo tu semblante, sin ser bello,
Es de un alma hermosísima.

# Á UNA AMIGA INFIEL

QUÉ esperas?» me decías,
Enumerando con crueldad extraña
Todas las penas que clavadas tengo
Cual aceradas puntas en el alma.

«¿Qué esperas?» repetiste,
Y yo, al Cielo volviendo la mirada,
Sonreí con el gozo del que siente
Renacer sus marchitas esperanzas.

La paz de mi conciencia
Logró triunfante aniquilar tu audacia:
Supiste que aguardar venturas puede
Quien la senda del bien no desampara.

# EFECTOS DE LA ENVIDIA

No existen imposibles
Que dominar el hombre no consiga:
Puede en montañas convertir los valles,
Y las sierras trocar en hondas simas.

Puede al débil dar bríos,
Al ignorante dar sabiduría,
En paz trocar ensangrentadas guerras,
Y en glorias y venturas las desdichas.

Mas nunca su influencia
Conseguirá extinguir la mancha inicua
Que en la más limpia fama dejar pueden
Las enconadas frases de la envidia.

# FINGIMIENTO

RISUEÑA ante mis ojos apareces,
Quizás por ocultarme tu quebranto;
Mas yo sé que la risa muchas veces
Es máscara del llanto.

# JUVENTUD DEL ALMA

IMPLACABLE, mis años me recuerdas,
Cual si de algún delito me acusaras;
Y yo de tus gastados sentimientos
Jamás te hablé palabra.

En tu semblante juvenil aún vese
La plácida frescura de la infancia...
Yo soy más venturosa; yo conservo
La juventud del alma.

# TRADUCCIONES

# DIOS

## Á MR. L'ABBÉ F. DE LAMENNAIS

DE MR. A. DE LAMARTINE

Sí, plácele á mi alma sacudir sus cadenas:
Del peso descansando de la existencia triste,
Dejo mi sér corpóreo en la mansión que existe,
Y en alas de la mente subo á un mundo ideal.
Allí miro á mis plantas la morada del hombre;
Por admirables campos mi pensamiento vuela:
Mansión sin horizonte, mi corazón te anhela
Y cual prisión contempla el globo terrenal.

Como gota de agua en los mares vertida,
Así mi pensamiento el infinito absorbe;
Allí, rey del espacio, osa medir el orbe
Y osa con raudo vuelo la inmensidad medir.
La eternidad, el tiempo, contempla con asombro,
Considera la nada, recorre la existencia,
Y del Creador Supremo la inconcebible esencia,
En su atrevido vuelo, se atreve á concebir.

Mas si del entusiasmo en las etéreas alas
Pintar acaso intento cuanto mi mente admira,
Toda palabra al punto en mis labios expira:
Impotentes mi anhelo y mis esfuerzos son.
Hablar piensa mi alma; mas mi turbada lengua
Sólo con vanos sones herir puede los vientos...
¡Ah! sombras las palabras son de mis pensamientos
En esas gratas horas de santa admiración.

Dos lenguajes distintos ha dado Dios al hombre:
El uno articulado por los aires se extiende;
Pobres, mezquinos sones que en este mundo aprende
Entre los otros hombres el infeliz mortal.
Lenguaje limitado, que basta en el destierro
Donde justo castigo nos arrojara un día,
Y con los tiempos pasa, con los climas varía,
En su curso siguiendo el orden terrenal.

El otro, eterno, inmenso, universal, sublime,
Es el lenguaje innato en toda inteligencia;
Él arrebata al hombre de Dios á la presencia
En las místicas alas de férvida oración.
No son vanos sonidos llevados por los vientos;
Palabras son que viven, cuya esencia es divina;
Es lenguaje que mueve, que inflama, que ilumina,
Y que escucharlo puede tan sólo el corazón.

Con la mente se habla, se comprende, se explica,
Intérprete es tan sólo de cuanto el alma siente;
Inerte la materia ante su vuelo ardiente,
Tan sólo con suspiros responde á su esplendor.
Lenguaje misterioso, que no con voz humana
Hablar el hombre debe; lenguaje sin sonido,
Y que en la impura tierra tan sólo han comprendido
La férvida plegaria y el verdadero amor.

Antorcha el entusiasmo, él es quien me ilumina
Por las vastas regiones donde mi mente vuela:
Entre las negras sombras él sólo me revela
Las celestes mansiones que aspiro á penetrar.
Mejor que toda ciencia me explica el universo;
Vén, entusiasmo noble, tu raudo vuelo sigo,
Quiero dejar el polvo, vivir quiero contigo
Y en tus alas de fuego la inmensidad cruzar.

Ya la sombra del mundo se borra á nuestros ojos
Y ya, libres del tiempo, salvamos el espacio,
Y al fin bajo las bóvedas del celestial palacio
Frente á frente nos vemos con la eterna verdad.
Esa luz que ilumina sobre todas las luces,
Astro grande y supremo, sin poniente ni aurora,
Es Dios, ese gran todo que á sí mismo se adora
Y que por años cuenta la inmensa eternidad.

Él es: todo en Él vive; la luz es su mirada,
Es el mundo su imagen, en el espacio mora,
Su voluntad suprema el universo adora,
Que á su amparo tan sólo pudiera subsistir.
Á eternas olas manan los seres de su seno,
Como río que brota de inagotable fuente;
Rápida de la vida se escapa la corriente;
En Él comienza todo, volviendo á concluir.

Tan sólo con quererlo, cada vez que respira
El infinito puebla su aliento soberano:
Cual Él ilimitadas, las obras de su mano
Á su Hacedor Supremo bendicen al nacer.
Todo de sí engendrando, uniéndolo á sí todo,
Su voluntad suprema es ley que al orbe guía,
Y en ella omnipotencia, verdad, sabiduría,
Sin sombra ni desmayo se ven resplandecer.

Á la nada colmando de sus preciosos dones,
Por grados la levanta hasta su excelsa altura;
Amor, inteligencia, juventud, hermosura,
Sin que jamás se agote, dar puede sin cesar.
Dioses formar pudiera; mas éstos, comprendiendo
Su eterna omnipotencia, humildes le adoraran;
Él solo á sí se basta; sus obras terminaran
Si su divino auxilio pudiérales faltar.

El Sér Supremo es éste á quien el alma adora,
Y Abrahán reverente y férvido servía;
El Dios que en sus ensueños Pitágoras veía,
Que Sócrates nunciaba y Platón adivinó.
El Dios que el universo á la razón revela,
Que espera la justicia, que celestial consuelo
Inspira al infortunio, y que del alto Cielo
Á mostrarle á la tierra su Cristo descendió.

No es un Dios que la mano de falsos sacerdotes
Osada desfigura ó impúdica fabrica,
De esos que la impostura á la ignorancia explica
Y tímida adoraba la ciega antigüedad.
Es verdadero, solo, omnipotente, sabio;
Ve en la tierra su obra con entusiasmo el hombre;
Mira al Cielo, y bendice su sacrosanto nombre,
Y siempre cuanto existe proclama su bondad.

¡Feliz quien le conoce, y más feliz mil veces
Aquel que reverente y férvido le adora,
Y en tanto que este mundo ó le ultraja ó le ignora,
En Él sus esperanzas y su consuelo vel
¡Feliz el que á los rayos que en la callada noche
Las lámparas derraman del puro firmamento,
Al alto santuario su libre pensamiento
Eleva venturoso, en alas de la Fe!

¡Venturoso por siempre quien á servirle sólo
Con dulce afán consagra su plácida existencia,
Y cual místico incienso eleva en su presencia
Su espíritu abrasado de amor y gratitud!
El amor y el deseo son alas encendidas
Con que el alma piadosa remóntase hasta el Cielo;
Mas antes pedir debe para elevar su vuelo
Al Árbitro supremo la fuerza y la virtud.

¡Ah! ¡por qué no he nacido en la edad que, dichosos,
Próximos por el tiempo y aun más por la inocencia
Marchaban los humanos de Dios á la presencia,
Y de cerca su acento pudieron escuchar!
¡Por qué no he visto el mundo en su primera aurora,
Ni he contemplado al hombre en su primer ensueño,
Cuando todo á su mente brindábase risueño
Sin tener un recuerdo amargo que llorar!

Todo de Tí le hablaba, y Tú mismo le hablaste:
El orbe respiraba tu aliento soberano;
Tus obras ostentaban al salir de tu mano
El nombre del Dios grande, del Dios que las creó.
Este nombre, hoy velado por sombras de cien siglos,
Con rasgos más brillantes en todo aparecía;
En esa edad el hombre á Tí se dirigía;
Invocaba á su padre, y Tú decías: «Soy Yo.»

Por las sendas del mundo tu poderosa mano,
Como á un niño, algún tiempo se dignó conducirle;
Tu voz santa y sublime dignábase instruirle,
Y en tu gloria mil veces te mostrastes á él.
De Sinaí en los valles, de Mambré en las encinas,
En la zarza de Oreb el hombre te admiraba,
Y en el augusto monte donde Moisés dictaba
Tus leyes admirables al pueblo de Israel.

Los venturosos hijos de Jacob largos años
De tu próvida diestra el maná recibieron:
Tus oráculos vivos su espíritu movieron;
Á sus ojos quisiste con milagros hablar;
Y cuando, por desgracia, idólatras y ciegos,
El santo nombre y leyes de su Dios olvidaron,
Á sus helados pechos tus ángeles bajaron
Para otra vez en ellos volverlos á grabar.

Mas al fin, como un río lejano de su origen,
Este recuerdo puro turbóse en su corriente;
La noche de los tiempos el brillo refulgente
Del astro envejecido por grados eclipsó.
Tú dejaste de hablarle, y el tiempo y el olvido
De tus nobles hechuras tu gran nombre borraron,
De la fe los destellos los siglos empañaron,
Y entre el Cielo y la tierra la duda se elevó.

Sí, viejo es este mundo, Señor, para tu gloria:
Ha perdido tus huellas, tu memoria, tu nombre;
Ola á ola el gran río de los siglos el hombre
Para volver á hallarlos tuviera que subir.
¡Oh firmamento! en vano los ojos te contemplan.
Sin ver á Dios el hombre, el templo sólo admira,
Y en vano por los ámbitos de los Cielos aspira
El rumbo misterioso de los astros seguir.

Ya no reconocemos la mano que los rige;
En un prodigio eterno, prodigio no miramos;
Los globos refulgentes que absortos estudiamos
Como ayer se elevaron mañana se alzarán.
¿Quién sabe si esta antorcha que luce y fecundiza
Comenzó en algún tiempo su rápida carrera?
Nuestros padres no vieron nacer su luz primera;
Que los eternos días primero no tendrán.

En el mundo moral tu providencia en vano
En sus grandes mudanzas revela tu presencia;
En vano entre los hombres hace tu omnipotencia
Pasar de mano en mano el cetro del poder.
Los ojos se acostumbran á cambios semejantes;
Tu gloria un espectáculo común tan sólo ofrece;
El hombre, indiferente á todo, se adormece.
¡Tantos siglos iguales miró desparecer!

¡Despiértanos, Dios mío! habla, cámbiese el mundo;
Haz que la nada escuche tu acento poderoso:
Ya es tiempo de que dejes tu celestial reposo
Y vuelvas otro mundo del caos á sacar.
Los adormidos ojos anhelan más prodigios;
Nuevos milagros pide inquieto el pensamiento;
¡Cambia, Señor, el orden del vasto firmamento,
Que ya no tiene lengua, ni voces para hablar!

Presenta á nuestros ojos, que yacen adormidos,
Un nuevo sol, que borre del viejo la memoria:
Destruye este palacio indigno de tu gloria;
Vén, muéstrate Tú mismo; fuérzanos á creer.
Mas ¡ay! acaso antes de que suene la hora
En que del universo la luz resplandeciente
Del sol desaparezca, del sol de nuestra mente
La lumbre esplendorosa eclipsada ha de ser.

Se extinguirá por grados la luz del pensamiento,
Y cuando aquesta antorcha moral desaparezca,
Sucederá que el mundo entero se estremezca
Y en insondable noche se llegue á sumergir.
Tú destruirás entonces, Señor, tu inútil obra,
Y con lenguaje mudo dirá su polvo inerte:
«En Dios está la vida: sin Dios, reina la muerte.
¡Dejan su fe los hombres, y dejan de existir!»

# INFANCIA Y MUERTE

DEL POETA PORTUGUÉS A. SOARES DE PASOS

VÉN, madre! ¿Qué haces? En cama tan fría
No duermas de noche; salgamos de aquí.
¡Despierta! Te busca tu pobre María,
En mudo abandono llorando por tí.
¿Por qué huyes y dejas la limpia morada
Que al pie de la sierra contigo habité?
¡No sabes cuán fría, cuán sola y callada,
Después que aquí duermes, oh madre, se ve!
Jamás la ventana contémplase abierta,
Sin fuego se mira y oscuro el hogar,
Las tórtolas tristes, la casa desierta,
Marchitas las flores que ostenta el altar.
Corramos; no tardes. Mas tú no respondes.
En vano sin treguas mi llanto corrió;
Oculto en la cueva, tu rostro me escondes.
¿No atiendes? ¿No hablas? ¿Qué mal te hice yo?
¡Escucha! En la torre de ojiva sombría
Comienza pausada la esquila á sonar.
¡Despierta! que al toque del Ave María

La Virgen clemente nos manda rezar.
Su lámpara exhausta ya vese en la ermita:
¡Vén, pues! Encendamos de nuevo su luz;
Y allí de la Madre la imagen bendita
Al par adoremos y al Hijo en la Cruz.
Después, tus labores siguiendo á mi lado,
Habrás de contarme, cerquita de mí,
Aquellas historias de un rey encantado
Y de hadas y moras que plácida oí.
Ayer fueron tristes, pues trémula hablabas
De vida y de muerte, de un mundo mejor;
Y el rostro cubrías, y muda, llorabas,
Ciñendo tus brazos de mí en derredor.
Después en silencio los ojos cerraste,
Tan pálida y fría cual nunca te ví:
Te llamo; era el alba, mas no despertaste,
Y al verte dormida trajéronte aquí.
Huyamos; no tardes: la noche sombría,
Sin verte á mi lado, me causa pavor:
Despierta, que el toque del Ave María
Nos dice: «Á la Madre rezad del Señor.»
Así se quejaba la triste gimiendo;
Después la campana cesó de sonar,
Y en tanto la madre seguía durmiendo:
De aquel sueño nunca podrá despertar.
Tres días, tres noches la niña inocente
Del templo en el atrio su nombre evocó:
Al fin al tercero, sin fuerzas, la frente
Doblando, en la tumba, callada, expiró.

## LOS ROMEROS DE MONTSERRAT

### DEL POETA CATALÁN SR. D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS

PEREGRINO, peregrino,
El del manto de escarlata,
Á quien pajes y escuderos
Numerosos acompañan,
¿Qué á la Reina á ofrecer vienes
De estas altivas montañas?
—Despojos de jeques moros,
Que he ganado en cien batallas.

—Peregrina de ojos garzos,
La de la saya de grana,
Que humilde, y suelto el cabello,
Subes la montaña santa,
¿Qué llevas para la Virgen
Que allí tiene su morada?
—Joyas que me dieron cuando
Fuí de justas soberana.

—Romero, viejo romero

Que con pie desnudo escalas
La altura, bordón en mano,
Do pende la calabaza,
¿De la Niña morenita
Qué traes á la cabaña?
—Las conchas que del Jordán
Recogí en la ardiente playa.

—Y tú, devota doncella,
Que vistes jubón de sarga,
Sayal de estameña dura,
Y medias azules calzas,
¿Qué llevas para la Estrella
De la tierra catalana?
—Estas violetas del bosque
Y un corazón que la ama.
Y es el corazón tan puro,
Cual perla en concha cerrada:
Con mi sudor estas flores
Regué todas las mañanas.

Romeros que por las sendas
De la montaña aserrada
Subís con sacros pendones
Y dando á los aires cántigas;
Oid lo que hizo el abad
De aquesta santa morada,
Por su Señora inspirado,
Con aquellas presentallas.
De los despojos de infieles,
Lámparas de fina plata,
Para que ardan día y noche
Ante su imagen sagrada:
Con las joyas de las justas
El dorado trono esmalta

De la que á reyes y á pobres
Con igual sonrisa halaga:
  Las conchas del peregrino
Deja en las manos colgadas
De la que gracias sin cuento
Concede al que va á besárselas;
  Y del corazón y el ramo
De violetas perfumadas,
Que, con amor, á la Virgen
Dió la joven catalana,
Para el Niño que sostiene
Sobre su materna falda
La misma Virgen, gozosa,
Hizo, trocando la dádiva,
Del ramo, nube de incienso,
Y del corazón, un ara.

# LA CAMPANA DE LA ERMITA

## BALADA

(IMITACIÓN DE MONSIEUR CHARLES MENESSIER)

I

No paséis por esta aldea
Sin escuchar la campana
Que, del castillo ruinoso
En la ermita solitaria,
Al dar sus sones al viento
Con benigna voz nos habla.
¡Es para mí su tañido
Tan dulce, desde la infancia!
Cuando al mecerme en la cuna
Mi tierna madre arrullaba
Con sus cantares mis sueños,
Dulcemente, al escucharla,
Su misterioso lenguaje
Á comprender me enseñaba:
Y si llorar me veía,
Para mitigar mis ansias

Me decía: «Escucha, escucha;
No llores, hija del alma:
¿Oyes que llora contigo,
Mofándose, la campana?»

II

Cuando tras la oscura noche
Risueña despunta el alba,
Mis labores recordando,
La campanita me llama.
«Niña, vén, sacude el sueño;
Hermosa está la mañana;
Ya te esperan tus amigas,
Al trabajo consagradas.
Entra en digna lid con ellas
Por noble anhelo guiada;
El trabajo es la alegría
Y el consuelo de las almas:
Todo por él floreciente
En el mundo se levanta.»
Luego, al declinar el día,
Cuando ya la noche avanza
Y elevo á la Virgen pura
Mi vespertina plegaria,
Oigo su tañido grato,
Que me conmueve y encanta,
Y al decirme «¡Buena noche!»
Á Dios á la vez alaba.
Oidla, oidla... Sí, es ella:
No vana ilusión me engaña;
Que reza, reza conmigo
En grato són la campana.

III

¿Tengo un temor? ¿Una pena?
Ella á comprenderlo alcanza,
Pues su voz, cual respondiendo,
Tristes suspiros exhala:
Mas, después, en esos días
De halagüeñas esperanzas
Que Dios nos da, compensando
Nuestras desdichas pasadas;
Cuando en redor me sonríen
Las ilusiones más gratas,
Si un himno exhalo de júbilo,
Ella al par conmigo canta,
Y á mi dicha respondiendo
Con alegre resonancia,
Llegan sus dulces tañidos
Hasta el fondo de mi alma.
«Escucha, escucha, me dice,
Mis sonidos te acompañan:»
Y es verdad; canta conmigo,
Canta alegre la campana.

IV

Ya mis años juveniles
Huyen cual huyó mi infancia,
Y al par con ellos pasaron
Ilusiones y esperanzas.
Deudos y amigos queridos

En la eternidad se hallan,
Y sola, sola en el mundo
Me encuentro triste y anciana.
¡Sola nó! Desde la ermita
Aun me saluda y me habla,
Despertando mis recuerdos,
Cariñosa, la campana.
«Escucha, escucha, me dice,
De nuevo la frente alza,
Al Cielo vuelve la vista,
Y recobra la esperanza,
Que todos cuantos te amaron
Allí dichosos te aguardan.»
Y yo amorosa bendigo
Á la amiga de mi infancia;
Que si dolientes memorias
En mi espíritu levanta,
Lágrimas son de consuelo
Las que mis ojos derraman.
¡No es ilusión! Aún me alientan,
Aliviando mi desgracia,
Los apacibles tañidos
De mi sonora campana.

V

Plegue al Cielo que sus sones
Lleguen siempre á mi morada,
Como en los tranquilos días
De mi venturosa infancia.
Quizás hoy por vez postrera
La escucho; quizá mañana
Al hálito de la muerte

Doblaré la frente helada.
¡Feliz si al alzar mis súplicas
Á Dios, de su voz lejana
Oigo los pausados sones
Repitiendo mis plegarias!
¡Feliz si al dejar la tierra,
Purificada mi alma,
Oye los dulces tañidos
De su querida campana!

FIN DEL TOMO I

# NOTAS

(1) Marchena, villa de hermoso cielo y fertilísimos campos, fué población romana, como aun hoy lo prueban los sepulcros de aquella época que contínuamente se descubren en sus inmediaciones. Después perteneció también á los moros hasta el año de 1240, en que, reinando San Fernando, fue reconquistada por D. Pedro Ponce de León. En cuanto al nombre de *Marcia*, aceptamos la opinión de Rodrigo Caro, aun cuando el *Diccionario Geográfico-Estadístico* de Madoz lo desmienta, sin dar razón ninguna.

Es un pueblo extensísimo: cuenta muchos y bellos templos, plazas espaciosas, y sus calles, por lo general largas y con grandes y alegres casas, son numerosas; sorprendiéndonos que en el ya citado *Diccionario* se diga que sólo tiene ocho, error extraño en una obra de esta clase, y que siendo, como debe suponerse, de imprenta, pudiera haberse salvado.

Créese, que prendados los árabes de la apacibilidad del clima de Marcia, y de la feracidad de sus dilatadas vegas y amenos collados, se esmeraron en enriquecerla. Consérvanse del tiempo en que éstos la poseyeron, además del castillo de la Mota, multitud de torreones de los que cercaban la antigua villa, algunos de ellos tan fuertes como si se hallasen en primera vida. El tiempo tiene que emplear todo su poder para herir de muerte á estos vetustos guardianes, que, cual honrados veteranos, aparecen firmes en su puesto de honor, á pesar de lo inútiles que son hoy, puesto que la población moderna desdeña, como joven resuelta y despreocupada, su vigilancia, extendiéndose considerablemente fuera de sus antiguos límites.

Nada es más grato en las tardes apacibles de primavera que

# NOTAS

(1) Marchena, villa de hermoso cielo y fertilísimos campos, fué población romana, como aun hoy lo prueban los sepulcros de aquella época que contínuamente se descubren en sus inmediaciones. Después perteneció también á los moros hasta el año de 1240, en que, reinando San Fernando, fue reconquistada por D. Pedro Ponce de León. En cuanto al nombre de *Marcia*, aceptamos la opinión de Rodrigo Caro, aun cuando el *Diccionario Geográfico-Estadístico* de Madoz lo desmienta, sin dar razón ninguna.

Es un pueblo extensísimo: cuenta muchos y bellos templos, plazas espaciosas, y sus calles, por lo general largas y con grandes y alegres casas, son numerosas; sorprendiéndonos que en el ya citado *Diccionario* se diga que sólo tiene ocho, error extraño en una obra de esta clase, y que siendo, como debe suponerse, de imprenta, pudiera haberse salvado.

Créese, que prendados los árabes de la apacibilidad del clima de Marcia, y de la feracidad de sus dilatadas vegas y amenos collados, se esmeraron en enriquecerla. Consérvanse del tiempo en que éstos la poseyeron, además del castillo de la Mota, multitud de torreones de los que cercaban la antigua villa, algunos de ellos tan fuertes como si se hallasen en primera vida. El tiempo tiene que emplear todo su poder para herir de muerte á estos vetustos guardianes, que, cual honrados veteranos, aparecen firmes en su puesto de honor, á pesar de lo inútiles que son hoy, puesto que la población moderna desdeña, como joven resuelta y despreocupada, su vigilancia, extendiéndose considerablemente fuera de sus antiguos límites.

Nada es más grato en las tardes apacibles de prim

contemplar en la renombrada vega de Carmona, que sembrada de trigo y arrullada por los vientos de Mayo parece un ancho lago de apacibles y sonoras olas; nada es más grato, decimos, que ver descollar, entre la rica vegetación de floridos huertos y entre los edificios modernos de blancura deslumbradora, aquellos pardos muros, en su mayor parte coronados de almenas, que parecen contar á la generación presente la historia de sus antiguos dueños, y ser á la vez un testimonio patente de la firmeza con que los héroes cristianos fueron arrojando poco á poco de sus queridos pueblos á los usurpadores, que de tal modo sabían fortificarlos y hacerlos casi inexpugnables.

La piqueta del *nivelador* ha respetado hasta ahora esas gallardas torres: ¿seguirá sucediendo lo mismo en adelante, ó llegará también á esta modesta villa la fatal monomanía que reina en otras poblaciones de derribar todo lo antiguo, pretextando que así lo exigen el ornato público y la civilización? Si llega este caso, y los proyectistas de soñadas mejoras materiales decretan algún día su demolición, deberían protestar enérgicamente contra ella, no sólo aquellos que abrigan en su corazón nobles sentimientos de artista, sino toda persona sensata, teniendo presente lo que dice el eminente escritor Fernán Caballero en la *Estrella de Vandalia:* «El demoler edificios públicos, propiedad y »mayorazgo del país, nos parece contra el derecho de muertos, »crimen de leso patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal y ma»terial sobre la cultura; nos parece, en fin, un espolio de lo pa»sado, una usurpación á lo presente y un robo al porvenir.»

(2) Esta Oda obtuvo el primer premio en el Certamen poético celebrado por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el año de 1873.

# ÍNDICE


Págs.

PRÓLOGO del Ilmo. Sr. D. José Fernández-Espino. . . . . V

## PRIMERA PARTE

### POESÍAS PUBLICADAS EN LA PRIMERA EDICIÓN

Á S. M. la Reina D. Isabel II en su llegada á Sevilla. . . . . 1
En la celebridad de la restauración de la Rábida. . . . . 6
Á S. M. la Reina D.ª Isabel II en su visita al Hospital de la Santa Caridad. . . . . 11
Las Poetisas españolas.—Epístola á una amiga.. . . . . 15
La vuelta del buen tiempo. . . . . 20
En el álbum de la casa de Hernán Cortés, restaurada á expensas de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier. . . . . 23
En el álbum de la Sra. D.ª Antonia Segovia de la Herrán.. . . . 26
La Vida. . . . . 27
La Primavera . . . . . 28
Á un amigo que me pide escriba versos á la memoria de Numancia. 31
El primer día de Abril. . . . . 34
Triunfo perpetuo de la Virtud.—Epístola á una amiga. . . . . 38
Á mi querida amiga la distinguida literata María del Pilar Sinués de Marco, con motivo de estar escribiendo para el Príncipe de Asturias una obra titulada *El Cetro de flores* . . . . . 45

Pág.

Á Emilia.. . . . . 46
Á mi querida amiga Teresa Tassara en sus bodas. . . . . 47
La destrucción de Numancia.—Á mi digno y respetable amigo el insigne poeta Sr. D. Francisco Rodríguez Zapata. . . . . 50
En un álbum. . . . . 61
Á la memoria de mi querida amiga la Sra. D.ª Romana Merás de Carbonero. . . . . 63
Á mi muy querido amigo el eminente novelista Fernán Caballero. 64
La Soledad. . . . . 65
Á una poetisa. . . . . 70
En el álbum de la Srta. D.ª Manuela Fernández de Salamanca. . 74
Á Marchena. . . . . 76
Para el álbum de mi querida amiga Isabel Fernández de Moratín. . 82
Á las Poetisas granadinas . . . . . 87
Á la memoria de un amigo que no pudo sobrevivir á la pérdida de su madre. . . . . 91
En el álbum de la Sra. D.ª D. L. de P. . . . . 96
En la inauguración de la estatua de Murillo. . . . . 98
Á los soldados heridos procedentes de la guerra de África. . . 103
En la restauración de la capilla de Ntra. Sra. de Valme. . . . 106
Una flor á la tumba de Luis Felipe de Orleáns. . . . . 109
El Verano. . . . . 113
La Maldad. . . . . 119
En un álbum. . . . . 129
Epitafio para el sepulcro de mi querida prima M. D. F.. . . . 131
Á un maldiciente.. . . . . 132
Á mi ilustrada amiga la Srta. D.ª Concepción Morales en el aniversario de la muerte de su hermana. . . . . 133
Al acto solemne de la coronación del inmortal Quintana. . . . 138
Á mis queridos hermanos.—Recuerdos en los últimos días de Primavera. . . . . 144

# SEGUNDA PARTE

## POESÍAS INÉDITAS

Á los Marinos españoles triunfadores en el Callao.—Improvisación para leerse en el teatro de San Fernando. . . . . 151
Á S. M. la Reina D.ª Isabel II después del inicuo atentado del P. Merino. . . . . 154
Á Sevilla después de la riada. . . . . 158
Á mi buen amigo el eminente poeta alemán Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath, en el aniversario de la muerte de mi madre. . . 161